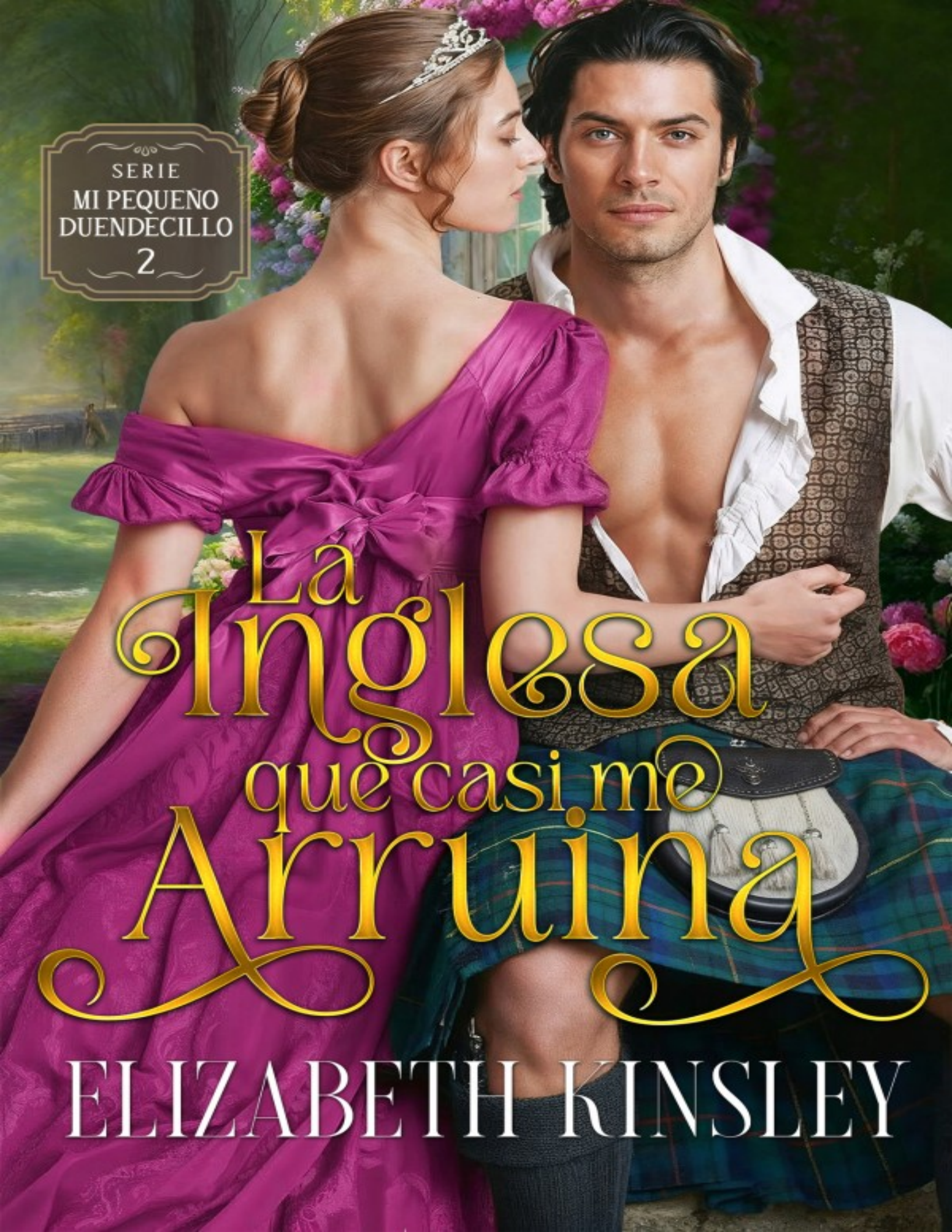

SERIE
MI PEQUEÑO DUENDECILLO
2
La Inglesa que casi me Arruina
ELIZABETH KINSLEY

La Inglesa que casi me Arruina

ELIZABET KINSLEY

Copyright 2026 de Elizabeth Kinsley

- Todos los derechos reservados –

Romance Histórico

Libros de Afrodita



Para Kenneth McAllister, la vida siempre ha sido una batalla contra lo que no puede tener: un nombre, un lugar en la sociedad… y ahora, una mujer.
Desde el instante en que Arabella Fairfax irrumpe en su mundo —radiante, libre, imposible—, algo se quiebra en él. Su sonrisa es un desafío, su mirada una provocación, y su coraje, un recordatorio constante de todo lo que él no debería desear.

Ella es la hermana de un duque, la heredera escandalosa a la que Londres señala con el dedo. Él, un bastardo escocés que se aferra al honor como único escudo frente a su propio deseo.
Pero cuando la inocencia y el fuego se mezclan, cuando el deber tropieza con la pasión, Kenneth descubre que no hay reglas capaces de frenar lo que late entre ellos.

Ella es la tentación que jamás pensó permitir.

La mujer que despierta en él un deseo tan profundo como el miedo a perderse.

Y en una sociedad que castiga el amor tanto como el pecado, Collin descubrirá que hay miradas capaces de redimir… y besos que pueden condenar para siempre.

?? Aunque este libro pertenece a una serie, se puede leer de forma independiente.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Epílogo

Capítulo 1

Yorkshire, junio de 1844

Lady Catherine Fairfax entrecerró los ojos para descifrar la factura que tenía delante y dejó escapar la palabrota más grosera que conocía. No era propio de una dama, desde luego, pero en aquel momento nada en su aspecto o conducta se ajustaba a lo que se esperaba de una. Estaba sentada ante el escritorio de un hombre, en la oficina de un hombre, vestida con pantalones de montar masculinos y ocupándose del trabajo que, en teoría, correspondía a un hombre. Su lenguaje era, probablemente, lo menos escandaloso de la escena.

—Bi… Bin… —murmuró con irritación, intentando una vez más leer la maraña de trazos que se suponía formaban palabras—. Oh, por el amor de Dios…

La letra del molinero siempre había sido discutible, pero últimamente parecía haberse desmoronado por completo. Estaba segura de que la factura tenía que ver con el grano, quizá avena triturada para los establos, pero era incapaz de distinguir más de dos letras seguidas.

No había remedio. Tendría que buscar al encargado de los establos y comparar los pedidos recientes con las pocas palabras que lograba descifrar. El hombre era respetuoso —al fin y al cabo, ella era la hermana del duque—, pero estaba claro que preferiría verla lejos de aquel despacho y de aquel «juego» de administrar las propiedades de su hermano.

Cat se levantó y tomó el papel. El sonido de sus botas se amortiguó sobre la alfombra mientras cruzaba el vestíbulo. Se apresuró, aunque un murmullo desconocido le llegó desde la entrada.

—Debe de estar equivocado —protestó un hombre—. Su Excelencia me aseguró que su hermana estaría en casa.

Cat parpadeó, sorprendida al oír que hablaban de ella. ¿Acaso su hermano había enviado a alguien desde Londres para verla? Poco probable… Bajó el paso y se ocultó en la sombra del pasillo lateral para observar.

El hombre se encontraba a pocos metros de la puerta principal. Era alto, moreno, y fruncía el ceño ante Prescott. Y eso, por sí solo, ya resultaba llamativo. Casi nadie se permitía semejante gesto ante el mayordomo del duque. Prescott custodiaba la entrada de un noble joven y poderoso, y lo hacía con una firmeza inquebrantable.

El interés de Catherine se avivó. Avanzó unos pasos, sin hacerse notar.

—Si desea dejar una tarjeta, señor… —comenzó Prescott.

—No tengo tarjeta.

Los ojos del desconocido se posaron en ella un instante, fijos, penetrantes. Era evidente que no podía reconocerla ataviada con aquel atuendo, con el cabello negro recogido en un moño severo y la chaqueta ocultando toda curva femenina. Aun así, Catherine se irguió de forma instintiva bajo aquella mirada plateada. Él volvió a mirar a Prescott, que permaneció imperturbable. Pasaron diez segundos. Luego veinte.

Al fin, el desconocido se rindió ante la imposibilidad de intimidar al mayordomo.

—Por favor, dígale que necesito hablar con ella. Me alojo en el Red Rose.

Se dio la vuelta para marcharse, y Catherine sintió que su carácter impetuoso tiraba de ella. ¿Quién demonios era aquel

hombre? Debería haberse sentido intimidado por la indiferencia de Prescott, pero su aplomo parecía inalterable. El cabello castaño necesitaba un corte, no llevaba corbata ni tarjeta de visita, pero el impecable corte de su abrigo marrón delataba riqueza, y el acento escocés añadía un matiz grave a su voz que le hizo latir el pulso.

Seguramente su hermano no hablaría de ella con alguien en quien no confiara.

—Prescott.

Impasible, el mayordomo se hizo a un lado.

—Milady. El señor Kenneth McAllister desea verla.

—Gracias, Prescott.

Kenneth McAllister se detuvo al oírla. Catherine lo vio girar sobre los talones, mirar alrededor en busca de una figura femenina más apropiada… hasta que la reconoció. Un leve arqueo de las cejas rojizas fue lo único que delató su sorpresa.

—Lady Catherine.

Ella permitió que la observase. Ningún caballero, salvo su hermano, la había visto jamás con pantalones de montar. Era un atuendo impropio, incluso indecoroso, pero poco importaba. Era una mujer desacreditada, una mujer caída, y aquella condición le otorgaba una libertad que ninguna dama respetada podía permitirse. Dejó que la examinara y aprovechó para estudiarlo a su vez.

Era tan alto como su hermano, aunque más ancho de hombros y pecho. No había relleno alguno bajo aquel abrigo. Su cuerpo era sólido, no voluminoso. Su rostro, de férreas líneas masculinas: no exactamente guapo, pero sí severo y llamativo. La nariz, ligeramente torcida, hablaba de algún viejo altercado. Los pómulos altos y la boca ancha sugerían placeres menos violentos.

Cuando volvió a mirar sus ojos grises, los encontró fijos en ella, las pupilas tensándose al cruzarse con las suyas.

—Gracias por recibirme —comentó él.

—Prescott, ¿podría pedir que lleven té a la oficina, por favor? Señor McAllister… —indicó con un gesto hacia el vestíbulo.

Dio media vuelta para guiarlo. Su largo abrigo rojo se abrió con el movimiento, rozando el tejido beige de los pantalones que se ceñían a la curva de sus muslos. No necesitaba mirar directamente para saber que él había abierto los ojos de par en par; lo sintió. Él había disfrutado de la vista.

Apretando los dientes para contener un súbito escalofrío, Catherine se abrochó el abrigo y se apresuró hacia su pequeña oficina. La sala de estar habría sido más apropiada para recibir a un caballero, pero no vestida así. Su atuendo masculino desentonaría contra las tapicerías florales.

Entró en la oficina e indicó a McAllister que tomara asiento junto a la ventana. Él esperó a que ella se acomodara antes de sentarse y cruzar una pierna.

—¿Qué deseaba tratar conmigo, señor McAllister?

Él guardó silencio unos segundos, estudiándola con el ceño fruncido. Un mechón cayó sobre su frente cuando inclinó la cabeza.

—He venido a hacerle algunas preguntas.

—¿Preguntas?

—Sobre Christopher Whitmore.

El nombre le tensó la mandíbula como un golpe. La sangre le rugió en los oídos. Durante un instante, no pudo moverse ni hablar. Respiró hondo y al fin logró abrir la boca.

—Creo que debería marcharse —respondió con una calma forzada.

McAllister negó y comenzó a replicar, pero ella se alzó de un salto y señaló la puerta.

—No. Está claro que mi hermano no lo ha enviado. Márchese. Encontrará la salida.

Lo apartó para ponerse tras el escritorio y se dejó caer en la silla. Sus manos revolvieron los papeles con desesperación. Una punzada la atravesó por dentro. ¿Por qué había creído, siquiera por un instante, que él sería distinto a los demás?

McAllister se incorporó lentamente. Se inclinó sobre el escritorio, apoyando los puños. Su mandíbula estaba tan tensa como la de ella.

—Lady Catherine, necesito saber qué ocurrió entre usted y Whitmore… y entre usted y John Tibbenham.

—¿Ah, sí? ¿Y qué le importa? —lo observó con los ojos muy abiertos, fingiendo consternación—. Oh, lo siento. Debe de ser usted uno de mis amantes. A veces me cuesta recordarlos a todos.

Él entrecerró los ojos, como si sus palabras hubieran sido una bofetada. Una mueca de desprecio cruzó su boca al inclinarse aún más.

—Créame, milady. Si yo fuera uno de sus amantes, lo recordaría.

—¿De veras? —Catherine dejó que su mirada descendiera con intención hacia la parte frontal de sus pantalones.

Él clavó los puños con más fuerza en el escritorio.

—No crea…

Ella volvió a interrumpirlo.

—No es el primero que aparece aquí atraído por una presa fácil. ¿Una mujer arruinada que, además, es heredera? Qué poco original, señor McAllister. Por favor, salga de mi casa.

—John Tibbenham era mi hermano.

Catherine se quedó inmóvil. La rabia se quebró dentro de ella como hielo astillándose contra el pecho. Cuando las palabras lograron abrirse paso entre el rugido de su sangre, bajó la mirada hacia los papeles arrugados. La quemazón de sus mejillas se disipó.

Recordaba haber oído mencionar a un medio hermano, quizá la noche anterior al duelo. No la noche en que John murió.

—Lo siento mucho —susurró al fin, atreviéndose a levantar la vista—. No lo sabía.

Él no respondió. La observó hasta obligarla a encogerse de vergüenza. Sus dedos no cesaban de alisar la esquina de una carta.

—Siento muchísimo lo de su hermano —insistió con un hilo de voz más firme.

—Estoy buscando a Whitmore. Quiero que responda ante la justicia.

—No sé dónde está.

—Ese hombre asesinó a mi hermano.

Catherine respiró hondo para no perder la compostura. No era cobarde, pero aquella conversación la avergonzaba más de lo que podía admitir. Enderezó la espalda.

—Su muerte fue terrible —afirmó—. El duelo fue una locura, sí, pero fue John quien lanzó el desafío. No sé qué ocurrió después, pero él provocó a Whitmore.

—Independientemente de su opinión, matar a un hombre en un duelo sigue siendo matar.

—No puedo ayudarlo. No sé dónde está. Ha pasado… más de un año.

La puerta se abrió y una criada asomó la cabeza con una bandeja de té. Catherine la despidió con un gesto, pues no soportaría prolongar aquel encuentro. El golpe sordo de la puerta al cerrarse retumbó en la habitación.

—¿Me está diciendo que ese hombre era su… amigo especial? —inquirió McAllister—. ¿Que se batió por usted, que se convirtió en fugitivo por su causa y que jamás ha vuelto a ponerse en contacto?

Catherine sintió que el corazón se le encogía.

—Sí.

—Whitmore hizo que mi hermano los sorprendiera.

—¿Qué? —susurró.

—Quería que John lo encontrara con usted en una postura indecorosa.

Ella negó con la cabeza.

—Eso es absurdo.

—Mi hermano estaba jugando al faraón cuando comentó a sus amigos que debía reunirse con Whitmore. William Bunting declaró que John fue directo a ese estudio. No chocó con usted por casualidad.

—No… eso no puede ser cierto.

—Whitmore la utilizó.

Catherine se aferró al borde del escritorio para incorporarse.

—No…

—Pidió a mi hermano que fuera porque quería que lo sorprendiera con usted. Es la verdad. El padre de John investigó todo a fondo. No tiene por qué proteger a Whitmore. Ese hombre carece de escrúpulos.

Dios mío… Resultaba demasiado fácil de creer. Ella era tan joven cuando lo conoció —solo diecisiete años—, tan ansiosa por saborear la vida despreocupada de los libertinos. Ningún caballero respetable la habría alentado, pero ahí residía la gracia entonces: bailar al borde de la respetabilidad.

—No quería involucrarla —continuó él—. Su hermano y el padre de John me ordenaron mantenerla al margen. Pero llevo nueve meses siguiendo su rastro y ya no tengo más pistas.

Catherine negó lentamente. Era imposible. ¿Cómo podía pretender que lo ayudara después de arrojarle todo aquello?

—Lo siento.

Miró más allá de él, hacia la ventana donde el sol resplandecía sobre el cristal. Transcurrió un minuto entero antes de que McAllister dejara escapar un suspiro hondo.

—Estaré en el Red Rose esta noche. Le agradeceré que me envíe una nota si decide ayudarme.

Cat asintió y se dejó caer en la silla.

Empujó la puerta con la mano antes de volverse hacia ella, con una expresión de odio en el rostro.

—Mi hermano solo tenía veinte años. Tenía veinte cuando Christopher Whitmore le disparó en la cabeza.

El recuerdo de John riendo le llenó los ojos de lágrimas. Cerró los párpados.

—Lo siento, señor McAllister. Era un joven amable. Un buen hombre.

La puerta se cerró con suavidad antes de que pronunciara la última palabra.



Thor volaba sobre la tierra compacta, sus cascos negros golpeando con fuerza, ansioso por cubrir los tres kilómetros que lo separaban de la posada. Kenneth también necesitaba correr. Ella sabía algo, ocultaba algo. Chica necia. Probablemente se había creído todas las bellas palabras que Whitmore le había susurrado mientras le alzaba la falda.

Sin embargo, por joven que fuera, no era inocente. Había jugado con dos hombres por diversión y, con ese juego, había arruinado su propia vida y causado la muerte de John. Y el hecho de que fuese una muchacha menuda con unos preciosos ojos azules no significaba que no pudiera ser también una ramera.

Su hermano había estado locamente enamorado de ella, incluso mientras ella se acostaba con otro hombre. Nadie sabía con certeza quién más había estado allí aquella noche. Ella misma lo había admitido, por el amor de Dios. Y, tras echar un breve vistazo a la forma de aquellos muslos, Kenneth estuvo seguro de que debió de atraer a un buen número de hombres. John nunca había tenido la menor oportunidad.

Esbozó una sonrisa amarga ante ese pensamiento. Si él mismo hubiera conocido a la muchacha a los veinte años, seguramente también habría suspirado por ella. Su cabello negro y sus ojos luminosos formaban una combinación peligrosa. El contraste entre la delicadeza de su piel y sus curvas compactas, la inocencia aparente de aquel rostro en forma de corazón y la audacia de su vestimenta… encantadora. Aunque no lo bastante como para morir por ella. Al parecer, su hermano no había comprendido eso. Maldito fuera por insensato. Y maldito fuera también su padre por arrancarle aquella promesa. ¿Quién podía negarse al último deseo de un anciano moribundo?

Debería estar en Escocia, en su granja, supervisando las obras de su nueva casa, preparando los caballos para la feria. En lugar de eso, llevaba meses recorriendo Inglaterra y Francia, reuniendo información y persiguiendo a delincuentes como un sabueso. Y ahora debía convencer a una inglesa frívola y malcriada de que lo ayudara.

Ella era la causa de todo aquello, ella y su amante. Así que, santa o pecadora, Catherine Fairfax habría de prestarle ayuda, quisiera o no.

Los bordes de las cartas se clavaban en la piel húmeda de la palma de Catherine. Con la frente apoyada en el cristal de la ventana de su dormitorio, arrugó los papeles, deseando que desaparecieran, que nunca hubieran existido. Pero los trazos y las afiladas puntas de la arrogante letra de Christopher no se desvanecían.

En otro tiempo había llorado por esas cartas. Lloró con la primera, cuando él le rogaba que fuera a Francia para casarse con él. Y lloró con la segunda, cuando dejó a un lado su orgullo para suplicarle dinero con el que sobrevivir en el exilio. Ella le había enviado una suma generosa, convencida de que era lo mínimo que podía hacer por él.

Lo ayudó una vez más tras una última petición, aunque aquella vez dudó, pensando en John. Y, después de las duras palabras de McAllister, las historias de Christopher sobre sus penurias se le antojaban ahora claramente diseñadas para alimentar su culpa. Su culpa.

Intentó imaginar a su propio hermano escribiendo una carta a una dama para suplicarle ayuda. O a su primo James Tate. O incluso al propio Kenneth McAllister. Le resultaba imposible. No veía a ninguno de esos hombres desahogándose por escrito ni confiando sus dificultades a una mujer. Y, aun así, aunque Christopher no fuera tan buen hombre como debería, eso no lo convertía de inmediato en un asesino. Solo en un hombre débil y asustado.

Con las manos temblorosas, Catherine dejó caer las cartas al suelo y se despojó de la ropa masculina que usaba para trabajar en la finca. Su vestido de montar gris la aguardaba sobre la cama, apagado contra la colcha azul hielo. La lana resultaba demasiado pesada para el verano, demasiado oscura, pero no podía presentarse ante ese hombre, ese hombre que tenía motivos para odiarla, envuelta en alguna frivolidad de seda amarilla o verde.

Iba a ver a McAllister. Le entregaría lo que él pedía, no por las cosas que había dicho ni por la culpa que intentaba despertar en ella, sino porque sabía algo. Algo que había intentado apartar de su mente desde la mañana de la muerte de John.

Christopher odiaba a John Tibbenham.

No le había dado importancia antes de aquella noche terrible. Los hombres eran muy susceptibles en cuestión de rivalidades.

Había supuesto que solo se trataba de celos, aunque le repitió a Christopher muchas veces que John no era más que un amigo.

Pero cuando John abrió la puerta y los vio, cuando la miró con aquel dolor en los ojos y desafió a Christopher a un duelo, hubo un instante —apenas un latido de su propio corazón— en el que ella miró el rostro de Christopher y vio satisfacción. Aquella fugaz expresión de placer la inquietó, pero la apartó de su mente después. Al fin y al cabo, había sido John quien lanzó el reto. Y ninguno de los dos hombres quiso dar marcha atrás.

Había preferido decirse a sí misma que todos habían contribuido a la tragedia. Ahora, en cambio, debía enfrentarse a la idea de que todo había sido planeado. Planeado por Christopher.

Entra un momento, cariño. Moriré si no te toco esta noche. La emoción de coquetear con el peligro. La emoción de las manos de Christopher sobre ella, alzándole la falda hasta las caderas. Y luego… John, y su mirada desgarrada.

Catherine apretó los ojos y apartó el recuerdo. No dudaba de que reviviría esa noche una y otra vez antes de poder dormir, pero en aquel momento no tenía tiempo para ello.

Haría lo que debía. Entregaría a su antiguo amante a Kenneth McAllister porque, si lo que él decía era cierto —y resultaba dolorosamente fácil creerlo—, entonces ella estaba arruinada, su familia humillada y el dulce John Tibbenham había sido asesinado a propósito.

¿Y si no fuera cierto?

Catherine se presionó las sienes y recordó la expresión de Christopher, recordó lo rápido y dispuesto que había estado a aceptar el reto. Ahora todo encajaba, aunque no comprendía el motivo de Christopher. Desde luego, no había sido por amor.

Recogió las cartas del suelo y las guardó en la cómoda, bajo las enaguas con volantes que apenas usaba ya. Después llamó a su doncella para que la ayudara a terminar de vestirse. Una vez lista,

salió a toda prisa de la habitación, deseosa de acabar con aquella entrevista, aunque no tanto como para limitarse a enviar una nota. La habían llamado de muchas maneras a lo largo de su vida, pero nunca cobarde.

Ya se había enviado un recado para que ensillaran a Brinn, y el mozo de cuadra la aguardaba en la entrada. Catherine montó y dejó que la yegua marcara el camino, con la mente casi en blanco, como siempre le ocurría cuando la castaña se lanzaba a un galope suave. El mundo se redujo al camino ante ella y a la sensación del viento, la fuerza y los músculos del animal bajo la silla.

Por un momento, pudo olvidar que cabalgaba hacia un hombre cuyos ojos resplandecían con honestidad y desdén a un tiempo. Por un momento, la vida fue solo el caballo y el suelo. Un cuarto de hora se deshizo en segundos y el patio de la posada se alzó ante ella, demasiado pronto.

Catherine desmontó y tendió las riendas al mozo antes de que la tentación de volverse atrás pudiera aferrarla.

—Por favor, pasea al caballo —murmuró—. Solo será un momento.

Tomó una última bocanada de aire y cruzó el umbral de la puerta roja. La gran sala se le antojó oscura después del sol del exterior, pero incluso en la penumbra resultaba difícil no ver a Kenneth McAllister. Estaba sentado, relajado, revisando una pila de papeles, con una jarra de cerveza junto a la mano. Catherine advirtió que permanecía muy quieto. No movía la rodilla ni golpeaba la mesa con los dedos mientras leía. Mantenía aquel cuerpo largo y fuerte perfectamente inmóvil, como si el movimiento fuera un recurso que no debía desperdiciarse. Ella, en cambio, era incapaz de permanecer quieta cuando trabajaba con los libros de cuentas. Quizá esa era una diferencia importante entre ambos.

Un rizo de cabello se escapaba por la nuca, y la suavidad de aquel mechón contrastaba con la dureza de su rostro. Había algo en

él, algo en sus ojos, que hablaba de nobleza y honor. Algo inquebrantable.

—¡Lady Catherine! —la voz del posadero resonó en toda la sala —. Bienvenida, bienvenida. ¿Cenará esta noche?

Los ojos de McAllister se apartaron de los papeles para fijarse en los de ella.

—No, señor Sims —respondió Catherine sin desviar la mirada del hombre al que había ido a ver—. Tengo asuntos que atender.

McAllister se levantó y apartó una silla cuando ella se acercó.

—Lady Catherine.

Ella ignoró el asiento que él le ofrecía y le tendió la nota. Kenneth la abrió, la leyó, y una expresión indescifrable cruzó su semblante.

—La última indicación es de hace dos meses —explicó ella, con los labios apretados.

—Gracias.

—Siento todo lo ocurrido.

Se giró para marcharse, pero él le puso una mano en el brazo, no para detenerla, apenas para rozarla.

—Esto ha sido un golpe para usted —murmuró—. Siento haber perdido los nervios.

—Tiene todo el derecho a estar enfadado.

—Aun así, fui duro.

—Entiendo lo que debe pensar de mí. ¿Cómo no iba a hacerlo? —le dedicó lo que esperaba que fuera una leve sonrisa—. Le agradezco que no me involucrara hasta que fue estrictamente necesario. Le deseo suerte.

Volvió a darse la vuelta, deseosa de alejarse de la intensidad de su mirada, pero de nuevo su voz la detuvo.

Sus palabras fueron bajas, suaves y nada amables.

—¿Qué se supone que debo pensar de usted?

Con la mandíbula apretada, Catherine se volvió, y la ira le devolvió las fuerzas para sostener su mirada. Le dolía estar rodeada de gente que no sabía nada de ella salvo el momento más bajo de su vida. Le dolía aún más hallarse frente a un hombre que parecía tan sólido y sin adornos, y que sin duda sentía un profundo desprecio por ella. ¿Qué esperaba que dijera? ¿Qué esperaban todos?

—No he venido a darle explicaciones. Me pidió algo y se lo he entregado. Ahí termina todo.

—¿Me avisará si vuelve a escribirle?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Le envió dinero.

El color acudió a las mejillas de Catherine, delatándola.

—¿Debería decirle que sí, para que pueda odiarme por completo?

Los ojos de él destellaron con un fuego breve. Luego recorrió la sala con la mirada, valorando cada rostro, antes de tomar a Catherine del brazo y guiarla hacia la puerta.

—La gente está mirando.

Ella se dejó conducir solo porque eso significaba estar más cerca de marcharse. En cuanto cruzaron el umbral y su pie pisó el patio de tierra, se apartó para poner distancia entre ambos.

—Gracias por acompañarme. Le deseo buen viaje.

El mozo de cuadra asintió y condujo a Brinn hacia los escalones de montar, pero antes de que Catherine pudiera seguirlo, las palabras suaves de McAllister la alcanzaron.

—No es lo que pensé que sería, Lady Catherine.

Ella lo miró, reparando en los rasgos angulosos de su rostro y en el brillo acerado de sus ojos grises. Era un hombre duro, pero justo. Se había disculpado. Aun así, no le gustaba. O, al menos, no quería que le gustara. En ese sentido, no era distinto de los demás.

Le dio la espalda y habló con voz baja, casi como un susurro llevado por el viento.

—No sabe nada de mí, señor McAllister.

Ignoró los dolorosos latidos de su corazón y se acercó a su caballo.

Las orejas de la yegua se aguzaron en cuanto Catherine montó, sugiriendo velocidad incluso antes de que se acomodara en la silla. Brinn giró con ímpetu, obligando al muchacho a retroceder un paso, y resopló con fiereza por encima de la maldición ahogada de McAllister.

Catherine no miró atrás. Se limitó a cabalgar, volando hacia casa. El trayecto pareció durar una hora aquella vez, pues la carrera dejó de ser refugio para sus pensamientos. En cuanto las pezuñas de Brinn golpearon el camino de piedra de Somerhart, Catherine lanzó las riendas a un mozo y se deslizó de la silla. Luego corrió hacia el interior y subió la escalera hasta el refugio de su dormitorio.

—Maldito —resopló, lanzando la fusta al otro lado de la habitación en un arco alto.

No iba a llorar, se repitió, sorbiendo las lágrimas y secándose los ojos con la manga. Aquel hombre era un desconocido. No importaba lo que pensara de ella. No era la primera persona que la miraba como si fuese desecho, y no sería la última.

Todo resultaba tan absurdo. Su hermano se paseaba por el mundo como si fuera la encarnación de Baco, y lo único que la gente veía era lo apuesto, fuerte y deseable que era. En cambio, bastaba una pequeña indiscreción por su parte y, ¿qué obtenía?

Muerte, destrucción, caos.

Se cubrió el rostro con las manos, conteniendo las lágrimas. Podía vivir con ello, se dijo. Lo haría. Un hombre había muerto y ella cargaría con ese dolor el resto de su vida, pero solo tenía diecinueve años y aquello no podía ser su final. No había hecho nada que los hombres no hicieran cada hora de cada día.

Con los dedos temblorosos, Catherine tiró de la campanilla y luego se alisó la chaqueta, haciendo una mueca cuando un botón se soltó bajo sus manos torpes y rodó por el suelo.

Necesitaba un baño. Un baño caliente y una copa de vino antes de cenar. Su hermano estaba en Londres y cenaría sola, pero aun así disfrutaría vistiéndose. Puede que fuese una mujer caída, una ramera que atraía a los hombres a la desgracia, pero estaba viva y era capaz, y eso significaba algo.

Y al día siguiente trabajaría hasta que el cuerpo le doliera demasiado para pensar y, por el amor de Dios, hasta quedar demasiado cansada para sentir.



Kenneth McAllister decidió dejar en paz a la mujer durante quince días. Sus hombres en Francia habían sacado a Whitmore de su escondite hacía tres semanas, y el fugitivo había abandonado todas sus pertenencias, incluidas las cartas de una tal Lady Catherine.

Whitmore ya no tenía nada. Pronto escribiría, suplicando dinero. Kenneth podría presentarse en cuanto llegara la misiva, obtener de él su paradero y no volver a ver a la joven.

Aún se le nublaba la mente al recordar el encuentro de la noche anterior. Al recordar cómo había alzado la vista y la había visto allí, pálida y hermosa y, de algún modo, más joven con aquel respetable vestido gris. Sin los pantalones que distraían de su corta estatura, sin el abrigo rojo que daba color a sus mejillas. Había parecido vulnerable, y aquella vulnerabilidad lo había enfurecido.

La nota había sido una sorpresa, o al menos la franqueza de su contenido. Whitmore había utilizado las tres direcciones francesas, incluida la que había abandonado más recientemente.

¿Por qué tanta sinceridad? Culpabilidad. Eso era lo que enturbiaba los ojos de Catherine, esos malditos ojos que pinchaban la conciencia de Kenneth con sus destellos de dolor y desafío. Pero aquel desastre no era obra suya. Ella lo había buscado.

Kenneth hizo el equipaje y guardó su desayuno de pan y queso para el camino. Podría llegar a casa de su primo antes del anochecer si no se entretenía. Violet estaría encantada de alojarlo durante una semana o dos; de hecho, lo había amenazado medio en broma con tirarle de las orejas si se atrevía a pasar cerca de su casa sin visitarla.

Así pues, partió con la primera luz, masticando el pan y el queso y esforzándose en no pensar en la joven Catherine Fairfax. Podía medir ya el viaje en días hasta regresar a casa. Si volvía a Escocia en el plazo de un mes, llegaría a tiempo para la primera feria de caballos. Era hora de decidir cuáles de sus animales saldrían a la venta, pero todo marchaba bien en su ausencia: ninguna yegua enferma, ningún potro perdido. Por supuesto, si la muchacha le proporcionaba nueva información sobre Whitmore, tendría que ausentarse más tiempo. Un desvío a Francia le ocuparía semanas.

Al tomar una curva lenta del camino, Kenneth miró hacia una ligera elevación al oeste. Unos obreros trabajaban junto a un muro bajo, con grandes piedras esparcidas a sus pies. En medio de ellos se alzaba una figura esbelta, con un abrigo rojo que resplandecía bajo el sol naciente. Catherine Fairfax. Tenía que ser ella. Alzó el brazo que sostenía la pala en un gesto amplio, como si diera alguna orden, aunque la distancia ahogaba las palabras.

Kenneth detuvo el caballo para observar.

Sabía que ella actuaba como administradora de las propiedades de su hermano, un puesto poco común para un noble y aún más para una mujer de buena familia, aunque siempre había supuesto

que, para ella, no era más que un pasatiempo. Una novedad, una excusa para provocar escándalo y vestir ropa masculina. Debería haberlo imaginado tras entrever aquella voluntad ardiente en sus ojos. Estaba más implicada en la gestión que muchos administradores de profesión.

Cuán vulnerable parecía, de pie entre aquellos hombres fornidos que fácilmente duplicaban su tamaño, incluso los más menudos. Sin embargo, todos guardaban silencio mientras ella hablaba, y algunos asentían a sus palabras.

Uno de los hombres inclinó la cabeza y Catherine se volvió hacia la colina. Permaneció inmóvil, probablemente sorprendida al descubrir que la observaban, y luego dio un solo paso en su dirección. Solo uno. Kenneth se preguntó qué expresión tendría mientras él levantaba la mano para despedirse y sintió un breve pinchazo de desazón cuando no obtuvo respuesta. Catherine se mantuvo firme como una estatua, rígida y orgullosa bajo la luz rosada, con el rostro impenetrable. Después se volvió hacia los hombres y dijo algo corto y seco que los puso de nuevo en movimiento.

Lo había despedido. Mejor así. Ella se sentiría molesta con él de todos modos cuando regresara para pedirle más información. No tenía sentido solicitar una tregua ahora.

Mientras instaba a Thor a adelantar el paso, Kenneth notó una leve punzada de expectación en el estómago al pensar en una nueva visita, pero sofocó ese sentimiento con fría eficiencia. Aquella mujer era intrigante, peligrosamente intrigante, y no era en absoluto alguien a quien le conviniera conocer mejor. Era, más bien, alguien a quien debía evitar a toda costa.

Pero también era, con toda probabilidad, su única oportunidad de cumplir la maldita promesa que había hecho a su padre.

Capítulo 2

-¿Kenneth, vas a bajar?

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Kenneth al oír la voz de su prima resonar por la escalera y atravesar la puerta abierta de la biblioteca.

—¿Kenneth?

—Ahora voy.

Dejó el libro en la silla donde lo había encontrado y salió al pasillo, observando con atención el ángulo que se abría ante él antes de elegir el arco de piedra de la izquierda. La casa de Violet era enorme y laberíntica, con al menos una docena de ampliaciones añadidas con los años, y los visitantes solían perderse. Kenneth llevaba allí tres días y aún no lograba orientarse del todo.

—¡Oh, Dios mío! ¡No me lo puedo creer!

Puso los ojos en blanco al escuchar el nuevo exabrupto de Violet. Ella nunca había sido el ejemplo perfecto de una dama, quizá porque su educación no había sido especialmente refinada. Cualquier cosa podía haber provocado aquella exclamación: un nuevo gatito, una carta de una amiga, incluso una galleta especialmente tentadora.

Todavía sonreía para sí cuando por fin encontró la escalera. Bajó al rellano, miró hacia la planta baja y sintió que la lengua se le pegaba al paladar al descubrir la causa del entusiasmo de Violet.

—¡Menuda sorpresa! —canturreó ella, con sus rizos rojos rebotando—. ¿Qué haces aquí?

Una sorpresa, sin duda, pensó Keneth. Debajo de él, radiante con un vestido de seda arrugada de color aguamarina, estaba la traviesa Lady Catherine en persona.

—Dios mío… —susurró Kenneth, o quizá solo lo pensó; no estaba seguro. Su mente se había quedado en blanco al verla allí, tan de improviso.

Observó cómo su prima abrazaba a Catherine, riendo y mimándola, y se obligó a bajar el resto de los escalones.

—Lady Catherine —murmuró al llegar al piso inferior.

Ella se giró con un pequeño grito ahogado.

—¡McAllister!

—Pero… ¿os conocéis? —preguntó Violet, con un matiz de recelo en la voz.

—Sí —respondió Kenneth al mismo tiempo que Catherine negaba con la cabeza.

Ella le lanzó una mirada furiosa.

—Creo que «conocer» es una palabra demasiado concisa.

Violet frunció el ceño, pero antes de que pudiera seguir interrogándolos, James entró en el salón y tomó a Catherine por la cintura para hacerla girar.

—¡Suéltame! —ordenó ella, aunque su voz llevaba un matiz de risa.

—Lo siento. Se me había olvidado que mi esposa estaba aquí —replicó James con picardía al dejarla de nuevo en el suelo.

—¡Ja! Lo dices con mucha convicción para ser un hombre que no ha mirado a otra mujer en diez años.

James le guiñó un ojo justo antes de reparar en Kenneth. Una sombra de preocupación cruzó su rostro. Se aclaró la garganta y rodeó a Catherine para situarse a su lado.

—Lady Catherine, ¿puedo presentarte a Kenneth McAllister? Es primo político de Violet.

—Ya nos conocemos —respondió Catherine con serenidad—. No quería entrometerme.

—Oh, no, no, no —balbuceó Violet, enrojeciendo sobre sus mejillas redondeadas—. Los dos sois familia. ¿Por qué no habríais de tener una visita agradable? No hay ninguna razón…

James esbozó una sonrisa tensa y tomó la mano de su esposa.

—Catherine es mi prima segunda, Kenneth.

—Ah.

No había mucho más que decir.

James carraspeó, muy consciente de la tensión que flotaba en la estancia y de su origen. Había enviado una carta llena de compasión tras la muerte de John, pero nunca le había contado a Kenneth su parentesco con Catherine. Por supuesto, tampoco había mencionado el papel de ella en aquel asunto; no era tema para tratar en compañía respetable.

—Bien —dijo James, juntando sus manos finas en un pequeño aplauso—. Estábamos a punto de llevar a Kenneth a dar un paseo hasta el pueblo. ¿Te vienes con nosotros, Cat?

Catherine dejó que su mirada recorriera con rapidez cada uno de los rostros presentes. Parecía tan apenada que incluso Kenneth sintió una punzada de incomodidad.

—Creo que prefiero quedarme y ponerme al día con Cat —intervino Violet con ligereza—. Ir vosotros dos a hablar de cosas de hombres: campos, caballos y pesca. Nosotras la acomodaremos y la dejaremos descansar antes de la cena.

James, asintiendo con excesivo entusiasmo, ya se dirigía hacia la puerta antes de que su esposa terminara la frase.

Kenneth intentó atrapar la mirada de Catherine, sin saber muy bien por qué. Solo quería leerla, se dijo, no tranquilizarla. No le

debía nada.

Ella no le devolvió la mirada. Se limitó a permitir que Violet le tomara del brazo y la condujera fuera del salón. La línea de su mandíbula delataba irritación, hacia él, hacia la situación o tal vez hacia ambos.

Kenneth la siguió con la vista, molesto por la culpa que le ardía en el estómago. No había hecho nada malo. Desde luego, no sabía que ella iba a presentarse allí. Y ahora se vería obligado a tratarla con cortesía, porque ambos eran huéspedes de James. No quería ser amigo de esa mujer. Quería sacudirla.

—¿Kenneth? —James asomó la cabeza por la puerta.

—Ya voy —murmuró, y siguió a su apurado anfitrión hasta los caballos que aguardaban en el exterior.

—Bueno, eso ha sido un poco tenso.

Violet cerró la puerta del dormitorio con un suave clic.

Cat gimió y se dejó caer boca abajo sobre la cama.

—¿Qué hace él aquí?

—Oh, Cat, es mi primo. Bueno, no exactamente. Su tía se casó con mi tío…

—Lo sé. Quiero decir… eso es… No lo sabía. Violet, ¿por qué nunca me dijiste que eras pariente de John?

Se incorporó, abatida, luchando por contener las lágrimas de frustración.

—No lo soy. Él y Kenneth eran medio hermanos. Yo ni siquiera llegué a conocer a John.

—Esto es terrible. Debería volver a Somerhart.

—No. Te lo prohíbo terminantemente.

Catherine se dejó caer de nuevo sobre la cama y se cubrió el rostro con las manos. Había ido allí en busca de consuelo, de compañía y de distracción, cualquier cosa que la ayudara a escapar del remordimiento que la atormentaba desde la visita de McAllister.

—Cat, ¿qué ocurre? ¿Ha sido cruel contigo? Puede que tenga que subirme a una silla para hacerlo, pero no me asusta darle un buen tirón de orejas.

Una risa de sorpresa escapó de la garganta de Catherine ante aquella imagen.

—¿En serio?

—Por favor, dime qué pasa.

—No es nada terrible. Solo estoy muy nerviosa. Lo vi hace tres días. Quería hablar conmigo sobre la muerte de su hermano.

—¿Por qué?

Catherine casi podía oír a Violet frunciendo el ceño. Suspiró y se enderezó, preguntándose si parecía una marioneta melodramática revolcándose en la colcha.

—Está buscando a Whitmore. Naturalmente, quería hablar conmigo. Le di lo que pude y se marchó. Fin.

—¿Sabía que ibas a venir aquí?

—No. Y yo, desde luego, no sabía que él estaría aquí.

—Nunca lo mencionamos… Podría pedirle que se fuera.

—No. Por supuesto que no. Él no ha hecho nada malo. Creo que esa distinción me corresponde a mí.

—Oh, Cat, no digas eso, por favor. Los hombres son los únicos responsables de esos estúpidos juegos de honor que practican. Ese duelo fue entre ellos y probablemente tuvo poco que ver contigo.

Las palabras de Violet tocaron una fibra muy sensible.

—Puede que tengas más razón de la que crees.

—Cat…

Un suave golpe en la puerta la salvó de tener que explicarse. Un joven lacayo entró cargando su baúl como si no pesara nada. Catherine se puso en pie y esbozó una sonrisa.

—No te preocupes, Violet. Solo me ha sorprendido verlo. Estaré bien. Y la próxima vez preguntaré antes de venir a verte.

—Pero…

—No. No le des más vueltas.

Le pasó un brazo por los hombros a Violet, aunque la tarea resultaba incómoda, pues su amiga era varios centímetros más alta, y la condujo hacia la puerta.

—Nos vemos en la cena.

Violet entornó los ojos, consciente de que la estaban despidiendo con suavidad, pero terminó por marcharse, seguida de cerca por el lacayo. En cuanto la puerta se cerró, Cat descargó un pisotón sobre la alfombra.

Quería bajar corriendo las escaleras y volver al carruaje, obligar al cochero a azotar a los caballos hasta que las puertas de Somerhart aparecieran ante ella. Pero McAllister sabría que había huido. ¿Sería menos evidente si se marchaba a la mañana siguiente?

Un gruñido escapó de su garganta. Había acudido allí para refugiarse de sus propios pensamientos y ahora se encontraba con la causa misma de su agitación. Primo político, nada menos.

El impacto de verlo allí, de pie donde menos lo esperaba, le había recorrido el cuerpo entero. Peor aún era descubrir que no se había sentido precisamente horrorizada. En aquel primer instante de reconocimiento, su cuerpo había respondido con placer; solo después su mente se había apresurado a alcanzarlo, y la emoción que le corría por las venas se había transformado, de golpe, en ansiedad.

Maldito fuera, ¿por qué tenía que ser tan atractivo? Su visita a Somerhart había despertado algo más que las viejas pesadillas sobre John y su tumba recién cavada. Desde entonces, la perseguían sueños con un escocés corpulento y unos brazos inflexibles que le exigían que calmara su dolor. Más de una vez se había despertado con ese ardor en el cuerpo. El deseo parecía ahora más intenso que la pena.

Apretando la mandíbula, soltó el aire entre los dientes y se sentó a esperar a su doncella. Charlotte podría quitarle aquel vestido arrugado y deshacer la trenza, que parecía hecha solo para provocarle dolor de cabeza. Luego se prepararía para la cena. Se prepararía para sentarse a la mesa con el primer hombre que le había resultado atractivo en mucho tiempo. Un hombre que, al mirarla, veía la muerte de su hermano.



Kenneth observó a Lady Catherine salir de su habitación, con el ceño fruncido por la inquietud, mientras se dirigía hacia la escalera. Cuando sus ojos se encontraron con los de él, se abrieron por la sorpresa.

—¿Qué quiere?

Él se separó de la pared.

—He pensado que deberíamos hablar en privado antes de la cena.

—¿Y por qué piensa eso?

Una criada salió de una habitación a cierta distancia y les dedicó una mirada rápida antes de alejarse a toda prisa. Catherine la siguió con los ojos, la mandíbula tensa, como si deseara ser ella quien escapara.

—¿Qué quiere, McAllister?

—No estoy aquí para atormentarla. El último deseo de mi padre fue que encontrara a Whitmore y lo trajera de vuelta a Inglaterra para que respondiera ante la justicia. No puedo olvidarlo, por mucho que me gustaría.

Por fin lo miró a los ojos, con una expresión indescifrable bajo la luz vacilante del pasillo.

—No me molesta lo que está haciendo. Estoy segura de que yo tampoco dejaría pasar algo así si asesinaran a mi hermano, pero eso no significa que disfrute de su compañía. No puedo fingir que me siento cómoda con usted solo porque comprenda su desprecio.

Él sostuvo su mirada unos instantes, atrapado entre el cansancio que percibía en su voz y la rabia que aún le provocaba pensar en John. Aquella chispa de compasión inesperada solo logró avivar de nuevo su resentimiento.

—Mi hermano estaba enamorado de usted —dijo al fin—, y su indiferencia hacia sus sentimientos lo llevó a la muerte.

Catherine lo miró, y su expresión pasó de la cautela al horror antes de negar con la cabeza.

—Eso no es cierto.

—Oh, por favor —replicó él, exasperado por la suavidad de su respuesta.

—No. John y yo éramos amigos. Él no estaba enamorado de mí.

Esos grandes ojos azules lo observaban llenos de confusión… y de algo que parecía auténtica inocencia. Dios santo. ¿Cómo podía negarlo así? Todo Londres esperaba que acabaran casándose.

—Me escribió una semana antes de morir, confesando su amor y prometiendo pedir su mano antes de que terminara la temporada. La llamaba ángel. Decía que era amable, encantadora y decente. Recibí esa carta al día siguiente de enterarme de que había muerto en un duelo por su dudoso honor. Apenas unos días después de encontrarse con Whitmore.

Ella abrió la boca, pero no logró articular palabra. Kenneth apretó los dientes ante el dolor que vio reflejado en su rostro. No podía ser inocente. No podía haber estado tan ciega a los sentimientos de su hermano.

Una lágrima se deslizó hasta sus pestañas negras y quedó temblando allí. Kenneth oyó el silbido del aire en su garganta, como si le faltara el aliento, y cerró los ojos.

Dios, por favor, que esté fingiendo.

Respiró hondo y volvió a abrirlos. El rostro de Catherine se había vuelto rígido, impenetrable. Tenía las manos a la espalda, palpando el panel de madera mientras lo miraba fijamente. Sus uñas arañaban la puerta en busca del pomo, pero no lograban encontrarlo. La palidez de su piel resultaba alarmante.

—Lady Catherine… —alcanzó a decir.

—No. Déjeme en paz.

Oyó el leve clic de sus dedos al cerrarse por fin sobre el pomo, pero el sonido se perdió bajo el suspiro de alivio que escapó de sus labios.

Kenneth la vio empujar la puerta, girar con torpeza y avanzar como si las piernas no quisieran sostenerla. Antes de que pudiera reaccionar para sujetarla, se desplomó de rodillas sobre la alfombra, y la falda color ámbar se arrugó a su alrededor como papel estrujado.

—Dios… —murmuró él, agachándose junto a ella.

Ignorando la débil resistencia y el jadeante «no», la alzó en brazos con facilidad y entró en la habitación. Apenas hubo alcanzado la amplia colcha blanca cuando ella se retorció para escapar de su abrazo y cayó de rodillas sobre la cama. Él esperaba que rompiera a llorar. En lugar de eso, lo miró con furia.

—No vuelva a tocarme. —Los labios se le curvaron en un gruñido—. ¿Sabe cómo han sido estos últimos días para mí? Va a mi casa y me dice que Christopher me utilizó como un arma, como una

herramienta para asesinar a John. Y ahora me dice que John me amaba.

Las últimas palabras se quebraron en un grito, y entonces sí, las lágrimas brotaron. Kenneth descubrió que ya no deseaba verlas.

—Estaba frustrado —admitió con cuidado—. No debería haberlo dicho de un modo tan brutal.

Ella contuvo la respiración, en silencio, esforzándose por dominarse. Las lágrimas se acumulaban en sus ojos, haciéndolos brillar.

Kenneth negó despacio.

—Solo necesito saber qué ocurrió. Por qué murió. Por qué Whitmore quería verlo muerto.

Catherine no respondió durante varios minutos. Se limitó a respirar despacio, con el pecho subiendo y bajando en una lucha silenciosa. Él empezaba a pensar que debería llamar a Violet cuando ella tragó saliva y habló.

—Lo entiendo.

Parpadeó y dos lágrimas densas rodaron por sus mejillas pálidas. No hizo ademán de apartarlas.

—Su hermano no me dio ninguna pista sobre sus sentimientos —continuó—. John y yo éramos amigos. Se burlaba de los hombres con los que bailaba, se divertía contándome rumores escandalosos sobre mis pretendientes. —Un estremecimiento escapó de su pecho —. Nunca, jamás, me habló de amor. No le habría dado falsas esperanzas, no si lo hubiera sabido. Pensaba que estaba enamorado de Beatrice Wimbledon. Me dejó creerlo, se lo juro.

Su cuello permanecía erguido y tenso mientras se mantenía sentada sobre el colchón. Kenneth no sabía por qué, pero comprendió que no tenía razones de peso para no creerla. Su hermano era joven y quizá no había tenido el valor suficiente para declarar su amor a una muchacha como Lady Catherine. Por el amor de Dios, muchos hombres hechos y derechos tampoco lo tenían.

Estuvo a punto de tocarle el brazo cuando vio que empezaba a temblar.

Avergonzado, se retiró un paso, aunque dejó una mano apoyada en su codo. Sintió cómo ella se ponía rígida bajo su contacto.

—Supuse lo peor de usted y no tenía derecho —admitió.

—Váyase. No quiero hablar más con usted.

—Me equivoqué. Lo siento. Otra vez.

—Otra vez —repitió ella, con el pequeño cuerpo sacudido por un temblor—.

Se burló de sus disculpas y le dio la espalda, acurrucándose de lado, encarada a la pared.

Kenneth sintió un remordimiento punzante en la boca del estómago. Había querido herirla, convencido de que lo merecía. No deseaba verla como una víctima. Eso complicaba demasiado la idea sencilla de su culpabilidad. Quizá no era culpable de nada más que de una lujuria imprudente y de las indiscreciones propias de la juventud.

Ahora quería consolarla, y sabía que debía hacerlo, del mismo modo que sabía que no debía tocarla.

—Tranquila —susurró con la misma voz que empleaba para sosegar a los caballos asustados—. No llore.

—No lloro —siseó ella.

—Por supuesto que no.

Aun así, extendió la mano. Sus dedos se deslizaron por los rizos sedosos de su cabello, alisando las ondas negras. Catherine se tensó, preparada para apartarse, pero, incluso cuando él repitió el gesto, no se movió. Cuando le acarició la nuca con la palma, su cuerpo empezó a relajarse.

—Siento lo de John. De veras.

—Le creo.

—¿De verdad?

Ella rodó sobre sí misma y quedó boca arriba, atrapando la mano de él bajo su cuerpo.

—¿Me cree?

Kenneth la observó durante un largo momento, explorando sus ojos, su boca y la piel cremosa que brillaba bajo la luz tenue, inclinado sobre ella como un amante. Le sorprendió la sinceridad de su propia respuesta.

—Sí, la creo.

Y, de pronto, dejó de sentirse reconfortado. Su olor limpio, el calor de su cuello bajo sus dedos, el ascenso de los pechos contra el corpiño ámbar y dorado del vestido… todo quedó grabado en su mente y punzó sus sentidos. Luchando contra el impulso, retiró la mano con cuidado, desenredando los dedos de sus rizos.

—¿Cree que podemos empezar de nuevo? —preguntó Catherine. Su voz sonaba suave, ligeramente ronca.

¿Empezar de nuevo? ¿Tratarla como a una simple pariente de sus anfitriones y no como a la cómplice de un crimen? Al fin y al cabo, solo era una mujer joven. Y era posible que la hubieran utilizado como arma.

—Por el bien de nuestros anfitriones —aceptó al fin.

Se alegró de verla sonreír, aunque fuera ante una broma pobre.

—Es un hombre duro, Kenneth McAllister.

Él se atragantó, porque tenía demasiada razón. Para su horror, un rubor subió a las mejillas de Catherine, volviendo su piel aún más tentadora. Se puso en pie con brusquedad y dio un paso atrás, alejándose de la cama.

—Nos veremos en la cena.

Sintió sus ojos azules clavados en la espalda mientras salía del cuarto y cerraba la puerta tras de sí.

Capítulo 3

-Kenneth.

Kenneth estuvo a punto de tropezar en las escaleras, con el corazón en un puño. Se aferró a la barandilla, se volvió y vio a James bajando por la otra ala de la casa.

—James —respondió, con la voz un poco más alta de lo habitual.

—Me gustaría hablar contigo, si no te importa.

Dios… Con un poco de suerte, James no habría oído que acababa de salir a escondidas de la habitación de Catherine. A menos que alguna criada hubiera ido corriendo a contárselo…

James descendió pesadamente los peldaños de roble, pero su expresión mostraba tristeza, no ira.

—¿Podrías venir a mi despacho un momento?

—Por supuesto.

—Sé que ya hemos hablado de esto, pero…

Mientras bajaban, James miró a su alrededor y, al llegar al final de la escalera, asintió hacia la derecha. Kenneth lo siguió al estudio, agachándose para pasar bajo la pequeña puerta torcida. El despacho era amplio, aunque desgastado y de forma extraña: una pared se prolongaba varios metros, la otra seguía en ángulo la línea de una sección más antigua de la casa. James se acercó a una gran silla y apoyó la mano en el respaldo.

—Creo que antes no me expresé bien… con respecto a Catherine.

—James, yo…

—No. Su llegada me tomó por sorpresa y quería explicártelo. Dijiste que estás convencido de que Whitmore quería asesinar a tu hermano. Antes no fui claro, pero siento la necesidad de defender a mi prima. Tienes todos los motivos del mundo para detestarla o guardar rencor, pero recuerda lo joven que es.

—De verdad, no hace falta…

James alzó la mano, con una mirada suplicante, y Kenneth guardó silencio.

—Solo te pido que intentes sentir algo de compasión por ella en todo esto. Si St. Claire organizó aquel incidente, piensa en lo terriblemente que utilizó a mi prima, una joven recién salida al mundo. Es muy posible que estuviera enamorada de ese hombre y que él abusara de ella de la peor manera posible.

—James, lo entiendo.

Su amigo suspiró, y su pecho delgado pareció hundirse.

—Me alegra oírlo. Sé que a ti puede parecerte masculina y atrevida.

—¿Masculina? —repitió Kenneth en un tono casi ronco, pensando en la delicadeza de su belleza.

James asintió con seriedad.

—Creció prácticamente sin madre y, al final, también sin padre. Somerhart se quedó con ella y la crió, aunque no estaba obligado a hacerlo. Podría haberla enviado con alguna tía, pero prefirió tenerla cerca.

—Un hermano ideal.

—Quizá, aunque no precisamente el mejor de los padres, ya me entiendes. Y después de lo que sucedió… —Hizo un gesto vago con la mano para abarcar la tragedia—. Estaba preocupado. Ella no era realmente ella misma, y ni siquiera un duque podía arreglarlo.

—No, supongo que no.

Kenneth pensó en la rigidez de su rostro cuando la había herido con sus palabras.

—Tal vez la mires y pienses que es un marimacho, una muchacha antinatural que trabaja en la finca de su hermano y atrae los escándalos como un imán, pero es más que eso. Es…

Volvió a hacer un gesto en el aire, frunciendo el ceño, buscando las palabras.

—James. No tienes que defenderla. No voy a negar que, cuando llegué aquí, no tenía una opinión muy favorable de ella, pero tienes razón. Es joven. No quiso hacer daño a John.

—No. De eso estoy seguro. Es una chica amable, siempre lo ha sido. Un poco mimada, sí, pero todos tenemos parte de culpa. Creció sin madre, y eso lo marca todo.

Kenneth sonrió ante el afecto tosco que se percibía en la voz de James.

—Me gustaría ver un retrato suyo de niña.

—Por Dios, estoy seguro de que tengo uno por aquí. —James se volvió hacia las estanterías que cubrían la pared más larga, aliviado—. Somerhart debía de enviarnos una miniatura nueva cada seis meses.

Kenneth sonrió al recordar al gran duque de Somerhart, un hombre frío, de inteligencia afilada como una navaja. ¿Quién hubiera dicho que podía ser tan atento con una niña huérfana?



La verdadera Catherine Fairfax hizo su aparición en el comedor formal. Allí estaba la mujer segura de sí misma que había encantado a la alta sociedad: la belleza morena y brillante de la que hablaban los hombres, unos con nostalgia, otros con abierta lujuria. Kenneth

nunca había comprendido del todo sus elogios, no hasta aquella noche.

Ella se sonrojó levemente al saludar, pero, a medida que los platos iban y venían, se fue relajando. No parecía egoísta ni desconsiderada. Ni siquiera especialmente mimada. Y tenía pecas en la nariz.

Ridículo, por supuesto, pero, sentado en aquel comedor de paredes amarillas, comiendo ganso, salmón y pudin de Yorkshire, la observó con detenimiento: los rizos oscuros y rebeldes, los ojos grandes, las diminutas pecas casi invisibles salpicando el puente de la nariz… y comprendió que aquella mujer no era una ramera.

Y lo más sorprendente de todo fue que la deseaba.

Imposible. Solo tenía diecinueve años. Era inglesa. Y hermana de un duque. Prácticamente una princesa inglesa. Fuera cual fuese su pasado, no era una mujer con la que iniciar una aventura. Era, por nacimiento, casi realeza.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el suspiro de James.

—Las mujeres y sus conversaciones sobre dinero. Me hacen dar vueltas la cabeza.

Catherine dejó de hablar de gastos y les dedicó una sonrisa, frunciendo el ceño a su primo antes de volver hacia Violet.

—Y Hart ha dado permiso para ampliar sus establos, así que, sin duda, pasaré algún tiempo en las ferias de caballos este verano.

—Quizá Kenneth pueda ayudarte.

Kenneth sintió la mirada confusa que ella le dirigió.

—Él cría caballos —aclaró Violet.

—Oh, no lo sabía. ¿McAllister? —frunció el ceño, pensativa, y volvió a mirarlo—. Creo que no he oído hablar de usted.

James soltó una risita, encantado con el anonimato de su primo.

—Kenneth no usa su título. Es el barón Westmore.

—¿Ah, sí? ¡Claro! —Su rostro se iluminó—. Los establos Westmore. Sus caballos son muy codiciados.

Él no pudo evitar sonreír ante el respeto que se percibía en su voz.

—Son animales magníficos.

Ella asintió, pero su sonrisa se desvaneció y volvió a fruncir el ceño. Kenneth casi oyó el clic de su mente al encajar algo que no terminaba de cuadrar.

—Su apellido es distinto al de John. Supuse que tendrían padres diferentes, pero dijo algo…

—Soy un hijo bastardo.

Sus ojos se agrandaron ante la crudeza de la palabra, y Kenneth vio, por el rabillo del ojo, cómo James se encogía en su silla. Esperó, curioso por saber qué pensaría la hija de un duque al compartir mesa con un bastardo.

Los ojos azules de Catherine se entrecerraron. Kenneth sintió cómo los suyos imitaban el gesto, pero entonces ella sonrió, y aquella sonrisa se fue ensanchando con el paso de los segundos.

—Vaya, un bastardo. ¿Cómo llegó a ser barón?

—Mi padre compró una baronía escocesa en un arranque de culpa. No soy precisamente respetable.

—Bueno, entonces está en buena compañía. Un bastardo, una ramera y una bruja. Me temo que James es el único verdaderamente respetable en esta mesa.

Violet intentó contener la risa y, en su lugar, dejó escapar un resoplido.

Kenneth alzó una ceja ante el sonido indiscreto.

—Prima, no tenía ni idea de que fueras bruja.

Violet abrió mucho los ojos, y la carcajada de su marido terminó en una tos preocupada. Kenneth frunció el ceño, consciente de que había metido la pata sin querer.

El postre llegó en forma de bayas glaseadas y nata. Los criados se retiraron. Un silencio tenso se instaló en el comedor.

Entonces Catherine sonrió con dulzura desde el otro extremo de la mesa, y la inquietud de Kenneth aumentó.

—Ahora, mi querido lord Westmore —dijo, extendiendo las manos—, ¿quién ha dicho que yo era la ramera?

El aire se volvió denso, pesado, y el calor se agolpó en las mejillas de Kenneth como un hormigueo ardiente. Dios… Acababa de llamarla ramera delante de todos. Abrió la boca, pero no salió ningún sonido. La cerró y buscó palabras. Cualesquiera.

La máscara de inocencia de Catherine se quebró en una carcajada.

Violet volvió a resoplar.

—De verdad, Cat, eso ha sido muy cruel.

—Su cara —dijo ella, señalando a Kenneth.

Seguramente no podría ponerse más rojo. El calor ya le subía hasta las orejas.

—Supongo que me lo he ganado.

—Oh, desde luego. —Ella se rió, inclinándose un poco hacia él. Pese a sí mismo, la sombra del escote de Catherine atrajo su mirada. Apretó los dientes y se preguntó si sería de pésimo gusto abandonar la sala con la misma prisa con la que había huido de su dormitorio. En lugar de eso, tomó la copa de vino y la alzó hacia ella antes de vaciarla.

—Ha merecido la pena cualquier rencor que pueda guardarme ahora —comentó Catherine.

—No hay rencor —admitió Kenneth—. Lo que insinué fue imperdonable.

La sonrisa de James era comprensiva, aunque algo tensa.

—Estos dos son demasiado rápidos para que la mente masculina los siga, pero, en realidad, te lo has buscado.

Kenneth asintió con resignación.

—Bien, prima, seas bruja o no, quiero oír la historia.

—Soy bruja, o lo era. Pero aquí no hay rameras, y no quiero volver a oír esa palabra —replicó Catherine, poniendo los ojos en blanco antes de sonreír—. Cuando James y yo nos conocimos, yo tenía solo ocho años…

—¡Nueve! —protestó ella.

—Perdóname. Lady Catherine Fairfax era una joven muy madura de nueve años.

Ella rió, y el sonido le recorrió a Kenneth la columna como un roce ligero.

—Estaba perdidamente enamorada de James…

—¡De mi primo mayor!

—…y le costaba mucho quererme. De hecho, creo que aún hoy sigue maquinando mi asesinato.

—No es cierto. Solo quería ahuyentarte.

—Por suerte, había pronunciado mis votos justo antes de conocerla, o es posible que la hubiera abandonado. —Violet le dirigió a su marido una sonrisa tierna que desmentía sus palabras.

—¿Y qué hizo, lady Catherine? —preguntó Kenneth.

Su sonrisa traviesa le hizo pensar que ya se había condenado por hacer la pregunta.

—Solo le gasté una broma. A Violet no le pareció graciosa.

—¡Puso un ratón en mi cama nupcial!

Catherine y James rompieron a reír.

—Deberías haberla visto, Kenneth —jadeó James—. Tan tímida y ruborizada al principio, y segundos después corriendo por la habitación a los gritos, sin un ápice de pudor.

—¡James!

Pero Violet también reía, y Kenneth no tardó en contagiarse.

—Debió de ser un espectáculo para un recién casado.

—Oh, lo fue. Estaba tan encantado que ella me acusó de haber puesto yo mismo al animal. Debo confesar que no estaba tan enfadado con Cat como debería.

—No sabíamos quién lo había hecho, por supuesto, ni siquiera si había sido simple casualidad… hasta el desayuno de despedida, al día siguiente. Cuando entró la pequeña Cat, muy ufana, me vio y exclamó: «¿Por qué sigues aquí?».

—Me había convencido de que regresaría a donde había venido y de que volvería a tener a James solo para mí.

—En cuanto supe que había sido ella, la llevé de la oreja al jardín para darle una severa reprimenda. La niña ni siquiera pestañeó. No tenía miedo.

A Kenneth no le sorprendía. Probablemente nunca le habían negado nada.

—¿Y entonces le dijiste que eras una bruja?

—Sí. —Violet seguía satisfecha, diez años después—. Solo tenía diecisiete años. Pero recordarás a mi familia, Kenneth. Sabía que tenía que infundirle miedo. Así que le dije que ya había asado al ratón y le había cortado la cola y las orejas. Le dije que solo me faltaba machacarlas con un poco de sangre de murciélago y echarlas en sus gachas… Se convertiría en ratón antes de la próxima luna llena.

—¿Y qué dijo usted, lady Catherine?

Ella se sonrojó al cruzar la mirada con la de él.

—Le dije a Violet que comiera estiércol de caballo y salí corriendo a buscar a mi niñera. —Su sonrisa volvió a adquirir aquel matiz travieso que le tensó el estómago—. Y entonces decidí que James no era mi verdadero amor.

—Le causó una gran impresión. No se acercó a mí en dos años.

James extendió la mano y acarició la de Catherine con una sonrisa orgullosa.

—No es el mayor problema que has causado, pero…

En cuanto las palabras salieron de su boca, palideció.

—Quiero decir…

—Vamos, James —murmuró Cat—. Nada de eso. No entre amigos.

Alzó la copa de vino.

—Un brindis por los recuerdos de los viejos tiempos.

Violet rió y bebió con ella.

—Lo dices con demasiada convicción para ser una muchacha de solo diecinueve años.

—Por los recuerdos —añadió James, lanzando una sonrisa maliciosa a su mujer.

Kenneth alzó su copa y sonrió ante el cordial «¡Salud!» de Catherine. Sus ojos brillaban de alegría y sus mejillas estaban encendidas por el vino. Resplandecía.

Ella lo miró, y Kenneth notó cómo su mirada se desviaba… solo un instante. Luego regresó a sus ojos. Sus labios dibujaron una sonrisa más suave. Él se sintió casi embriagado por el rosa de sus mejillas y el tono más intenso de su boca. Vio cómo la mirada de ella descendía hacia sus labios y sintió cómo la sangre se le acumulaba en las piernas.

Malo. Muy malo.

James carraspeó, y Kenneth apartó los ojos del rostro de Catherine para encontrarse con aquella mirada especulativa. Se movió en la silla, tosió e intentó no sentirse culpable.

—¿Cuándo vas a volver a casa, Kenneth? —preguntó Violet con una ligereza que no lo tranquilizó en absoluto.

Sin saber muy bien qué responder, se encogió de hombros.

—Dentro de unas semanas. Aún tengo algunos asuntos que resolver aquí, en Inglaterra.

Un movimiento al otro lado de la mesa llamó su atención. Catherine se había quedado rígida, y la sonrisa se borraba de sus labios.

—¿Qué clase de asuntos?

—Varias cosas. Como administradora de las propiedades de Somerhart, debe comprender lo tediosos que pueden ser ciertos asuntos.

Ella lo observó con atención durante un momento y luego pareció desechar sus sospechas con un parpadeo.

—Sí, pero no encuentro ese trabajo tedioso en absoluto. Me resulta estimulante.

Él no pudo reprimir un pequeño gruñido de desagrado.

—Prefiero trabajar con los caballos.

—Supongo que todos tenemos nuestras pasiones.

Sus miradas se cruzaron, y el color regresó poco a poco a las mejillas de Catherine.

—Sí —admitió al fin.

Se preguntó por qué, exactamente, ella se estaba convirtiendo en una de las suyas.

Cat salió al patio bañado por la luz pálida de la mañana, anunciando su llegada con un suspiro melancólico. Llevaba casi una hora merodeando por el comedor, enderezándose con cada ruido que llegaba desde el vestíbulo. Incluso había pasado por la biblioteca, con la esperanza de encontrarse con Kenneth McAllister.

Él había desaparecido temprano la noche anterior, después de permanecer apenas media hora en el salón antes de retirarse. No había vuelto a verlo desde entonces.

Violet aseguraba no saber en qué rincón se escondía y parecía divertirse de manera sospechosa con su propia respuesta. Catherine decidió dar un paseo hasta los establos. En el peor de los casos, caminaría para librarse de parte de la tensión. En el mejor, se toparía con él.

Mientras se apresuraba hacia los cobertizos, se reprendió por aquel interés repentino. Apenas lo conocía. Y lo poco que él sabía de ella no le agradaba.

La luz difusa del establo la envolvió al cruzar la puerta, con una manzana en la mano, apoyada distraídamente contra la falda. Lo primero que advirtió fue el baile dorado de las motas de polvo. Luego, un movimiento lento en el cubículo más cercano.

Los músculos de Cat se tensaron, su corazón se detuvo un instante y su mente quedó en blanco. Allí estaba. Kenneth McAllister. Justo delante de ella, vestido solo con pantalones y botas.

Lo recorrió con la mirada. La espalda desnuda se contraía y se estiraba mientras él cepillaba a un semental

Capítulo 4

Kenneth ajustó la cincha de la silla de Thor y acarició el poderoso hombro del semental. Intentó aquietar la mente, imitar el silencio del amanecer, la paz del establo desierto. Solo el suave movimiento de los animales y sus resoplidos perturbaban la mañana.

Había dormido mal y se había despertado antes del alba, inquieto, con una necesidad que se negaba a reconocer. Incluso mientras trataba de apartar de su mente el pensamiento de aquella mujer, Thor aguzó las orejas, advirtiéndole de la presencia de un intruso.

—¡Kenneth!

Una maldición sincera se le quedó a medio camino en la garganta. Se obligó a permanecer inmóvil hasta recuperar el dominio de sí mismo, tragó la palabrota y se volvió.

—Lady Catherine.

—Solo Catherine, por favor. ¿Puedo acompañarte a montar esta mañana?

Trató de intimidarla con la mirada, pero el hermoso rostro de ella le devolvió una sonrisa tranquila, sin rastro de incomodidad.

—No salgo a dar un paseo apacible. Thor necesita correr de verdad hoy.

—Maravilloso.

—Tendrás que seguir mi ritmo.

Los ojos de ella brillaron, pero se limitó a asentir.

Kenneth buscó a toda prisa una excusa mejor para dejarla atrás, pero un mozo de cuadra, aún somnoliento, apareció apresuradamente y sacó a la yegua de Catherine del establo. No podía negarse sin resultar abiertamente grosero. Además, ella se marcharía al día siguiente; él mismo lo había anunciado durante la cena. Seguramente sería capaz de soportar un día a su lado sin sucumbir a la tentación.

Sacó a Thor al patio y montó. Luego aguardó con gesto impaciente mientras Catherine terminaba de acomodarse. Ella ignoró su actitud, charlando con el mozo y dedicándole apenas alguna mirada fugaz.

A la luz temprana parecía un sueño: fresca, encantadora, increíblemente joven. El cabello oscuro se recogía en una trenza negra y brillante que le caía casi hasta la cintura, aunque ningún peinado lograba domar del todo aquellos rizos. Varios mechones se habían escapado ya y flotaban junto a sus mejillas, jugueteando con los hoyuelos que aparecían cuando sonreía.

Vestía un traje de montar azul intenso que realzaba el tono de sus ojos. El diminuto sombrero, apenas una red y una cinta, le recordó a Kenneth las pecas sobre su nariz y lo distinta que era de las demás mujeres, sin esfuerzo alguno por mantener la piel pálida e inmaculada. Tal vez era demasiado rica para preocuparse por eso.

El muchacho condujo la yegua hasta el bloque, y Catherine montó con la misma naturalidad con la que hacía todo en la vida. La forma en que se movía por el mundo lo atraía, y le resultaba casi imposible apartar la vista.

Mañana se iría, se recordó, agradecido por ello.

—¿Lista? —gruñó.

En respuesta, ella espoleó a la yegua y salió del patio al trote. Kenneth sonrió pese a sí mismo ante la elegancia del animal y la siguió.

Cabalgó detrás de ella un buen trecho, torturado por la fluidez con la que aquel cuerpo menudo se movía en la silla. Peor aún era que se volviera de cuando en cuando para dedicarle una sonrisa encantada que le robaba el aliento. Cuando alcanzaron una pradera amplia y cubierta de hierba, espoleó a Thor y la adelantó con facilidad.

Se mantuvo justo delante y cabalgaron en silencio durante kilómetros. Al poco desviaron el rumbo hacia la costa. A veces al galope, otras a un ritmo más contenido, siguieron el litoral hasta que el sol brilló alto y cálido sobre ellos. El viento marino les azotaba la piel con aire salado y el agua resplandecía en matices de azul y blanco hasta perderse en el horizonte. Cuando Thor redujo el paso, Catherine acercó a Brinn a su lado.

Kenneth la miró de reojo.

—Hay un bosquecillo justo delante. ¿Te gustaría parar? ¿Tomar algo?

Los ojos de ella se iluminaron.

Thor resopló y empujó a la yegua con un movimiento brusco.

—Tendré que atarlo un poco lejos. Creo que ha captado el olor de tu montura.

Ella miró a Thor y luego a él.

—Sí, creo que sí.

El color le subió a las mejillas, y Kenneth se sintió casi agradecido cuando ella se apartó hacia el pequeño grupo de árboles. Ató a Thor unos metros más allá y regresó.

—¿Agua?

Le tendió la cantimplora y apartó la vista hacia el mar mientras ella bebía.

—Montas muy bien —añadió al fin, incómodo con el silencio.

—Gracias.

Ella sonrió sin falsa modestia.

—Kenneth.

Le tocó el brazo.

Se estremeció al oír su nombre en labios de ella y le quitó la cantimplora con brusquedad. Sus dedos se rozaron, y su mirada descendió, traicionera, hasta la boca de Catherine. Una gota de agua brillaba en su labio inferior. El impulso de inclinarse y borrarla con un beso lo sacudió con violencia.

Murmurando una maldición, bebió con ansia, rogando que el agua fría apagara el fuego que le recorría el cuerpo. No lo logró. De pronto, unos dedos cálidos se posaron en su cuello.

Se atragantó, tosiendo, y se apartó de golpe.

—¿Qué estás haciendo?

—Intento ayudar.

—No. Lo otro…

Ella se encogió de hombros y le regaló una sonrisa tímida.

—No he podido evitarlo.

—¿Evitar qué?

—Tocarte.

Kenneth retrocedió un paso, casi alarmado, alzando la mano en un gesto inútil de contención.

—No tienes por qué parecer tan horrorizado.

—Catherine…

—Tenía la impresión de que mi interés era correspondido.

—Por el amor de Dios, eres la hermana de un duque.

—¿Y qué importa eso?

—Soy escocés. Un bastardo.

—Y yo soy una mujer caída, una ramera a los ojos de la sociedad. El título de mi hermano solo lo empeora.

Incapaz de responder, se pasó la mano por el rostro. Ella avanzó un paso, decidida. Kenneth se obligó a no retroceder.

—Kenneth.

Alzó la mano, lenta, inexorable.

—He visto cómo me miras.

Cerró los ojos cuando sus dedos rozaron su piel.

—Pensé que tú también me deseabas.

—Dios santo, Catherine…

—Eres encantador.

Aquello fue el golpe final. Se inclinó hacia ella, le rodeó la nuca y la atrajo. Sus palabras de advertencia murieron al mismo tiempo que sus labios encontraban los de ella.

El mundo se redujo a calor y a la dulzura de su boca. Catherine suspiró, y Kenneth perdió la última brizna de prudencia. La estrechó contra sí, consciente solo de la necesidad urgente de tenerla más cerca.

El sol caía de lleno sobre ellos. Ella deslizó las manos bajo su abrigo y él gruñó, rindiéndose. Cuando logró apartarse, respirando con dificultad, negó con la cabeza.

—No podemos hacer esto.

—¿Por qué?

—Piénsalo, Cat…

—Sí —susurró ella—. Lo he pensado.

Eso bastó.

La alzó y la recostó con cuidado sobre la hierba, bajo la sombra de un árbol. Sus risas suaves sellaron el destino de ambos. Kenneth dejó de luchar y se entregó al impulso, a la sensación de su cuerpo

bajo el suyo, a la certeza de que aquella mujer lo había desarmado por completo.

—Oh, Kenneth —susurró, cerrando los ojos.

La sonrisa de Kenneth casi le partía la cara. Un hombre podía vivir toda su vida y no oír jamás su nombre pronunciado con aquella mezcla de reverencia y alivio.

Cerró los ojos y respiró hondo varias veces. Su reacción había destrozado el poco control que conservaba.

—Espero que no pienses dormirte ahora.

Una sonrisa suave se dibujó en los labios de Cat mientras él le desabrochaba la chaqueta.

—No. No podría soportar perderme nada.

Cuando terminó con la prenda, pasó a los botones de la camisa blanca.

—Kenneth, ¿qué…?

Alzó la mano pidiendo silencio, pero Catherine dejó escapar un gemido justo cuando el tintineo claro de un arnés resonó desde el oeste.

Con los dedos ya cerrando su camisa, se incorporó, tomó el abrigo y lo extendió sobre la desnudez de ella.

—Un jinete. Quédate aquí.

Cubriéndose los ojos con las manos, Catherine soltó un suspiro sonoro mientras él se alejaba entre los árboles.

Kenneth se deslizó hacia la parte más densa del bosquecillo y avanzó en dirección a Thor. El tintineo del arnés se hacía más nítido a cada paso.

Cuando llegó al caballo, distinguió las huellas de un camino muy transitado a unos veinte metros de distancia, siguiendo el borde occidental de la arboleda. Miró hacia atrás, hacia el claro donde

yacía Cat, y se sintió aliviado al no verla. Ni siquiera alcanzaba a distinguir a Brinn desde allí.

Permaneció en la sombra, sin ganas de exponerse ni de arriesgarse a que algún viajero decidiera detenerse a charlar. No estaba de humor. De hecho, ya no se encontraba en el mismo estado de ánimo que apenas un minuto antes.

La sangre se le había enfriado, lo comprendió con una decepción amarga, cuando un carro de chatarrero surgió del recodo y pasó traqueteando junto a la arboleda. El hombre que lo guiaba parecía medio dormido sobre el asiento. Kenneth aguardó unos diez minutos, hasta asegurarse de que seguía su camino, y luego suspiró con pesar antes de volver sobre sus pasos hacia Catherine.

Su mente estaba de nuevo despejada. Maldición. Era, con diferencia, la mujer más receptiva que había tenido el placer de tocar. Abrazarla había sido como sostener un fuego vivo entre los brazos, un fuego que amenazaba con desbordarse en cualquier momento.

Instantes antes había pensado que moriría si no se deslizaba en su interior. Ahora, lamentando la pérdida de ese placer posible, tendría que ayudarla a vestirse y acompañarla de regreso.

¿Por qué tenía que haber nacido de una madre empeñada en inculcarle el sentido del deber?

Se acercó a su improvisado lecho y la encontró aún tendida en la hierba. Al aproximarse, el ceño fruncido de ella se relajó en una sonrisa. Se había quedado dormida. Pese al riesgo de ser vista por cualquier viajero, ni siquiera se había vestido del todo. Solo había bajado las faldas y se había arropado con su abrigo antes de acurrucarse.

Con el mayor sigilo, Kenneth se sentó a su lado, apoyando los antebrazos en las rodillas. La observó, estudió aquel rostro vuelto hacia la sombra. La boca rosada se había relajado en el sueño, con los labios entreabiertos en una sonrisa leve.

Por Dios, era hermosa. El rostro en forma de corazón resultaba delicado, el marco perfecto para aquellos enormes ojos azules.

Incluso sus imperfecciones eran encantadoras. Las pecas le daban un aire real, humano. Y la barbilla, quizá demasiado marcada, evitaba que su rostro pareciera infantil.

Aun así, parecía tan joven y frágil. Una princesa de cuento atrapada en una siesta robada.

Una ráfaga de brisa levantó un rizo suelto y lo dejó caer sobre su mejilla y sus labios. Kenneth lo apartó con delicadeza y se inclinó para sustituirlo por un beso. Los ojos azules se asomaron bajo los párpados pesados.

—Kenneth —susurró ella.

Él recordó demasiado bien lo fácil que había sido perderse en aquella boca y se limitó a sonreír.

—¿Te sientes tan encantadora como pareces?

La sonrisa de ella se ensanchó mientras se giraba y se estiraba como un gato saciado, con la camisa abierta y un pezón rosado asomando. Kenneth inspiró hondo y se inclinó hacia ella, incapaz de evitarlo, pero obligó a sus dedos temblorosos a cerrar de nuevo la tela. La sonrisa traviesa de Catherine se desvaneció cuando comenzó a abrochar los botones.

—¿Qué estás haciendo?

Tuvo que contener la risa.

—Estoy arreglando tu ropa.

—Pero… Quiero decir… No hemos terminado.

Esta vez sí dejó escapar una carcajada breve mientras pasaba al siguiente botón.

—Creo que será mejor que demos esto por terminado.

Cat jadeó y le apartó las manos.

—No. Deja eso.

Su sonrisa se suavizó al ver la confusión en sus ojos.

—Cat. No podemos seguir.

—Tenía la impresión de que lo estábamos haciendo bastante bien antes de que nos interrumpieran.

No supo si reír o lamentarse ante aquella afirmación descarada. El recuerdo de lo bien que había ido todo seguía demasiado vivo.

—Catherine, tú eres…

Ella lo interrumpió con un gesto brusco y una mirada casi amenazante.

—Si vuelves a mencionar el título de mi hermano, te haré daño.

—Tu posición no es insignificante. Pero iba a decir que eres prima de James y amiga de Violet, y que sería inconcebible aprovecharme de su hospitalidad… aprovechándome de ti.

La boca sensual de ella se tensó en una línea de disgusto.

—No tenía intención de ir contándolo. Y no lo llamaría aprovecharse.

Kenneth se pasó la mano por el rostro y notó la aspereza en la garganta al hablar.

—Lo siento, Cat. De veras. Pero esto no puede ser.

Ella parpadeó y apartó la mirada. La mandíbula obstinada se movió, apretando los dientes. Un rubor le subió a las mejillas.

—Está bien, McAllister. Obviamente tiene sus razones. ¿Volvemos a la casa?

La vio abrochar con torpeza los últimos botones y ponerse en pie. Se alisó la falda con movimientos bruscos, sin mirarlo. Kenneth percibió el instante exacto en que su rostro se vaciaba de emoción. Cuando ella se volvió para buscar la chaqueta, él dio un paso y le tomó la mano.

—Cat, por favor. No hagas eso.

—¿No haga qué, señor McAllister?

—Estoy intentando hacer lo correcto. No me trates como si fuera aire.

Al fin ella lo miró. Sus ojos se oscurecieron hasta volverse casi gélidos.

—Es una situación bastante incómoda, ¿no te parece?

—No tendría por qué serlo. Ha sido una mañana extraordinariamente agradable. —Esbozó una sonrisa—. La he disfrutado.

—Bueno, muchacha… —no resistió la tentación de inclinarse y darle un beso rápido en la boca—, yo también.

Cat apartó la vista y dibujó una sonrisa amplia. Era muy amable, pensó Kenneth, mentirle de aquella manera. Aquella compasión suya formaba parte del problema.

—Deberíamos volver —murmuró ella—. Nos perderemos el almuerzo.

Kenneth asintió, tomó el abrigo y la sostuvo con la mirada un segundo antes de dirigirse hacia Thor.

Cuando él se alejó, Catherine se cubrió el rostro con las manos y gimió. Todo era tan humillante… Debería haber aprendido la lección la primera vez que había pagado tan caro por sus necesidades más básicas. Claro que entonces nada se había parecido a esto. Esta vez, casi había merecido la pena cualquier vergüenza.

Casi.

Le llevó unos instantes comprender que la estaba rechazando. Se le había ofrecido como la ramera que todos decían que era, y él la había rechazado con exquisita cortesía. Ni siquiera sabía que los hombres fueran capaces de algo así.

Debía de encontrarla deficiente de algún modo. Casi sonrió ante la idea, pese a la humillación creciente. Oh, sí, deficiente lo era.

Sin esperar su ayuda, montó sola a Brinn y se quedó mirando el mar hasta que escuchó, a su espalda, el compás suave de unos cascos. Al volverse, encontró a Kenneth observándola y le dedicó una sonrisa ligera. No había razón para hacerlo sentirse culpable por algo que ella misma había forzado.

Durante el largo camino de regreso, Cat mantuvo cierta distancia entre los caballos, procurando que no resultara demasiado evidente. Pero, al acercarse a la mansión, Kenneth puso a Thor junto a la yegua y la llamó por su nombre.

Ella le devolvió una sonrisa vacía.

—Catherine, quería preguntarte…

—¿Sí?

—¿Te pondrás en contacto conmigo si Whitmore vuelve a escribir?

Ella frunció el ceño, sorprendida.

—Pero… ¿qué hay de la información que te di?

Kenneth negó con la cabeza.

—Está anticuada.

—Ah.

Al menos tuvo la decencia de mostrarse incómodo.

—Cuando me fui de Somerhart, pensaba regresar en dos semanas para ver si habían llegado más cartas. Pero, dadas las circunstancias, creí que sería mejor que, si ocurre algo, simplemente me avisaras.

La espalda de Catherine se tensó. ¿Qué quería decir exactamente con «las circunstancias»? ¿Había mostrado interés en ella solo para asegurar su cooperación?

Lo miró, llena de rabia repentina, y él sostuvo su mirada, con una sombra triste en la boca, sin apartar los ojos. No. No la había utilizado. Parecía más noble que muchos nobles que ella conocía. Y,

en cualquier caso, no había hecho gran cosa por reforzar la intimidad entre ambos. Sin duda se refería a la incómoda circunstancia de aquella mañana.

—Le enviaré las indicaciones —dijo al fin.

Cuando llegaron a la mansión, entregó las riendas a un mozo mientras Kenneth se ocupaba de su caballo. Catherine entró a toda prisa, subió las escaleras y se repitió que no tenía derecho a enfadarse con él por rechazarla, cuando era ella quien había traicionado a su hermano.

Debería sentirse agradecida por su cortesía y su amabilidad.

Sin embargo, cuando cerró la puerta de su dormitorio de un portazo, la gratitud era lo último que sentía.

Capítulo 5

Cat frunció el ceño al encontrar a Charlotte dormitanda en una silla junto al baúl ya abierto. No pudo evitar preguntarse si su doncella también habría pasado una mañana agotadora siendo humillada por un hombre.

—Charlotte, querida, despierta y ve a cenar algo.

Los ojos castaños de la joven se abrieron de par en par, sobresaltados.

—Merde, lo siento, milady… Ya he terminado de hacer las maletas.

—Gracias. Ahora ve a comer algo y no olvides acostarte temprano.

La sonrisa pícara de la doncella respondió a su curiosidad. Entonces no había sido una mañana vergonzosa, sino una noche aventurera. Charlotte era deliciosamente francesa. Solo ella había despachado el terrible escándalo de Cat con un encogimiento de hombros y un resoplido. «¿Ha merecido la pena?», había sido toda su pregunta. Su compañía había sido exactamente lo que Catherine necesitaba desde entonces.

Cerró la puerta tras la sonrisa descarada de la muchacha y, con un largo suspiro, se apoyó en la madera vieja. Estaba exhausta. No debería haber tomado aquellas copas de vino de más durante la cena. Tampoco debería haberse saltado el almuerzo, pero le había llevado todo el día reunir el valor para enfrentarse a él.

No era solo el rechazo. Era la carta que la aguardaba en la habitación cuando regresó de su cita frustrada. Ojalá Prescott

hubiera desobedecido sus instrucciones de reenviarle la correspondencia personal.

Los golpes, firmes y decididos, que en el fondo había estado esperando hicieron vibrar la puerta contra su espalda.

—Dios mío —murmuró, llevándose una mano al corazón desbocado—.

Sabía quién era. La había mirado con odio apenas unos instantes antes, cuando se despidió. ¿Qué demonios quería ahora?

Respiró hondo, se apartó de la puerta y la abrió lo justo.

—Catherine —dijo él, con una voz sospechosamente tranquila —. ¿Puedo hablar contigo?

—Sí.

—¿Vas a abrir la puerta?

Ella lo sostuvo con la mirada unos segundos, solo para impacientarlo, y luego cedió, abriéndola de par en par.

—¿Qué ocurre?

Retrocedió cuando él entró y cerró la puerta tras de sí.

—¿Por qué actúas así?

—¿Así cómo?

—Como si hubiese hecho algo terrible.

—No estoy actuando así en absoluto.

—No me hablas. Ni siquiera me miras. Te marchas mañana y lo único que soy para ti es un maldito gesto con la cabeza.

Aquello era absurdo.

—No entiendo por qué te importa.

Kenneth gruñó y apretó los puños.

—¿Crees que me sería indiferente despedirme de ti como es debido?

Su temperamento se impuso, avivado por la presencia de él y por el vino.

—Creo que tenías todas las razones del mundo para no gustar de mí cuando nos conocimos, y creo que sigues sin hacerlo. Yo… yo me ofrecí a ti como una… —se obligó a enderezarse y no pronunció la palabra—. Y tú no me quisiste.

—Eso no es cierto.

—Claro que lo es. —Bajó la mirada, incapaz de sostener aquella expresión que ahora parecía casi comprensiva—. Eres demasiado amable para decirlo.

—Ven aquí.

—No.

Negó con la cabeza. Oyó un paso, y vio sus botas aparecer en el borde de su visión.

—Cat —repitió él, con suavidad.

Sintió su mano bajo la barbilla y permitió que le alzara el rostro.

—Seguro que sabes cuándo un hombre te desea.

—Al parecer, no.

—Cat…

La risa baja en aquella sílaba la desarmó. Luego sintió su aliento, después su boca, y suspiró al abrirse a su beso.

Fue suave, contenido. Demasiado contenido.

No hubo hambre ni urgencia. No la empujó hacia la cama ni la desnudó. Solo la sostuvo y acarició su labio inferior con una delicadeza que confirmó su temor.

Ella quería su lengua. Quería su pérdida de control.

Se apartó y se pasó el dorso de la mano por la boca.

—No me mientas, Kenneth.

Se volvió hacia la cómoda, abrió el cajón y le puso un papel rígido en las manos.

—Toma. Vete.

Él bajó la mirada, desplegó el pliego y palideció antes de que el color le subiera al rostro.

—¿Qué es?

—¿Qué crees que es?

Catherine se giró hacia el baúl y empezó a alisar, sin necesidad, los fardos ya ordenados.

—Llegó esta tarde —añadió—. Es breve.

—Te agradezco la información. Y la… exaltación.

Le tendió el papel. Ella se lo arrancó y lo lanzó al baúl, cerrando la tapa con un golpe seco.

—Adiós, señor McAllister. Avíseme si puedo ayudarle en el futuro.

El silencio a su espalda la crispaba.

—¿Qué? —espetó.

—No te besé ni… no estuve contigo para obtener información.

—¿De verdad?

Él masculló una maldición en gaélico.

—Nunca haría algo así. Mi propósito era no tocarte en absoluto, pero no pude evitarlo.

Un escalofrío de placer le recorrió la espalda.

—No soy un hombre que pierda el control a menudo.

—Y no lo has hecho.

—Sí lo he hecho. Si no hubiera sido por ese carro inoportuno, me habría enterrado gustoso entre tus piernas y al diablo con las consecuencias.

El deseo la golpeó con violencia. Su mano se estiró hacia atrás y rodeó su muñeca. Él aprovechó para girarla y colocarla frente a él.

—¿Es esto un hábito tuyo? ¿Arrancar confesiones de hombres que no pueden tenerte?

—Podrías tenerme.

—No eres el tipo de mujer con la que un hombre simplemente se acuesta.

—Soy exactamente ese tipo de mujer.

—No hables así de ti misma. No es verdad.

—Estoy arruinada. Me llaman la heredera descarriada. La desesperación del duque.

—Eres rica, hermosa y hermana de un duque. No me digas que no han pedido tu mano después del escándalo.

—No hombres con los que me casaría.

—Algún día aparecerán.

Era casi cómico. ¿La estaba rechazando por moral?

—Adiós, Catherine. Ha sido un verdadero placer.

Dios santo, se marchaba de verdad.

—¿No me darás, al menos, un beso de despedida?

Vaciló apenas un instante.

—Sí.

Ella se puso de puntillas y lo besó antes de que pudiera cambiar de idea. Él respondió con ternura, manteniéndola a distancia. Catherine apoyó las manos en su pecho y sintió cómo él cedía un poco.

Cuando él se apartó, la miró por última vez y soltó sus rizos.

—Adiós —susurró ella.

Kenneth McAllister abrió la puerta y salió en silencio de su vida.

Capítulo 6

-¿Julia va a debutar en la próxima temporada?

—Oh, sí. —La tía Augusta casi vibraba de emoción—. ¡Y por fin ha perdido la gordura infantil, Cat! ¡No te imaginas lo ilusionada que está!

Catherine esbozó una sonrisa forzada. Por supuesto que podía imaginarlo. Ella misma había sentido aquella misma expectación hacía menos de dos años.

—La llevaremos a Madame Desante para que le confeccione el vestuario, por supuesto.

—Por supuesto.

—Dice que los nuevos modelos serán perfectos para Julia.

—Eso es maravilloso, tía Augusta. ¿Y Justine? Ya debe de tener trece años, ¿no?

—Oh, sí. Y es tan traviesa como su hermano pequeño. —Un suspiro cansado hizo temblar las mejillas de la mujer—. Ya veremos.

Cat no pudo evitar sonreír con algo más de sinceridad.

—Seguro que se le pasará. Y, por ahora, solo tienes que preocuparte por Julia.

—Oh, y será encantadora. Tienes que venir a su baile, Catherine. Echaría muchísimo de menos que no estuvieras allí.

—Quizá —mintió.

No tenía la menor intención de regresar a Londres con el rabo entre las piernas y, desde luego, no pensaba empañar el debut social de su prima.

Cuando Augusta se volvió para hablar con el señor Covington, Cat dejó vagar la mirada por la mesa y luego la alzó hacia su hermano, que le dedicó un brindis discreto con la copa. Catherine sonrió, muy consciente de la suerte que tenía al contar con un hermano así. Él había hecho posible la vida cómoda que ahora llevaba. Con cualquier otro tutor, a esas alturas ya la habrían casado con algún cazafortunas encantado de pasar por alto su pasado a cambio de una esposa rica.

Entonces su mirada se posó en Robert Dixon, que le sonreía desde el centro de la mesa.

Ella le devolvió la sonrisa.

Era primo suyo, aunque Dios sabía cuán lejano. Solo lo había visto un par de veces antes. Apuesto, de rasgos refinados y cabello rubio claro, llevaba coqueteando con ella, con mucha discreción, desde que había comenzado la cena.

Apartando la vista, siguió recorriendo la mesa. Hart había organizado aquella velada para celebrar su vigésimo cumpleaños e invitado apenas a dos docenas de personas, cuidadosamente escogidas: amigos y parientes que habían seguido tratándola con afecto tras el escándalo. Nadie más tendría ocasión de acercarse al duque de Somerhart en un futuro próximo.

Sin embargo, James y Violet habían zarpado hacia Francia hacía menos de una semana, y ella se sentía extrañamente desamparada sin su apoyo. Seguía sintiéndose sola, pese al evidente empeño de su hermano por animarla.

La soledad se había ido cerrando sobre ella en las últimas semanas, fría y sofocante, como un manto de nieve que amortiguaba cualquier atisbo de alegría. No se trataba solo de la pérdida de Kenneth McAllister, aunque eso desde luego formaba parte de ello. Sencillamente, estaba sola. No conocía a otras mujeres como ella: mujeres que trabajaran la tierra y llevaran las cuentas, que tuvieran el lujo —o la osadía— de dedicarse a tareas

consideradas propias de los hombres. Y gracias a Dios que ella lo hacía, porque el trabajo duro era el único placer que le quedaba.

Las risas se elevaron a su alrededor y Cat rió también, cuidando de que nadie advirtiera su distracción. El aumento del murmullo indicaba que la cena tocaba a su fin. Catherine asintió a Hart y se puso en pie.

—Caballeros, por favor, quédense unos momentos más para disfrutar del oporto. ¿Y vosotras, señoras?

Las damas se levantaron en un susurro de sedas y satenes. Catherine las siguió, murmurando cortesías a los caballeros con los que se cruzaba, siempre consciente de la mirada de Robert Dixon sobre ella.

Pasó un cuarto de hora. Quince largos minutos de conversaciones sobre bebés, encajes, maridos y modas. Cat habló de jardines y pensó en Kenneth. Rió ante una broma sobre el vals e imaginó la mano de él cerrándose en torno a su muslo.

No podía olvidarlo.

Los hombres comenzaron a salir del comedor en pequeños grupos, dejando tras de sí el aroma inconfundible de los puros. Catherine buscó a Dixon con la mirada, lo encontró y se obligó a estudiarlo mientras aguardaba junto a la puerta.

Además de apuesto, era culto y correcto; su sonrisa dejaba entrever una voluntad firme. Heredaría el título de vizconde Landry. En suma, el tipo de hombre que le habría resultado muy atractivo durante su temporada en Londres. Y, sin embargo, no despertaba en ella la menor emoción.

¿La habría arruinado Kenneth para otros hombres? Tal vez el señor Dixon pudiera ayudarla a averiguarlo.

Sus miradas se encontraron y él se acercó en cuanto la vio.

—Señor Dixon.

—Lady Catherine. Parece muy… animada esta noche.

Ella rió ante la elección de palabras.

—¿Esperaba encontrarme marchitándome en el exilio?

Él sonrió, con un matiz de vergüenza casi entrañable.

—No marchitándose, desde luego, pero sí… menos contenta.

—Lo estoy. Mi vida es mucho más plena ahora que no se limita a vestidos y fiestas.

—Estoy seguro de que disfrutaba de Londres. Al menos, eso parecía.

—Sí, por supuesto que disfrutaba de Londres.

La sonrisa se le apagó ante la sequedad de sus propias palabras.

—Lo siento. Ha sido una torpeza por mi parte.

—Tonterías, señor Dixon. —Apoyó con audacia la mano en la manga de su chaqueta—. No soy tan frágil.

Los ojos color avellana de él se templaron ante aquel contacto. Catherine se sonrojó un poco y retiró la mano. No deseaba darle falsas esperanzas, pero necesitaba saber.

Él se inclinó hacia ella como si fuera a hablarle al oído, y el corazón de Cat dio un pequeño salto. Había pasado días enteros coqueteando en Londres, pero ahora todo aquello le parecía forzado, como caminar al borde de un peligro invisible. Cuando él inclinó la cabeza, vio a Hart acercarse por detrás y casi suspiró de alivio.

—Su Excelencia —saludó Robert, sorprendido, poniéndose en pie—. ¿Ha venido a rescatar a su hermana de mi compañía?

Hart sonrió y tomó la mano de Catherine, besándole la mejilla antes de mirar a su amigo.

—Solo quería comprobar cómo estaba, pero al verte aquí, ahora estoy seguro de que está a punto de morir de aburrimiento.

Ella puso los ojos en blanco.

—Eso no es cierto, Hart. No seas cruel.

Robert hizo una leve reverencia.

—La dejo con su hermano, lady Catherine.

—Parece un joven muy agradable —comentó Cat cuando se hubo alejado.

Hart se encogió de hombros.

—Supongo que sí. Quería ver cómo estabas.

—Estoy bien, Hart.

—¿Seguro?

—Antes se me daba muy bien esto. Charlar no es tan difícil, ni siquiera para alguien con mi limitada inteligencia y mi delicada salud.

La sonrisa amplia de él la hizo sonreír a su vez.

—No, supongo que no.

—De verdad, Hart, no hay nada de qué preocuparse.

La mirada azul de él la sostuvo largo rato; la sonrisa se desvaneció. Luego le tomó la mano y la condujo hacia las puertas abiertas del patio. Se detuvo justo fuera del halo de luz.

—Has estado muy callada estas últimas semanas, Cat —dijo en voz baja.

Ella negó por reflejo.

—Solo he tenido muchas cosas en la cabeza.

Él le rozó la mejilla con los dedos, y Cat luchó contra el impulso de confesarle su obsesión por Kenneth McAllister.

—Sabes que eres libre de casarte cuando quieras. Solo te pido que me informes de cualquier pretendiente. Siempre hay hombres que te persiguen por tu fortuna.

—No…

—Pero eres una mujer encantadora. Me preocupa que te sientas sola.

Oh, sí, me siento sola, quiso decir. ¿Me traerías entonces a un escocés enorme para que sea mi amante?

—No ha habido pretendientes, Hart. Y, por ahora, es lo mejor.

—Me gustaría verte feliz.

—Soy feliz —replicó—, aunque solo sea por culpa de mi indulgente hermano mayor.

—No es indulgencia. Somerhart es tu hogar tanto como el mío.

Lo quiso con una ternura dolorosa. Rodeó su cintura con los brazos y apoyó la mejilla en su pecho.

—Te quiero. Ahora volvamos con nuestros invitados.

Él la retuvo un instante más y le besó la cabeza antes de acompañarla al interior. Catherine lo vio transformarse de nuevo en el anfitrión perfecto: apuesto, elegante, distante. Nadie sospechaba el corazón afectuoso que escondía.

Sonrió. Estaba segura de que algún día se enamoraría.

La sonrisa se le congeló.

Amor.

¿Era eso lo que le ocurría a ella? No. Por supuesto que no. No iba a permitir que aquello fuese amor.

El segundo día de la fiesta transcurrió deprisa y, al mismo tiempo, de forma extrañamente interminable. Cat descubrió que se había acostumbrado a su vida solitaria en el campo. Tanta gente a su alrededor la abrumaba.

Desayuno, paseo a caballo, almuerzo. Jardines, té, un breve descanso. Cena y música. Evitó una conversación privada con Robert Dixon, aunque él lo intentó con empeño, y no supo explicarse por qué lo esquivaba.

Se acostó a las dos de la madrugada, agotada, con la mente aún bullendo. Jugó distraída con el extremo de su trenza, tratando de entender su nueva actitud.

Kenneth McAllister tenía que ser la causa.

Se presionó las mejillas con las manos.

Kenneth.

Quiso creer que su reacción tenía que ver solo con su propio cuerpo, con una súbita madurez. Pero no era eso. Estar cerca de Kenneth era distinto a estar cerca de cualquier otro hombre. Él había contaminado su sangre.

Sabía que Robert Dixon era atractivo, pero no la atraía.

Así que solo quería a Kenneth, y él vivía Dios sabía a cuántos kilómetros de distancia y estaba decidido a no dejarse atrapar. Después de todo, solo había escrito una vez, y en toda la carta no había ni una palabra personal. «Carta» era exagerar: apenas un párrafo.

Nos ha vuelto a eludir por unos minutos. Si sospecha de ti, es probable que no vuelva a escribir. Te agradezco tu ayuda.

McAllister.

Sin despedida. Ni una frase dirigida a ella como mujer. Catherine había pasado noches enteras fantaseando con él y él no se había permitido revelar nada.

Él no la deseaba. ¿Por qué iba a perder ella el tiempo?

Era hora de dejar de pensar en él.

Pero por la noche… por la noche no podía evitar recordar su boca, sus manos, la firmeza sedosa de su cuerpo. Revivía aquella tensión y aquella liberación, una intensidad para la que nada en su vida la había preparado.

Quería más.

Empezaba a resultarle irritante. ¿Por qué tenía que ser él? O tal vez sentía una afinidad especial por los escoceses. Quizá debería viajar al norte para comprobarlo.

Ese pensamiento le abrió los ojos.

Escocia.

No, se dijo al instante. Rotundamente no.

Golpeó la almohada un par de veces, volvió a apoyar la cabeza y gimió de frustración. La almohada chocó contra la pared del fondo con un ruido sordo y apagado, seguido de inmediato por un leve rasguño.

¿Un rasguño?

Cat se incorporó, observando la forma blanca de la almohada en el suelo. ¿Le habían salido dedos? El sonido volvió a oírse, pero no procedía de allí. Venía de la puerta, no de la pared.

Se deslizó fuera de la cama y se acercó, consciente ahora de la sombra de unos pies al otro lado.

—¿Sí?

—El señor James, señora —susurró una muchacha—. Dice que le diga que la yegua vuelve a comer.

Cat abrió la puerta de golpe, sobresaltándola. El cabello de la chica ya se escapaba del gorro de dormir y tenía los ojos pesados a pesar del susto.

—¿Ha dicho algo más?

—Solo que puede que se recupere después de todo, señora.

—Gracias.

—¿Llamo a su doncella?

—No, no… Estoy bien. Vete a la cama.

Catherine cerró la puerta y se apoyó un instante contra la madera. Queenie se estaba recuperando. La pobre había ido decayendo desde que parió un potro muerto a finales de primavera. El encargado de las caballerizas quería sacrificarla, pero Cat había ordenado esperar una semana más para ver si superaba la infección. No albergaba muchas esperanzas.

Se permitió sonreír y fue hasta el armario para sacar un viejo par de pantalones. Al menos, esa noche no la pasaría pensando en Kenneth McAllister.



—¿Eres un fantasma?

Cat se quedó petrificada, con el corazón atrapado en la garganta como un animal en una trampa. Sus ojos recorrieron la oscuridad hasta detenerse en el diminuto punto rojo de un cigarro encendido.

Permaneció inmóvil, sin saber cómo reaccionar. La brasa se movió, acercándose, y pronto oyó pasos sobre la hierba.

—Supongo que no eres un fantasma. Puedo oír tu respiración.

Por fin su mente reconoció la voz, y la opresión en el pecho cedió.

—Señor Dixon.

—¿Lady Catherine? ¿Qué hace fuera a estas horas?

—Yo… —tardó un momento en recuperar el aliento—. Tengo asuntos que atender.

—¿Asuntos?

Cat se aferró la capa al cuello y miró hacia los establos. Justo lo que había querido evitar: que alguien la viera con aquella

indumentaria impropia. Pero no podía presentarse allí con un vestido de baile.

—Me temo que he interrumpido una… reunión privada —prosiguió él—. Le ruego que me disculpe.

Ahora distinguía su silueta, aún vestido para la velada, el abrigo oscuro recortado contra la noche.

—No —dijo primero en un susurro, y luego con más firmeza—. No, en absoluto. Una de mis yeguas está enferma. Quiero verla yo misma. No hay ninguna cita, se lo aseguro.

Él avanzó unos pasos. Catherine vio cómo apagaba el cigarro bajo el tacón.

—¿No teme por su seguridad, sola en la oscuridad?

—Esta es mi casa.

—Sí, desde luego. Permítame acompañarla al menos hasta los establos.

—Oh… supongo que…

Le ofreció el brazo. Ella quiso negarse, pero tampoco resultaba apropiado deambular sola por los jardines a esas horas. Sacó la mano de la capa y aceptó su ofrecimiento. Los dientes de Dixon brillaron a la luz de la luna cuando sonrió.

—¿La llaman a menudo para cumplir con sus obligaciones a horas intempestivas?

—No muy a menudo. Estoy segura de que el encargado preferiría que no fuera, pero no es fácil disuadirme.

—Su hermano se desespera por su fuerte voluntad.

—¿Ah, sí?

—Solo un poco.

Un leve pinchazo la atravesó. ¿Por qué no habría de desesperarse?

—Bueno, tengo una voluntad fuerte. No es ninguna sorpresa.

—No. Pero a algunos hombres no les importa que una mujer sea atrevida.

—¿Ah, sí? —dudó—. ¿Os referís a vos?

—Sí.

Cuando él se detuvo, Catherine se tensó. Había besado a suficientes hombres en Londres como para reconocer las señales. Mientras decidía si permitirlo, él se inclinó. Sus labios, firmes y cálidos, se posaron sobre los de ella con una técnica correcta, medida. Cat apenas reaccionó.

Él suspiró y profundizó el beso, rodeándola con un brazo para incitarla a abrir la boca. Sabía a tabaco. Ella intentó corresponder, dándole una oportunidad justa. Al parecer, logró fingirlo, porque el brazo que la rodeaba se tensó y la atrajo hasta que sintió su dureza contra el vientre.

La boca de él se apartó con un jadeo.

—¿Qué…? ¿Qué lleva puesto?

Cat parpadeó al notar que sus manos se habían colado bajo la capa. Dixon apartó la tela y contempló, incrédulo, la ropa masculina. Antes de que su expresión se aclarara, sus dedos descendieron y le apretaron el trasero.

—Dios mío…

—Espere —protestó ella contra su boca, pero él volvió a besarla con brusquedad, arrebatándole el aire.

Catherine empujó su pecho, tratando de ganar espacio, pero él arqueó la espalda y la apretó con más fuerza contra su erección. Gimió y le atenazó las caderas hasta que supo que le dejaría marca. La soltó apenas un instante, y su alivio duró poco. La camisa se deslizó, separándose del pantalón, mientras la mano de él buscaba un camino bajo la tela.

El pánico le quemó las extremidades. Era dolorosamente consciente de su menor estatura y de la fuerza de aquellos brazos. Podía tomarla allí mismo y ella apenas podría defenderse.

Cuando la mano de Dixon se deslizó bajo su camisa, Cat logró apartar el rostro.

—¡No! ¿Qué está haciendo?

—Oh, Dios…

—Suélteme. Por favor.

—Sabía que estabas dispuesta…

—Suélteme —siseó ella, empujando con todas sus fuerzas.

Él tropezó, aún aferrado a ella, tirando hasta que las piernas de Cat cedieron y cayó de rodillas. Sintió la tierra dura, el pinchazo de un botón contra la mejilla y, luego, una ráfaga de aire helado sobre el pecho.

La silueta de Dixon se alzaba ante ella, recortada contra el cielo. Sus dedos seguían aferrados a la camisa levantada, los ojos vidriosos. Catherine reaccionó primero: agarró la tela y tiró con violencia, arrancándosela de las manos.

—Estáis loco —susurró, intentando que su voz no temblara.

Se apartó a gatas y se puso en pie justo cuando una mano se cerraba en torno a su trenza.

—¿Adónde vas?

—A ver a mi hermano.

—¿Tu hermano?

La mano se soltó de inmediato. Dixon retrocedió, boquiabierto.

—¿No pretenderás dejarme así?

Cat alcanzó a ver un destello de carne tensa antes de apartar la vista. La ira empezó a imponerse al miedo.

—Le concedí un beso. Vos me habéis atacado.

—¿Atacado? Estabas sola de madrugada, coqueteaste y… llevas pantalones. No te hagas la inocente ahora.

—Estaba ocupándome de mi yegua. No os he buscado.

Él dio un paso hacia ella y Catherine se mantuvo firme. Aquellas eran sus tierras. Su casa.

—Deberías tener más cuidado, milady. Cualquier hombre asumiría que lo invitabas a algo más.

—Un caballero habría esperado una invitación verdadera.

—Una dama no se expondría así.

La brisa nocturna le enfrió la piel mientras la rabia le hervía en la sangre.

—No me culpéis. Yo no os ofrecí nada más que un beso. Vos os deshonrasteis.

—Te atreves a hablar de deshonra…

—No volváis a acercaros a mí. Os sugiero que encontréis una excusa para marcharos mañana, antes de que decida llevar este asunto ante mi hermano. Dejad que sea él quien determine qué fue invitado y qué fue arrebatado.

Oyó su suspiro frustrado y el golpe seco de una mano contra la pierna.

—Bien. Pero tener cuidado en el futuro. Los hombres no están hechos para detenerse.

—Quizá habléis de muchachos —respondió ella, helada.

—Seguro que lo sabes bien.

Con ese último insulto, se alejó hacia la casa. Catherine deseó que pasara años temiendo el desprecio del duque. Era su único consuelo.

Golpeó el césped con la bota, la culpa tensándole los hombros, seguida de la frustración de que aquellas palabras la hubieran

herido. ¿Por qué debía ser también su responsabilidad contener los impulsos de los hombres?

No. Estaban equivocados. Los hombres debían responder de sus actos. Los hombres de verdad lo hacían. Hombres como Kenneth McAllister.

Él no la había atacado. No la había tratado como carne. Cuando le habló con deseo, había sonado reverente, casi sobrecogido. Había sonado perfecto.

Maldiciendo en voz baja, Cat se arregló la camisa y miró a su alrededor, dudando entre el establo, donde la aguardaban el deber y la razón, o la casa, donde podía empezar a urdir una locura.

Las piernas le temblaban cuando el último resto de miedo se disipó. Se echó la capa sobre los hombros y tomó una decisión. Haría primero lo que había venido a hacer: ocuparse de su yegua.

Y después se permitiría cosas mucho menos sensatas. Deliciosas. Imprudentes. Vergonzosas.

Al diablo con los caballeros tímidos de la buena sociedad.

Iba a atrapar a un bastardo.

Capítulo 7

Las manos le temblaban de emoción mientras el carruaje avanzaba dando botes por la amplia carretera de Edimburgo. La ciudad era hermosa, el aire fresco y suave, impregnado del aroma de las flores de verano, pero Catherine solo sentía el peso asfixiante de la preocupación.

Gran parte de su plan dependía del azar: que Kenneth asistiera a la feria de caballos, que la viera entre la multitud y, sobre todo, que le importara lo suficiente como para buscarla.

—Deja de hacer eso —le ordenó Charlotte—. No lo atraerás frunciendo el ceño.

Tenía razón, pero aún no habían llegado al recinto de la feria y era poco probable encontrarlo merodeando por una esquina cualquiera. Sin embargo, justo cuando logró relajar el gesto en algo parecido a una sonrisa agradable, el cochero giró hacia un amplio camino que conducía a un laberinto de establos, dependencias y zonas acordonadas para los desfiles. Había caballos por todas partes, montados o conducidos sobre tierra batida y praderas de hierba pisoteada.

Desde luego, era un plan ridículo, pero no quería acercarse directamente a Kenneth McAllister. No quería que pensara que había viajado a Escocia solo para verlo, aunque fuese la verdad. No. Quería que él la buscara. Quería que estuviera tan ansioso por encontrarla como lo había estado ella durante aquellas dos semanas de preparativos.

Apenas habían recorrido una cuarta parte del camino cuando lo vio. Ni siquiera tendrían que bajar del carruaje.

—Ahí está.

El aire pareció espesarse a su alrededor, demasiado denso para respirarlo. Charlotte se removió en el asiento frente a ella.

—¿Dónde?

—No mires. ¡Te verá!

—Verme. Con este gentío no verá nada.

La posibilidad del fracaso hizo que Catherine enderezara los hombros. No tenía nada que temer. Si fallaba, si sufría una humillación completa, siempre podría retirarse a la finca de su hermano y no volver a ver a Kenneth McAllister jamás. Sencillo.

—Está junto al edificio rojo, a la derecha, a unos cincuenta metros. ¿Lo ves?

—Qui. Había olvidado lo magnífico que es.

—¿Verdad?

Cat se permitió contemplarlo unos instantes. Lo vio cruzar los brazos y saludar con un leve movimiento de cabeza al hombre más bajo que tenía al lado. Kenneth iba vestido más informal que nunca: sin chaqueta ni corbata, con la camisa color crema abierta en el cuello, dejando ver la piel bronceada. La visión hizo que los dedos de Catherine se curvaran en el regazo.

Ahora no podía echarse atrás. Ese recuerdo de él, guapo y cansado por el trabajo, la perseguiría si fracasaba.

El carruaje avanzó despacio, abriéndose paso entre la multitud. Tenían tiempo de sobra. Quizá demasiado. Si él la veía demasiado pronto, podría acercarse y detener el carruaje. No, quería que se devanara los sesos durante un día o dos, preguntándose dónde demonios estaba ella y qué hacía en Edimburgo. Suponiendo, claro está, que no se limitara a encogerse de hombros y seguir con sus asuntos.

Charlotte le guiñó un ojo y bajó el velo de gasa que colgaba de su sombrero.

—¿Está lista, mademoiselle?

Ya casi estaban a su altura. Él se encontraba a menos de diez metros, a la derecha, todavía hablando con aire sombrío con su compañero, sin darse cuenta de su presencia.

Catherine inspiró hondo, se volvió hacia Charlotte y asintió. La doncella soltó una carcajada alegre que hizo que varios hombres giraran la cabeza hacia ellas incluso antes de que abriera la boca.

—De verdad, lady Catherine —trinó, con un impecable acento inglés—. No puedo creer que vaya a entrar en los establos.

Cat sintió que una sonrisa genuina se le escapaba al oír el tema elegido por su doncella.

—Lo haré —replicó, dejando escapar parte de la tensión acumulada desde el amanecer—. Escandaloso, ya lo sé.

—Seguramente el duque no le permite correr tan libremente.

Charlotte abrió mucho los ojos y asintió con exageración.

La euforia recorrió las venas de Catherine. Él la estaba mirando. Echó la cabeza hacia atrás, sintiendo el calor del triunfo en la piel, y se volvió hacia el frente. Alzó el rostro al sol y sonrió ampliamente.

—En efecto, soy bastante libre. Solo se puede arruinar una vez.

Charlotte rió de nuevo, con sinceridad, y Cat la acompañó, luchando contra el impulso de buscar a Kenneth con la mirada. ¿Estaría sorprendido, atónito, complacido de verla?

Su compañera se inclinó hacia ella.

—El señor McAllister está atónito.

El corazón de Cat se aceleró.

—Se está moviendo hacia aquí.

Con el pulso desbocado, lanzó una mirada furiosa al carruaje que tenían delante, maldiciéndolo en silencio para que avanzara. Los segundos pasaron, el sudor humedeció el interior de sus guantes.

Las ruedas crujieron sobre la grava, luego giraron más deprisa, hasta que toda la fila comenzó a avanzar a paso vivo. Rodaron, ganando velocidad, hasta dejar atrás la feria y salir a las verdes afueras de la ciudad.

—Oh. Oh, Dios mío.

Inhaló el aire polvoriento y herbáceo del campo y tembló, incrédula.

—Creo que lo hemos conseguido.

—Se quedó petrificado, mademoiselle —aseguró Charlotte—. Pálido de sorpresa.

—Oh, Charlotte… —Cat la abrazó con entusiasmo—. Se volverá frenético antes del sábado por la noche.

—¿Frenético?

—Fuera de sí.

—Frenético. Me gusta.

—¿Y a quién no?

Catherine se dejó caer contra el respaldo del asiento, segura y feliz, casi con la misma sensación que había tenido cuando Kenneth la llevó a aquel vértice de placer, tanto tiempo atrás.

—Has estado maravillosa, Charlotte. Perfecta.

—No es tan difícil engañar a un hombre.

Cat cerró los ojos para protegerse del sol y dejó que el viento barriera la ansiedad de su piel. Había pasado la noche dando vueltas en la cama y su cuerpo se lo recordaba ahora que la excitación empezaba a remitir.

—Bueno, ya está hecho. El resto correrá de mi cuenta.

—Y yo la haré tan atractiva como pueda. No podrá resistirse.

—Ja. Se resistió con bastante facilidad hace unas semanas.

—Oh, no. No fue fácil.

Cat puso los ojos en blanco tras los párpados cerrados.

—¿Qué sabes tú? Solo lo has visto dos veces.

—Es cierto, pero ¿recuerda que su primo le prestó un criado?

—Mm.

—El muchacho me aseguró que su señor McAllister no pegó ojo la noche antes de marcharse. Y tampoco durmió demasiado bien las demás.

Catherine abrió un ojo.

—¿De veras?

—De veras.

Intentó no sonreír.

—Probablemente lo preocupaba alguna otra cosa.

Charlotte resopló con un desdén muy francés.

—Pronto saldremos de dudas.



Kenneth se arrancó la tela arrugada del cuello y la lanzó al otro lado de la habitación. La fina lana flotó hasta el suelo y aterrizó con un susurro decepcionante que casi lo tentó a darle una patada.

—¿Necesitas ayuda?

—¿Dónde demonios has estado?

Fergus entró alegremente y le dedicó una reverencia exagerada.

—Siguiendo sus instrucciones, señor. Al fin y al cabo, hemos venido a vender caballos.

—Vete al diablo.

—Estoy deseando conocer a la mujer que te tiene tan atado.

—No contengas la respiración, idiota. No es probable que venga a visitarnos, ¿verdad?

—No tengo ni idea. ¿Vendrá?

Kenneth lo ignoró y sacó una corbata recién planchada del escritorio.

—¿Lo ha firmado?

—Con sumo gusto. La lista de espera para cubrir con Devil es ahora de tres años.

—Y bien que los vale —gruñó, mirando con hostilidad la maldita tira de tela almidonada.

La mano de Fergus se alargó para arrebatársela.

—Date la vuelta.

—Puedo atármela solo…

—Cállate y date la vuelta. Nunca he visto a un hombre tan incapaz de hacerse un nudo.

Kenneth obedeció despacio, cruzando los brazos sobre el pecho. Una de las desventajas de ser lord era depender de otro para vestirse. No le importaba que le limpiaran las botas o plancharan las camisas, pero quedarse allí, quieto, mientras le colocaban chaqueta, zapatos y corbata…

¿Por qué no le ponían también unos pantalones cortos y una blusa?

Fergus sonrió, divertido. Sabía de caballos y era un negociador temible, pero sentía una fascinación desmedida por la ropa y las modas. Su cabello rubio y su barba estaban siempre impecables, y sus abrigos se confeccionaban con las mejores telas. Incluso los franceses que visitaban Westmore elogiaban sus intrincados nudos de corbata. Las francesas también, hasta que descubrían que lord Westmore era en realidad el bruto de pantalones ásperos y camisa remangada.

—Ya está. ¿Qué te parece?

Kenneth fue empujado ante el espejo y contempló su reflejo con el ceño fruncido.

—Está bien.

—¿Bien? Está perfecto.

—Perfecto. Lo que sea.

Entornó los ojos para examinar los pliegues.

—¿Por qué hay algo que brilla?

—Es un alfiler, Kenneth. ¿Crees que una creación así se sostiene sola?

—Es un diamante, y creo que he dejado muy claro…

—Buenas noches. No me esperes despierto.

—¡Fergus!

La puerta se cerró de golpe.

Ahora estaba adornado con joyas. Si se quitaba el alfiler, la corbata se desharía y llegaría aún más tarde al baile. Y, aunque Catherine estuviera allí, a esas alturas estaría bailando con otro. Si es que seguía en Edimburgo.

—Maldita sea —murmuró, mirando con rencor el destello del diamante.

Pellizcó la tela para ocultarlo, pero volvió a relucir en cuanto la soltó. Una maldita obra maestra.

Resignado, se puso el abrigo y salió. El carruaje lo aguardaba abajo. Ni siquiera podía montar su caballo por miedo a llenar de polvo los pantalones negros. Ridículo.

El trayecto fue lento y exasperante. Le picaban las manos por abrir la portezuela y seguir a pie, pero no podía presentarse con barro en las botas. No. Estaba atrapado, con los músculos tensos y la mente girando en círculos. Por culpa de ella.

—No estará allí —gruñó, intentando aplastar la chispa de esperanza que le ardía en el pecho.

Ella no había acudido a ninguno de los bailes y cenas de la noche anterior. Es cierto que el de los MacDrummond era el evento principal de la feria, pero no era fácil conseguir invitación. Y tampoco era seguro que Catherine se atreviera a dejarse ver en sociedad. Era casi imposible que estuviera allí.

Sin embargo, tenía que estarlo.

Había vivido como un hombre hambriento durante semanas. La había despedido con nobleza en Inglaterra, con poco más que un beso y una despedida correcta, y se había maldecido cada noche desde entonces. Ella se deslizaba en sus sueños, con el corpiño abierto y la falda azul subida hasta las caderas, tendida sobre sábanas arrugadas, suplicándole que la tomara. Eran tan vívidos que se despertaba con el aroma de su excitación en la boca.

Dios, ni siquiera había probado su piel.

Más de media docena de veces había pensado en presentarse en Somerhart y reclamarla. Otras tantas había tomado la pluma para escribirle una carta de verdad. Tenía una excusa: Whitmore. Pero ella podría haberse sentido insultada. Al fin y al cabo, le había prometido avisarlo.

El deseo se apagará, se había repetido. Había tenido la fuerza para alejarse de su cuerpo dispuesto; también podría esperar a que pasara. Y había empezado a hacerlo, apenas, durante las últimas semanas.

Y entonces oyó su voz el día anterior, por encima del bullicio de la feria.

Había rastreado con la mirada hasta encontrar su rostro, iluminado por el sol y por su risa. La habría tomado por una ilusión si no hubiera oído su nombre, pronunciado en tono risueño por la mujer que iba a su lado.

Ahora no encontraba ni rastro de ella. Y la necesitaba.

Había terminado de ser responsable. La mediría con el mismo rasero que a sus otras amantes. Si su semilla prendía, ¿podría casarse con ella? Sí, podría.

Como bastardo, jamás permitiría que un hijo suyo creciera sin padre, por lo que nunca se acostaba con una mujer cuya compañía no pudiera soportar. Catherine estaba muy lejos de ser insoportable. Si la hubiera visto caminando hacia el mercado de un pueblo escocés, la habría llevado a la iglesia en menos de quince días.

Pero ella no era una muchacha escocesa cualquiera, y él no era mucho más que un mozo de cuadra. No se consideraba digno de casarse con ella. ¿Lo bastante digno para compartir su cama?

Kenneth sonrió sin alegría. Ella le había asegurado que lo era; solo necesitaba tiempo para creérselo.



Miles de velas brillaban en lo alto, multiplicadas por el cristal centelleante de las arañas, y arrancaron una sonrisa a Cat. La luz desprendía calor y existía el inquietante peligro de que alguna gota de cera ardiente cayera sobre los invitados, pero prefería las velas al gas, sobre todo en un baile. Los bailes debían ser mágicos, y esa noche necesitaba desesperadamente un poco de magia. Las velas eran un buen augurio.

La ansiedad burbujeaba en sus venas como el champán. El champán también corría por su sangre, pero no parecía ayudar a calmarla. Ahora solo se sentía un poco mareada. Sin duda llamaría la atención de Kenneth si vomitaba nada más verlo.

Lo que realmente deseaba era relajarse y disfrutar. Era su primera salida desde el escándalo y su primera incursión en la sociedad escocesa. El murmullo de voces que flotaba en el aire tenía un ritmo distinto, un giro en la cadencia que delataba el acento escocés.

No es que todos los invitados fueran escoceses, ni mucho menos, pero aún no había visto a nadie conocido. Y era poco probable que lo hiciera. La temporada estaba en pleno apogeo en Londres; la alta sociedad no viajaba a Escocia para asistir a bailes durante esos meses.

—Lady Catherine.

Catherine dio un respingo, agradecida de que su copa estuviera vacía cuando se giró torpemente hacia la voz femenina.

—Oh, lady MacDrummond. Gracias de nuevo por la invitación.

—El placer es mío, querida. ¿Puedo decirte lo bonito que es tu vestido? Es mucho más francés de lo que la mayoría de las jóvenes inglesas son capaces de entender.

—Mi madre era francesa, ya sabe. Quizá sea algo que aprendí de ella.

La mujer asintió, y los rubíes de sus pendientes brillaron con el gesto.

—Pues no dejes que esa sangre francesa te meta en más líos.

Cat abrió mucho los ojos, sorprendida. Antes de que pudiera responder, lady MacDrummond le guiñó un ojo con aire cómplice.

—Estoy al tanto de tu pequeña indiscreción en Londres, querida, pero todos tenemos nuestras indiscreciones, sean públicas o privadas. No te lo echaré en cara.

Catherine parpadeó con fuerza, atónita.

—Gracias.

La mujer, que tenía aire de abuela venerable, se inclinó hacia ella, y la falda escarlata rozó el vestido azul de Cat.

—Si hubiera sido un escocés, querida, habría pensado en cerrar la puerta con llave.

—Oh —murmuró Catherine—. Por supuesto.

Lady MacDrummond se alejó flotando entre risas, con la falda ondeando a su alrededor, mientras Cat se secaba discretamente los guantes sudorosos contra la seda a rayas de su vestido. Las estrechas franjas en azul pervinca y azul real la hacían parecer más alta, y lo necesitaba. Esa era una de las razones por las que prefería la moda francesa: las faldas inglesas, mucho más anchas, no le favorecían. Parecía un enorme pudín tambaleante.

Alzó la vista para observar a la multitud y se preguntó si debía moverse.

El salón de baile tenía un diseño ingenioso: era circular y lo rodeaba por completo un balcón bajo y ancho, apenas a unos sesenta centímetros del suelo. Aquella ligera elevación permitía a todos disfrutar de una buena vista del baile y se adaptaba perfectamente a su propósito. Catherine podía ver por encima de las cabezas para buscar a Kenneth, pero se debatía entre la necesidad de hacerlo y el deseo de aparentar despreocupación.

Dudó durante un buen cuarto de hora, apostada junto a la barandilla y fingiendo indiferencia. Tenía que acudir a la casa de los MacDrummond. Si deseaba verla, acudiría a aquel baile.

Por favor, que venga.

Sonrió brevemente a un caballero que le devolvió el saludo, antes de apartar la mirada. No podía acercarse sin una presentación formal, y las únicas mujeres cercanas eran chaperonas y matronas. Quizá fuera mejor que Kenneth la viera sola y dueña de sí antes que atrapada en un corrillo de ancianas. ¿O quizá no?

Justo cuando empezaba a apartarse de la barandilla, vio a una joven caminando hacia ella y, más allá de la cabeza pelirroja de la muchacha, la alta silueta de un hombre oscureció la puerta principal.

Kenneth.

Dios mío.

Le dio la espalda a la entrada, aunque la imagen de él ya había quedado grabada con precisión dolorosa en su mente. Iba vestido

de etiqueta, por supuesto. Un escalofrío le recorrió las piernas y se le anudó en las rodillas.

La joven llegó a su altura. Era muy guapa, como suelen ser las pelirrojas afortunadas: de piel pálida y delicada. Su delgadez acentuaba aquella fragilidad, aunque el generoso busto evitaba que pareciera enfermiza. Sonrió con cierta timidez al pasar junto a Cat.

La nuca de Catherine se erizó. Sintió cómo se le levantaban los vellos. Kenneth la estaba observando.

—Hola —saludó en voz alta, sobresaltando a la muchacha—. ¿Nos conocemos?

—No, yo… —parpadeó la joven, con los ojos verde pálido muy abiertos—. Estoy segura de que lo recordaría.

—Lo siento, ha sido un error mío. ¿Puedo presentarme? Soy Catherine Fairfax. Es un placer conocerla.

Sonrió con calidez, deseando que no saliera corriendo.

—Sí, eh… Yo soy Jeannie. Jeannie Kirkland.

El acento de la muchacha era encantador, y la suavidad de su voz calmó los nervios crispados de Catherine.

—Señorita Kirkland, me alegro de haberme equivocado, aunque no sé cómo ha sido posible. Me atrevería a decir que nunca he conocido a una mujer con un cabello tan bonito.

Jeannie se sonrojó y se tocó el pelo con dedos nerviosos.

—Oh, no. Eso no puede ser cierto. Mis hermanos me han dicho toda la vida que lo tengo del color de la pulpa de una calabaza.

Catherine rió con auténtica diversión, pero el sonido se le quebró en una carcajada entrecortada. Jeannie alzó la mano y le rozó el brazo desnudo con un solo dedo, preocupada. Entonces su mirada se desvió hacia algo detrás del hombro de Cat. La confusión desapareció de su rostro, sustituida por una comprensión divertida.

—Se dirige hacia aquí con un ceño bastante feroz. ¿Quiere que lo aparte?

—No —susurró Cat, cerrando los ojos—. No, déjalo venir.

Jeannie se echó a reír, y Catherine abrió los ojos justo a tiempo de ver cómo la joven saludaba alegremente a alguien que se acercaba. No tuvo más remedio que volverse si no quería parecer inconsciente. Así que se volvió… y lo vio, a menos de cuatro metros.

No necesitó fingir su reacción. El aire se le escapó de los labios y se quedó mirándolo.

Nunca lo había visto así: impecable, la corbata como una escultura de nieve contra la garganta oscura, el abrigo negro delineando la fuerza de sus hombros. El cabello, recién cortado, le daba un aire casi juvenil, como un caballero posando para un retrato. ¿Cómo podía resultar tan intimidante y tan cercano a la vez?

Sus ojos la atravesaban, casi negros en aquel rostro severo, cargados de preguntas. Catherine estuvo a punto de renunciar a su plan en ese instante. Pero era mejor actriz que eso.

Obligó a sus labios a sonreír, a sus manos a relajarse, y dio un paso hacia él.

—Milord Westmore —lo saludó—. Qué placer tan inesperado.

Y la caza comenzó.

Capítulo 8

Ahí estaba. Esa pequeña criatura que lo había hecho tan miserable.

Ahí estaba. ¿Y ahora qué demonios iba a hacer con ella?

Se acercó, una visión de cabello negro y piel de crema, lo bastante próxima para que Kenneth distinguiera las pecas de su nariz. Dos pasos más y estaría tan cerca que bastaría inclinarse para besárselas. Se detuvo a un solo paso.

—Lord Westmore —comentó Jeannie Kirkland a su lado—. Veo que ya ha conocido a mi amiga.

Kenneth le lanzó una mirada fulminante a la muchacha, a la que conocía desde siempre.

—¿Tu amiga?

Ella se ruborizó levemente y alzó la barbilla.

—Mi nueva amiga. Es muy simpática.

—Sí, lo es.

Volvió a fijar la vista en Catherine, su punto de referencia inevitable siempre que ella estaba cerca.

—Lady Catherine, ¿qué hace aquí?

Los labios rosados de Cat se entreabrieron. A Kenneth le asaltó, con dolorosa claridad, el recuerdo de cómo sería sentirlos calientes contra su piel.

—Estoy aquí para comprar caballos, por supuesto.

—Por supuesto.

Ella se humedeció los labios con la lengua, un destello rosado, y respiró hondo, poniendo a prueba la modestia de su vestido.

—Me alegro mucho de verle.

Kenneth la observó en silencio, recorriendo con la mirada su belleza y su viveza, hasta que Jeannie carraspeó.

—Kenneth, hablaremos más tarde —se despidió la joven, con una picardía descarada—. Lady Catherine, ha sido un placer conocerla.

Debió de marcharse, porque cuando Kenneth volvió a apartar la vista del rostro de Cat, se encontró a solas con ella, rodeados por una multitud que fluía a su alrededor como un arroyo murmurante.

—¿Quiere acompañarme fuera, milady?

Ella lo estudió un instante bajo el velo de sus pestañas. Luego una sonrisa lenta se le extendió por el rostro, iluminándola y encendiéndole la sangre.

No respondió con palabras. Deslizó el brazo por el de Kenneth y se dejó guiar hacia la pared de puertas y, después, al jardín bañado por la luz de la luna. Una brisa fresca, húmeda y verde los envolvió. Cat se estremeció cuando él la condujo hasta la sombra espesa de un árbol.

Kenneth empezó a desabotonarse el abrigo, dispuesto a quitárselo para cubrirla, pero ella dejó escapar un pequeño sonido de protesta que detuvo sus manos.

—¿Qué ocurre?

—No. No te quites el abrigo. Estás tan… —hizo un gesto vago, recorriéndolo de arriba abajo—. Magnífico.

—¿Magnífico?

Su cuerpo quedó inmóvil. Cuando logró reaccionar, se descubrió intentando abrochar de nuevo los botones. La risa ronca de ella le subió al rostro… y algo más. Catherine tenía el don

perverso de excitarlo y avergonzarlo al mismo tiempo, una sirena con ingenio afilado.

¿Cómo era posible que esa mujer se sintiera atraída por él? Lo desconcertaba, lo ponía a la defensiva y lo conmovía. Y, aun así, ella lo miraba sin pudor, recorriéndolo palmo a palmo, deteniéndose en su boca. Cuando se quitó un guante y alzó la mano para apartarle un mechón detrás de la oreja, Kenneth la atrajo contra sí y la besó con toda la necesidad contenida durante meses.

Sus labios se fundieron con los de ella y se deslizó en aquella calidez húmeda.

La mano de Cat se tensó primero, buscando su cabello, y luego descendió para sujetarlo por la nuca. No hubo indignación alguna. Ella se entregó al beso, se alzó sobre las puntas de los pies y se apretó contra su cuerpo. Kenneth la levantó para alinear mejor sus cuerpos. Olía a flores y sabía a vino y, Dios lo ayudara, deseó con fiereza que llevara de nuevo ropa masculina. Quería sentir la suavidad de sus pechos y la presión firme de su pelvis contra su erección.

Ella marcó el ritmo con la lengua y el estremecimiento le recorrió el cuerpo desde la nuca hasta las rodillas. Esta vez no quiso resistirse. Rogó en silencio que aquel beso fuera una invitación a acompañarla a casa. Ya no quedaba rastro de la prudencia que lo había detenido en Inglaterra. No comprendía por qué se había resistido tanto tiempo.

El mordisco breve de las uñas de Cat en su cuello lo hizo jadear. La falda subió bajo su mano, centímetro a centímetro, mientras él buscaba desnudarla con desesperación.

—¡Dios santo! —tronó de pronto una voz masculina.

Kenneth giró a Catherine y la ocultó tras su cuerpo, bajándola con cuidado al suelo.

—¿De verdad ha invitado a Roxbury? —murmuró alguien.

—Seguro que se ha colado —respondió otro.

No los habían visto. Catherine se dejó caer, casi deshecha, contra él. Kenneth la empujó un poco más atrás, hacia la protección de las ramas cargadas de flores. Pétalos blancos flotaron a su alrededor, posándose sobre la seda azul y los rizos oscuros de ella.

—Cat —susurró, enmarcando aquel rostro en forma de corazón con sus manos ásperas—. ¿Por qué has venido?

Ella sonrió ante el tono torturado de su voz. La boca, roja por sus besos, se curvó con dulzura.

—Te he echado de menos, Kenneth.

—¿Me has echado de menos? Supuse que ya me habías olvidado.

Ella se soltó para presionar el rostro contra su cuello, rozándole la piel bajo la oreja. El anhelo le atravesó el pecho, más allá del deseo. Era soledad. Era necesidad. El cabello de Catherine se deslizó entre sus dedos, que se cerraron sobre aquellas hebras suaves mientras los pasadores caían al suelo.

Olía a flores y a lluvia y, por debajo de todo, a una nota íntima que él ya reconocía.

—Ojalá pudiera olvidarte —susurró ella.

—Lo entiendo perfectamente —gruñó, con humor oscuro.

Ella cubrió su garganta de besos hasta que él volvió a atraparla con la boca. Esta vez la besó con más suavidad. El sabor amargo de su propia soledad se mezcló con la dulzura de aquel contacto. El suspiro profundo de Cat le devolvió algo de cordura.

—Lo siento —murmuró, apartándola con delicadeza—. Siento caer sobre ti como una bestia hambrienta.

Una ceja oscura de ella se arqueó.

—Te apaciguas con facilidad, para ser una bestia.

—No me apaciguo. En absoluto.

—¿No? —replicó, con los ojos brillantes—. Eres un hombre perverso, Kenneth. Siempre tan controlado.

—Si tuviera control —masculló—, no habría pasado los últimos dos días recorriendo todas las malditas fiestas de la ciudad.

Ella frunció el ceño.

—¿Perdón?

—Te vi en la feria, pasando en tu carruaje, y casi me dio un ataque de vapores.

La risa de Cat le calentó la sangre. Una imagen fugaz lo asaltó con violencia: Catherine sobre él, cabalgándolo, riendo de placer. Apretó los dientes.

—Siento haberte atormentado —dijo ella—. Aun así, te lo mereces.

—¿Ah, sí?

—No olvides quién se marchó.

—Rara vez lo olvido.

Sonriendo, Catherine le tomó la mano y lo condujo fuera del rincón umbrío, hacia el sendero del jardín. Kenneth contuvo un gemido al alejarse de aquel refugio de hojas y pétalos.

—Ya podríamos haber satisfecho nuestra curiosidad y olvidarnos el uno del otro —murmuró ella.

—¿Lo crees?

Se encogió de hombros.

—Quizá. Estoy casi segura de que es la anticipación lo que me ha hecho sentir tan…

—¿Tan qué?

Ella frunció el ceño, rozándose el vientre.

—Tan hambrienta.

Kenneth exhaló con dificultad.

—Me has desarmado, Kenneth McAllister.

Ella lo miró con una seriedad inesperada.

—Me voy mañana por la tarde.

—¿Mañana? —El pánico le atenazó la garganta—. ¿Por qué?

—Me vuelvo a casa. No finjamos que me invitarías a quedarme.

—No —respondió sin pensar, y se maldijo.

Ella sonrió, burlona.

—¿Qué quieres entonces?

—No una compañera para pasear.

—Exacto. Te quiero en mi cama. Si tú quisieras lo mismo, ya estaríamos allí.

—¿Quieres que suba esta noche y me escabulla antes del amanecer?

—No.

—¿Entonces prefieres que te tome detrás de un seto?

—No.

Kenneth se pasó la mano por el rostro.

—Quiero que vuelvas a Inglaterra.

Ella lo miró con desafío.

—Escucha. Hay una casa en el límite del bosque, en tierras de mi hermano. Es mía. Reúnete conmigo allí.

—¿Reunirme contigo?

—Sí. Quédate conmigo. Una semana. Dos. El tiempo suficiente para apagar esta necesidad.

La idea era terrible y magnífica. Todas las razones para resistirse seguían ahí. Ya no le importaban.

—¿Dónde está esa casa?

La sonrisa de Catherine se ensanchó hasta que soltó un chillido breve y juvenil y se lanzó a sus brazos, cubriéndolo de besos.

—Aún no he aceptado —protestó él, inútilmente, antes de rendirse al beso que ella le devolvió.

—Esta noche —susurró ella—. Quédate en Edimburgo.

Kenneth negó con la cabeza, jadeante.

—No aquí. Quiero estar a solas contigo. Sin criados, sin miradas. La cabaña es perfecta.

Una oleada de celos lo atravesó.

—Ya has hecho esto antes.

—¡No! —se apartó, herida—. Solo he estado allí con mi familia.

Quería creerla. Quería ser una excepción.

—No importa —dijo al fin.

—Lo siento —añadió ella—. No volverá a suceder.

Sonrió de nuevo y la herida pareció cerrarse.

—¿Te cuento un pecado? —preguntó él.

—Uno grande.

—La primera vez fue con una mujer casada.

—¿Adulterio? —bromeó ella.

—No soy católico.

Rieron juntos y caminaron de nuevo hacia la luz.

—¿Has estado bien? —preguntó ella.

—Sí. ¿Alguna noticia de Whitmore?

—Nada.

El camino se curvó de vuelta al patio iluminado.

—¿Puedo ayudarte con el pelo? —preguntó él.

—Creo que no tiene arreglo.

—Entonces será mejor que te saque de aquí.

—Esperaba bailar contigo.

—No bailo.

—Podría enseñarte.

—Negociaremos mi rendición en tu cabaña.

Ella rió, encantada.

—Haré una lista.

Kenneth le besó la peca de la nariz.

—Hazla larga.

Su risa resonó en el jardín.



Jeannie Kirkland había aprendido la paciencia de su madre y aquella noche le dio fruto. Esperó junto a las puertas del patio hasta ver a Kenneth regresar al salón, cambiado, más sereno, casi feliz.

Se le acercó y lo arrastró a un pasillo.

—¿Son pétalos de lila en tu pelo?

—¿Qué?

—Estoy muy decepcionada contigo —entonó—. Cuéntamelo todo.

—Es tu amiga.

—Y estás enamorado.

—Por supuesto que no.

—Jamás te he visto así.

Señaló el alfiler de diamantes.

—No pienso casarme con ella —gruñó él.

—Una esposa, Kenneth.

—Es la hermana de un duque.

Jeannie suspiró.

—Dame su dirección.

—No.

—La conseguiré.

Kenneth cedió.

—Está en Somerhart, en Yorkshire.

Jeannie sonrió y volvió al baile, satisfecha.

La caza había comenzado para todos.

Capítulo 9

Cuatro horas.

Cuatro horas más y estaría en su casita de campo, y seguramente Kenneth llegaría poco después. Cat se removió en el asiento, inquieta tras solo una hora de viaje en carruaje.

—Creo que voy a montar un rato —anunció, estirando la mano para golpear el techo.

Charlotte le hizo un gesto somnoliento.

—No se canse demasiado, señorita.

Cat dejó que el cochero la ayudara a bajar y esperó mientras desataban a Brinn. Cuando montó y se acomodó en la silla, dejó que la vista se perdiera sobre el paisaje ondulado. Aquello era mucho mejor que ir encerrada en el interior oscuro del carruaje. Allí podía distraerse… o, al menos, sentir el aire fresco en el rostro mientras se obsesionaba con Kenneth.

El carruaje reanudó la marcha y, cuando Cat giró a Brinn para seguirlo, vio un movimiento en lo alto de la colina que acababan de descender: un jinete que se acercaba por el camino. Estaba demasiado lejos para distinguirlo, pero se le ocurrió que podría ser Kenneth. El corazón le dio un brinco ante la idea de que estuviera tan cerca, aunque enseguida la descartó. Ridículo. Demasiado bonito para ser cierto. Solo era su imaginación desbocada.

Obligó a su mente a volver a la noche anterior y a lo que harían juntos.

Si él conseguía llegar a tiempo.

No soportaba la idea de pasar su primera noche en la cabaña sin él, pero venía de muy lejos y había demasiadas cosas que podían retrasarlo. Aun así, se aferraba a la esperanza irracional de que, si lo deseaba con suficiente fuerza, aparecería justo cuando ella lo quisiera.

Media hora después tomaron una curva larga, y Cat volvió a ver al jinete solitario entre los árboles. Ahora estaba algo más cerca, aunque aún no lo bastante como para reconocerlo.

Quizá sí era Kenneth. Encajaba con él llegar antes de lo previsto y seguir al carruaje a cierta distancia, solo para asegurarse de que ella estaba a salvo. Cat aflojó un poco las riendas y dejó que el coche se adelantara. Si era Kenneth —oh, que lo fuera—, pensaba darle todas las oportunidades para acercarse.

La distancia entre ella y el carruaje se amplió a doce metros, luego a veinticuatro. Los cascos retumbaban, débiles pero constantes, a su espalda, y una sonrisa se le escapó, aunque se preguntó si no estaría demasiado polvorienta y cansada por el viaje.

Se subió el puño de la chaqueta a la frente, se secó la boca y miró por encima del hombro… justo a tiempo para ver un destello de sol rebotando en un cabello rubio demasiado brillante.

No es él.

Pasaron cinco segundos largos. Se obligó a mirar de nuevo.

El jinete estaba ya lo bastante cerca para que Cat distinguiera sin dificultad la línea estrecha de una mandíbula firme que le resultaba terriblemente familiar. Cuando el hombre levantó la mano en un saludo elegante, supo con certeza quién la había seguido desde Somerhart.

Christopher. Christopher Whitmore.

Allí, en Inglaterra.

Oh, Dios.

Giró del todo en la silla, escrutando los alrededores. Brinn se movió hacia un lado, resoplando, pero Cat la ignoró.

No había nadie cerca. Nadie. Ni siquiera una columna de humo a lo lejos. Estaban solos: ella, su doncella y el cochero. Will llevaba una pistola, lo sabía, pero también sabía que Christopher estaba desesperado, huía de la justicia y, con toda probabilidad, iba armado. Y si Will se interponía…

Christopher ya había demostrado ser un tirador certero. Cat no podía permitir que aquello se repitiera.

Tiró de las riendas y detuvo a su yegua.

Estoy seguro de que sospecha de ti, había dicho Kenneth.

Christopher tenía que saber que ella había revelado su paradero. Tenía que querer vengarse. Cat respiró hondo y giró a Brinn para enfrentarse a él.

Desde unos veinte metros vio cómo la boca del hombre pasaba de un rictus a una sonrisa. Sus ojos castaños permanecían duros.

—¡Christopher! —gritó, porque él se lo esperaba.

Espoleó su caballo y detuvo la montura a escasos centímetros del hocico de Brinn.

—Mi querida lady Catherine —la saludó.

Había algo acerado en la voz, pero Cat fingió no advertirlo.

—¡Christopher, no puedo creer que seas tú! Pensé que mis ojos me engañaban. ¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado todo…?

Las ruedas del carruaje perdían velocidad sobre la grava. Cat miró atrás y vio al cochero erguido en el pescante. Él asintió cuando ella alzó la mano. La sonrisa de Christopher ganó un matiz de sinceridad cuando ella volvió a mirarlo.

Hizo todo lo posible por parecer aliviada.

—¿Entonces todo ha salido bien?

—¿Todo?

—Estás en casa, Christopher, así que todo debe de ir bien.

Entornó los ojos, sin molestarse en ocultar la sospecha. La ansiedad le atenazó el estómago, pero, por encima del miedo, Cat se preguntó cómo había podido encontrar atractivo a aquel hombre. El cabello era demasiado claro, la mandíbula demasiado débil, los hombros demasiado estrechos. En sus ojos no quedaba ni rastro de decencia.

—Tu ingenuidad es… refrescante —dijo al fin—. Pero no, no todo va bien, mi querida Catherine.

—Pero estás aquí.

—Sí.

—Entonces… ¡estás en peligro!

A él no pareció molestarle su dramatismo. Incluso se irguió con orgullo cuando Cat jadeó y se llevó una mano a los labios.

—Lo estoy. Y tú eres mi única esperanza de seguridad.

—¡Oh, Christopher!

—Es cierto. ¿Has conocido alguna vez a un tal Kenneth McAllister?

—Kenneth… —Cat reunió las últimas reservas de su talento para la comedia—. No lo creo, aunque quizá haya oído el nombre.

—Me alegra que nunca hayas sufrido su presencia. Ese hombre no es más que un matón. ¿Estás segura? Es un escocés grande y bruto, moreno, de modales toscos.

—¿No me dirás que un hombre así te persigue?

—Sí.

—¡Eso es terrible! Podrían hacerte daño.

Sabía que exageraba, pero Christopher siempre había creído en su ingenuidad. Asintió con gravedad.

—Estoy seguro de que sabría defenderme de un hombre honorable, pero este… me temo que me asesine en mi cama.

—¡Oh!

—Necesito tu ayuda, Catherine. Querida.

—Por supuesto.

—Siempre había esperado… —suspiró, desviando la vista hacia los campos—. Siempre había esperado que esta catástrofe se resolviera y pudiera pedir tu mano. Una proposición decente.

Cuando sus ojos entrecerrados volvieron a posarse en ella, Cat inclinó apenas la cabeza.

—Entiendo por qué no pudiste aceptar mi última propuesta. Aunque me rompiera el corazón.

—Lo siento, Christopher.

—Pero espero que consideres oportuno ayudarme a construir una nueva vida. Una buena vida. Pienso irme a América.

—¡América! Está muy lejos.

—Sí. Y me temo que debo pedirte ayuda de nuevo. Te lo devolveré, en cuanto me establezca.

La mente de Cat echó a correr, buscando una salida. No podía regresar a casa. Hart no volvería de Londres hasta el día siguiente; lo había previsto.

El magistrado local era amable, pero no estaba a la altura de Christopher, y Cat se negaba a darle más dinero. Lo que quería era entregarlo a Kenneth.

—Tengo veinticinco libras en mi equipaje —dijo, sabiendo que no bastarían—. ¿Será suficiente?

El rostro de él se contrajo con desdén.

—¿Veinticinco libras? No me paga ni una litera.

—Oh… pero mi hermano…

—¿Tu hermano?

—Se enteró de que te había enviado dinero antes. Me ha cortado la asignación.

—Ya veo. ¿Adónde vas?

—¿Yo? Oh, a Greendale. Hay una sombrerería maravillosa. Hart les ha escrito garantizando mi crédito. Voy a…

—Debes volver a casa y acceder a las cuentas.

—¡Hart debe aprobarlo todo! Y no está. Quizá…

—¿Sí? —insistió, con los ojos brillantes.

—No, llevaría demasiado tiempo.

—¿Qué?

—Podría escribirle una nota en cuanto llegue a Greendale. Me prometió un faetón nuevo y dos caballos de alta escuela. Si le digo que he encontrado el juego perfecto… ¿crees que mil libras bastarían?

Los ojos de Christopher chispearon.

—Te lo devolveré.

—Tendré que renunciar al faetón.

—Te compensaré. Tu hermano acabará por perdonarte.

—Supongo que sí. De acuerdo. ¿Nos veremos aquí? ¿El sábado? Su respuesta tardará unos días, pero una semana bastará.

—Sí. El sábado. En los huertos junto a la posada, a cinco millas.

Cat alzó las cejas.

—¿Debes seguir ocultándote?

—Debo hacerlo.

—Christopher… Hart ha dicho algo horrible. Dice que querías matar a John Tibbenham. Pero eso no puede ser cierto. Le dije que

no lo era.

Un nudo le apretó la garganta cuando vio el destello de triunfo en su rostro.

—Por supuesto que no, querida. Fue un malentendido.

—Lo sé —se obligó a decir.

Pensó en la satisfacción de entregarlo a Kenneth. Una semana con Kenneth, y luego darle lo que llevaba años buscando.



Cat saltó de la cama descalza y cruzó la habitación hasta la ventana. Apoyó los antebrazos en el alféizar y la barbilla sobre las muñecas, aspirando el olor a madera vieja y vinagre que impregnaba la cabaña. Llevaba dos horas respirándolo.

Él vendría. Tenía que venir.

Un jinete apareció en el camino.

Catherine se quedó rígida. Por un instante temió que Christopher la hubiera seguido. Pero el caballo se acercó y pudo ver el rostro del jinete.

Kenneth fruncía el ceño, tenso.

Cat sonrió. Sí, pensaba que era una pésima idea.

Qué pena para él.

Tarareando, bailó hasta la puerta, contó hasta veinte y salió al sol, lista para acorralar a su presa.

Kenneth dedicó una mirada recelosa al establo y a la cabaña. Debería dar media vuelta.

En lugar de eso, desmontó.

La puerta azul se abrió justo cuando recogía las riendas. Ella saltó los escalones y corrió hacia él. Kenneth la atrapó en el aire, la

giró y la apartó del caballo.

—Bienvenido a nuestra pequeña cita —exclamó ella, confiando en que él la sostendría.

—¿Una cita?

Kenneth rió y la alzó de nuevo.

—Todavía no puedo besarte —murmuró—, o Samson se pasará la semana dando vueltas.

La depositó en el suelo.

—Ven. Cuéntame cosas de este nido de amor mientras me ocupo de los caballos.

—Ya se han ocupado de Brinn —dijo ella, enlazando su mano —. ¿Has traído un mozo?

—¡No!

—¿Crees que eres el único capaz de cuidar un caballo?

—¿Te ocupas tú de tu yegua?

—No todos los días, pero no soy idiota.

—Quizá no.

Ella intentó darle una patada juguetona.

—¿Qué otra dama conoces que sepa hacer esto?

—Catalina la Grande.

—¿Qué?

—Una gran amazona.

Ella sonrió, descarada.

—Empiezo a pensar que eres una impostora —masculló él.

—No soy una moza de taberna.

—Una descarada hija de granjero.

Se ocupó de Samson, tratando de no inspeccionar el trabajo de Cat.

Lo había hecho muy bien.

Dentro, ella fruncía el ceño ante un plato de puré rojo.

—¿Preparando mi cena?

—Me dijo que dejara el pastel en la ventana.

—Parece que los cuervos llegaron antes.

Ella parpadeó.

—Qué pésima criada sería.

Kenneth se acercó y le besó la nariz.

—Encenderé las lámparas.

—Debería poner la mesa.

—No tengo hambre.

—¿Sed?

—Sí.

Ella trajo vino. La cabaña era sencilla y limpia. Kenneth encendió las lámparas y dudó ante el fuego. La luz del atardecer se filtraba entre las hojas.

Ella regresó con dos copas. Él tomó una y observó el rubor en sus mejillas. Catherine miró por la ventana, tensa.

Kenneth dejó la copa y se acercó por detrás. Apartó un mechón de su cuello y rozó la piel con el aliento. Ella contuvo el aire. Sus dedos se posaron en la cintura.

Se apartó para quitarse el abrigo.

—No puedo prometer delicadeza —advirtió.

—No.

—Quizá mañana.

Ella lo ayudó con la camisa. Sus dedos recorrieron su pecho. Él cerró los ojos.

—He soñado con tu cuerpo —murmuró ella.

—Me vas a desarmar.

Ella sonrió y se desabrochó el vestido. Él la atrajo y dejó caer la tela. La contempló, sin aliento.

—Cat…

La llevó a la alfombra y la recostó con cuidado.

—Mo caitein… No sé cuánto podré contenerme.

La besó, lento y profundo. Ella respondió, envolviéndolo.

Entonces algo se quebró. Catherine se tensó. Un temblor.

Kenneth se detuvo, helado. La apartó con cuidado.

—Cat…

Ella no respondió.

Se quedó inmóvil, consciente de que algo se había roto en un instante que debía haber sido hermoso.

Capítulo 10

La habitación pareció enderezarse poco a poco, regresando a su lugar. Kenneth se echó hacia atrás, aún unido a ella, y la miró fijamente. Sintió cómo su mente empezaba a salir del vértigo y trató de apartar la idea que ya se abría paso con una claridad insoportable.

No.
No podía haberle quitado la virginidad.

Pero Catherine temblaba bajo su peso, el rostro pálido y contraído.

—Por favor… —balbuceó ella, con las manos presionadas contra su propio vientre.

Kenneth se apartó de golpe, con una mueca de dolor, y bajó la vista. La mancha brillante de sangre sobre su piel lo dejó sin aliento. Parpadeó, sacudió la cabeza y se puso en pie casi a trompicones. El mundo volvió a oscilar cuando cruzó la estancia y mojó un paño en agua fría. Se lo tendió, le lanzó su camisa para que se cubriera y se giró para buscar sus pantalones.

—Lo siento —dijo ella a su espalda.

—Lo siento… sí —respondió él, abrochándose con dedos torpes.

Se volvió y la encontró aún acurrucada en el suelo, apretando la camisa contra el cuerpo. Alzó la barbilla y se sorprendió por el impulso violento que lo recorrió.

—¿Eso es todo?

—¿Qué?

—¿Esa es toda tu disculpa?

—Yo… —tragó saliva y miró la ropa esparcida—. Me gustaría explicarte.

—¿Explicarme? —estalló—. ¿Explicarme qué? ¿Que me engañaste para traerme aquí? ¿Que ahora tendré que hacer "lo honorable" y casarme contigo porque estoy cubierto de tu sangre? ¿Hay alguien escondido esperando dar testimonio?

Ella apretó la mandíbula.

—No seas ridículo.

Kenneth soltó una carcajada áspera, cargada de rabia.

—¿Qué demonios has hecho, Catherine?

Miró a su alrededor, incapaz de estarse quieto.

—¿Podrías darte la vuelta para que pueda vestirme?

—¿Darme la vuelta? —alzando la voz—. ¡Acabo de penetrarte!

Ella se irguió, con las mejillas encendidas.

—Bien.

Se puso en pie y, al hacerlo, la camisa se deslizó. Kenneth alcanzó a ver una gota rosada recorrer su muslo antes de que ella se girara y le diera la espalda.

El roce de la tela y un murmullo de maldiciones llenaron la estancia. El pánico empezó a abrirse paso en él con una certeza helada.

Ahora sería su esposa. Su esposa.

—No he venido aquí para atraparte en un matrimonio —dijo ella, ya vestida.

Kenneth se volvió de golpe.

—Es demasiado tarde para eso.

—No quiero casarme contigo.

Él abrió los brazos con un gesto desesperado.

—Escucha…

—No —la interrumpió—. ¿Crees que tengo elección? ¿Qué se supone que haga contigo? ¿Qué hago yo con la hermana de un duque en una granja de caballos?

De una patada, lanzó un taburete contra la pared.

Ella jadeó, sorprendida por la violencia del gesto.

—Eres despreciable —continuó él—. Me has atrapado. Yo era solo otra cosa brillante que querías, ¿verdad? Otro juguete. ¿Fue tan satisfactorio abrir las piernas para un escocés de baja cuna?

El mentón de Catherine tembló.

—No —respondió con voz firme—. No fue tan bueno como esperaba.

Aquello lo enfureció aún más. Cuando dio un paso hacia ella, Catherine retrocedió. Kenneth alzó el brazo, y ella se tensó… pero él solo se pasó la mano por el cabello, horrorizado por el miedo que había visto en sus ojos.

—¿Eso querías? ¿Un animal?

—No —susurró ella, con un nudo en la garganta—. Solo quería estar contigo.

—Sabías que nunca habría aceptado esto si lo hubiera sabido.

—Lo sabía —replicó, con una valentía forzada—. Pero no te mentí. Tú lo supusiste.

Kenneth negó despacio con la cabeza. La tristeza en su expresión le dolió más que la ira.

—Y ahora te casarás conmigo, quieras o no.

—No lo haré.

—Iré a ver a tu hermano.

—Lo negaré —respondió ella—. Diré que mientes, que solo quieres mi dinero.

Él la miró con frialdad, evaluándola.

—¿De verdad harías eso?

—Sí.

Kenneth se giró hacia la ventana. Los hombros se le hundieron.

—Me esforcé por no deshonrarte cuando creía que eras una mujer caída —dijo en voz baja—. Ser yo quien te convierta en eso…

Una risa amarga se le quebró en la garganta.

—Sabías que me haría daño.

—Lo siento —susurró ella, y una lágrima por fin cayó—. Pero no es justo. Si yo fuera un hombre…

—Pero no lo eres —cortó él—. Eres una mujer. Y muy joven.

—No quiero casarme —replicó ella—. Mi vida ahora es plena. Soy libre.

—No seas ingenua. ¿Dónde están tus amigos? ¿Tus pretendientes? Tu hermano se casará algún día. ¿Crees que su esposa querrá tenerte siempre a su sombra?

Ella lo miró con indignación.

—Mi hermano jamás se casaría con alguien que no me aceptara.

—Me alegra saber que no te importa limitar así su vida.

Cuando Kenneth se pasó una mano por la frente, Catherine advirtió cuánto le temblaba. Él no parecía darse cuenta. Bajó la vista al suelo y exhaló con fuerza.

—Necesito pensar.

Ella no se atrevió a decir nada. Lo vio vestirse con movimientos secos y mecánicos. Se calzó las botas, se puso el abrigo y salió sin mirarla, cerrando la puerta de un portazo.

Catherine dejó que las piernas le fallaran y se sentó en el suelo, en el mismo lugar donde había perdido la virginidad. Nunca imaginó que se enfadaría tanto.

¿No se suponía que los hombres se sentían honrados?

—Estúpida… —murmuró, dejándose caer sobre la alfombra.

Nada había salido como esperaba. Estaba dolorida, sangrando y sola. Y lo peor era la culpa. Lo había herido. Lo había empujado a traicionar sus principios.

Suspiró con amargura. Tal vez los rumores eran ciertos: el acto era para el hombre; lo demás, una concesión para que la mujer lo soportara.

Con cuidado, se levantó y se acercó a la puerta. Afuera, la noche era profunda y silenciosa. El patio estaba vacío, pero el caballo de Kenneth seguía en el establo.

No la había abandonado.

Las lágrimas se le escaparon al darse cuenta. Se las secó de inmediato y se apartó antes de que el animal se inquietara.

Cerró la puerta y subió a la habitación. No tenía hambre. Solo quería dormir. Se lavó con agua tibia, se puso una camisola y se acostó sola en la cama fría, oscilando entre la autocompasión y la preocupación.

Soñó con manos fuertes recorriendo su piel.

Un gemido lo despertó con una luz cruel.

Kenneth abrió los ojos y se frotó el rostro áspero. Le dolía la cabeza y la boca sabía a cerveza rancia.

—He ordenado el dormitorio, señor —dijo una voz femenina—. Empezaré con la cocina, si no le importa.

No era Catherine.

—¿Té? —añadió la mujer.

—No… sí —gruñó.

Cuando la sombra se apartó, logró distinguir a una mujer rubia, de rostro alargado.

—Gracias.

—Hay un manantial detrás del establo, por si quiere asearse.

Asintió y bajó las piernas de la cama. El té le quemó la lengua, pero lo bebió de un trago.

—Ella no está aquí —dijo de pronto.

—¿Eh?

—Milady. No está aquí.

Vio cómo la mujer fruncía el ceño.

—Se fue al amanecer. Dijo que salía a dar un paseo.

—¿Un paseo?

—Sí. —Sonrió, mostrando un hueco en la dentadura—. ¿Discutieron?

—Un poco.

Kenneth subió las escaleras. El dormitorio estaba vacío. Abrió el armario y encontró vestidos, camisones. Cerró de golpe. En la cómoda, un cajón tras otro, vacío.

Solo quedaban sábanas y jabón.

Bajó de nuevo, con el corazón encogido.

—Gracias… Betsy —dijo al salir.

La cabaña estaba en silencio.

Y Catherine había desaparecido.

Capítulo 11

Kenneth regresó a la cabaña con el ceño fruncido, deseando estar en cualquier otro lugar. Estaba limpio y despejado, pero seguía sin saber cómo hablar con Catherine. La ira le tensaba los nervios, aunque sabía que estaba más enfadado consigo mismo que con ella.

Había sabido desde el primer instante que aquella mujer le traería problemas. Y, aun así, se había lanzado de cabeza, con una sonrisa… y con una imprudencia imperdonable.

Dejó la bolsa en el establo, donde la había dejado la noche anterior, y sintió un extraño alivio al comprobar que el caballo de ella aún no había regresado. Volvería pronto, sin duda, y probablemente estaría tan hambrienta como él. Más valía preparar algo de comer. Así, al menos, no tendrían que hablar mientras comían.

La encimera estaba limpia; la tarta había desaparecido y en su lugar había empanadas de carne y de fruta. Kenneth dispuso los platos, añadió una jarra de leche fresca que encontró en la fresquera, cortó pan y queso y colocó el cuenco de cerezas en el centro. Cuando la mesa quedó dispuesta, se quedó de pie junto a ella, sin saber qué hacer, negándose a acercarse a la ventana para esperarla. Aun así, aguzó el oído hasta que el silencio de la casa se volvió ensordecedor.

Justo cuando estaba a punto de maldecir y mirar afuera, oyó un relincho. No era Samson.

La puerta se abrió apenas un poco y allí estaba ella, recortada contra la luz. El corazón de Kenneth se aceleró, la ira y la ansiedad chocando dentro de él. Cuando el silencio se hizo insoportable, señaló la mesa con un gesto brusco.

—¿Tienes hambre?

Ella no se movió de inmediato.

—Sí —respondió al fin—. Tengo hambre.

Entró con paso decidido, fue directa a la mesa y se sentó en la silla más cercana. Kenneth ocupó la de al lado y ella parpadeó, sorprendida.

—Esto es encantador. Gracias.

Llevaba el traje de montar que había usado en casa de su prima. A Kenneth le cruzó por la mente lo cerca que había estado de perder su virginidad en una pradera junto al mar con un desconocido. Frunció el ceño.

Ella parecía no advertirlo. Comía en silencio, con la mirada fija en la jarra de leche.

Estaba pálida. Las pecas resaltaban sobre una piel demasiado blanca, y las sombras bajo los ojos hablaban de una noche en vela. Kenneth apretó la mandíbula.

La noche anterior no había pensado en ella, solo en su herida. Ahora recordaba con claridad que había pasado su primera noche completamente sola. Y que era más joven de lo que había querido creer.

—Cat.

Ella se sobresaltó al oír su nombre.

—Siento haberme ido —dijo él—. Necesitaba estar solo.

—Por supuesto. Yo también debo disculparme. Te engañé y lo siento.

No levantó la vista del pan con mantequilla.

—¿Sientes haberme engañado, pero no haberlo planeado? —preguntó Kenneth.

Ella tensó la mandíbula.

—No —respondió, mirándolo al fin—. No lo siento. ¿Te arrepentiste tú cuando perdiste la virginidad?

—Catherine…

Ella arqueó las cejas, expectante.

—De verdad no quiero casarme, Kenneth. No tiene que ver contigo. Siempre supe que mi destino sería el matrimonio, como el de todas, pero nunca soñé con él. Mi temporada fue… —se encogió de hombros—. Un respiro antes de la ejecución. Quería vivir.

Kenneth se estremeció.

—Cuando me descubrieron, me pregunté si ese había sido el resultado que buscaba.

—¿Y no quieres hijos? ¿Un hogar?

—¿Tú no?

—Algún día —admitió—. Pero no ahora.

—Exacto. Quizá algún día yo también. No soy tan mayor como tú.

Él puso los ojos en blanco y se recostó en la silla.

—¿Insinúas que no somos tan distintos?

—¿Podrías soportar casarte con una mujer que no esperara de ti más que libertad?

—No.

—Yo tampoco. Nunca soy más feliz que cuando administro la finca de mi hermano. ¿Cómo renunciar a eso para convertirme en esposa?

—Tendrías que ocuparte de la casa.

Ella lo miró con disgusto.

—Puedo organizar una cena para treinta personas con los ojos cerrados.

Kenneth se frotó el rostro.

—Tengo la vida que quiero. Pero a veces me siento solo.

Ella resopló, y eso le arrancó una sonrisa involuntaria.

—No deberías haberme engañado.

—Lo sé. Y entiendo que te marches.

—Debería irme. Y tú también. Pero no necesariamente quiero hacerlo.

Ella lo miró con atención. Kenneth se levantó y le tendió la mano.

—¿Por qué no damos un paseo? Hay un sendero en el bosque.

—Sí… me gustaría cambiarme primero.

—Por supuesto.

Ella subió casi corriendo. Kenneth se quedó mirando el techo, preguntándose qué demonios estaba haciendo.

¿Y si se quedaba?

Arriba, Catherine se desvistió y volvió a colocar el traje de montar con cuidado. Escogió un vestido sencillo, se calzó sin botas y se soltó el cabello. Tendría que pedirle ayuda para abrocharse.

Bajó y lo encontró fuera, con el cabello castaño brillando al sol. El pecho se le encogió al verlo, tan serio y contenido.

Caminaron juntos por el sendero, separados por un silencio incómodo.

—Debería irme —dijo él al fin—. Pero algo de tu pragmatismo se me está pegando.

—¿Y qué te dice esa vocecita?

—Que ya está hecho. Y que quizá no importe.

—Kenneth… yo no creo que encajemos.

—¿No nos llevamos bien?

—No. Es solo que… —se llevó las manos a la falda—. Eres demasiado grande.

Él parpadeó, desconcertado.

—¿Qué?

Ella se cubrió el rostro.

—Soy pequeña. Tú no.

—Eso no significa…

—No puedo volver a hacerlo, por favor.

Kenneth soltó una maldición en gaélico y luego, contra todo pronóstico, sonrió.

—Supongo que la decisión está tomada.

Ella asintió, aliviada y triste a la vez.

—Pero estoy dispuesta a intentarlo una vez más —añadió, casi sin aliento.

Kenneth inclinó la cabeza y reanudó el camino.

—Lo entiendo. Y si hay un niño, nos casaremos. No permitiré que sea criado como bastardo.

—Lo comprendo.

—¿Sabes cómo se conciben los niños?

Ella soltó una risa incrédula.

—Por supuesto.

—Hay formas de reducir las posibilidades —admitió—, aunque no son infalibles.

—Entonces será cuestión de tiempo.

Él la miró con una sonrisa torcida.

—Demasiado trabajo.

—Tonterías.

La bañera humeaba suavemente. Kenneth dejó el cubo a un lado.

—Comprueba la temperatura.

—Perfecta.

—Voy a bañarte.

Ella no protestó.

Sus manos recorrieron la piel con cuidado, lavándola con una paciencia que la desarmó. Cada gesto era reverente y peligroso a la vez.

—Todavía no —murmuró cuando ella lo suplicó—. Espera.

Cuando el agua se enfrió, la sacó de la bañera y la llevó escaleras arriba. La tendió en la cama y la cubrió con su cuerpo.

El resto llegó sin prisas, sin dolor, con una atención nueva. Kenneth la guio con una ternura firme hasta que el temor se disipó y solo quedó la certeza compartida.

Cuando todo terminó, Catherine miró el techo, incrédula.

—Tenías razón. Encajamos.

Él apoyó la frente en su hombro.

—Nunca había encajado así.

Ella sonrió, rodeándole el cuello con los brazos, y por primera vez desde hacía mucho tiempo, el silencio fue perfecto.

Capítulo 12

Cuando Kenneth despertó, el sol del atardecer caía sobre sus cuerpos en una franja ardiente. Cat había apartado las mantas, y su piel desnuda brillaba con un suave tono de melocotón bajo aquella luz oblicua.

Kenneth se dio la vuelta y quedó boca arriba. No necesitaba mirarla; no podía soportarlo. Unos días más, quizá una semana, eso era todo lo que les quedaba. Y ya había memorizado cada curva lenta, cada pequeño hueco de su cuerpo.

El muslo de ella, cálido y suave, descansaba contra el suyo en una línea húmeda de calor, así que la sintió despertar mucho antes de que se estirara.

—La cena —murmuró Cat.

El estiramiento terminó con un tentador balanceo de sus caderas antes de hundirse de nuevo en las sábanas. Kenneth sonrió al techo y apretó su cadera con más firmeza contra ella.

—Yo me encargué del desayuno. ¿No te toca servir ahora?

Una mano perezosa emergió de entre las mantas para despedirlo con un gesto.

—Hambre. Comida.

Kenneth negó con la cabeza y decidió complacerla. Era mejor tenerla en deuda con él durante el resto de la noche. Había cosas mucho más tentadoras que la comida que ella podía ofrecerle. Su cuerpo respondió de inmediato ante la idea.

Se deslizó fuera de la cama y fue desnudo hasta la cocina. Reunió platos, pan, queso, vino y agua, luego añadió más vino.

Cuando regresó a la habitación con la bandeja de roble, Cat le sonreía somnolienta.

—Buenas noches, señor McAllister —ronroneó—. ¿Va a servirme en la cama?

El descaro de sus palabras contrastaba deliciosamente con el rubor que le encendía las mejillas.

—Sí —respondió él, acercándose—. Soy obediente en todo.

—Eso no es cierto —replicó ella—. Eres obstinado. Incluso insolente.

Kenneth llenó una copa hasta el borde y se la ofreció con cuidado.

—Solo velo por su bien, milady. Es sabido que es usted impulsiva.

—Mm. Lo admito. Hoy has sido muy instructivo.

—Quizá deberías ascenderme a tutor.

Cat dio un largo sorbo de vino. Kenneth observó cómo el líquido descendía por su garganta blanca. Cuando ella se lamió una gota rebelde de los labios, él bajó la mirada, consciente de la reacción inmediata de su cuerpo.

—Un tutor —repitió ella, con media sonrisa—. Me gustaría mucho.

Kenneth sintió cómo se le tensaba la piel.

—¿Me enseñarás entonces cómo complacerte?

Ella volvió a humedecerse los labios y lo miró a través de las pestañas, midiendo su reacción.

—Dios mío —rió él—. Eres descarada.

Y el tono, junto con la evidencia de su deseo, dejaban claro que aquel descaro lo excitaba por completo.

—Come, Cat. Continuaremos esta discusión más tarde.

Cat suspiró, fingiendo resignación, y se dispuso a cenar con un entusiasmo que lo desmentía. La sábana se deslizó, dejando al descubierto sus pechos, que las manos de Kenneth conocían ya de memoria. Él la observó con puro deleite mientras ella comía, desnuda, como si aquello fuera lo más natural del mundo.

—¿No vas a comer? —preguntó ella al cabo de un rato.

—Por supuesto —respondió él, aunque apenas probó bocado.

Por Dios, era encantadora. ¿Y qué iba a hacer con ella? Pronto volvería a Somerhart y, después, ¿qué? ¿Encontraría otro amante? No podía permanecer casta. Incluso antes de aquella noche rebosaba sensualidad; ahora, tras descubrir su cuerpo…

La idea lo golpeó con tal fuerza que se quedó inmóvil. Catherine no lo notó. Había descubierto una tarta de melocotón y le daba un mordisco con los ojos cerrados, satisfecha. Sus rizos le rozaban los hombros y caían sobre la suave curva de la espalda. Todo en ella olía a lavanda y a piel tibia.

El miedo se apoderó de Kenneth y vació la copa de un trago. Debía casarse con ella, al diablo con la posición y la diferencia de fortuna. No quería que tuviera nunca otro amante, pero tampoco que se despertara sola cada mañana. Quería deslizarse entre sus muslos mientras dormía y despertarla cada día con la certeza de su cuerpo.

Ella advirtió su mirada y abrió los ojos, sorprendida. Kenneth apartó la vista.

—¿Más vino?

Ella retiró la bandeja y se levantó con cuidado, aún desnuda, llevándose la copa hacia la ventana. Allí se quedó, contemplando cómo el día se extinguía. Kenneth devoró con los ojos su silueta recortada contra el azul del crepúsculo.

—Es mi hora favorita —murmuró—. No importa dónde estés, el mundo siempre parece hermoso.

—Tú eres hermosa.

Cat le dedicó una sonrisa inesperadamente recatada.

—¿No crees que parezco un niño?

El vino le raspó la garganta y tosió.

—¿Un niño?

—No tengo grandes pechos ni caderas —se encogió de hombros—. Nada digno de mención.

—Tienes unos pechos perfectos y unas caderas preciosas.

Ella puso los ojos en blanco y se apoyó en el alféizar.

—Y tu trasero podría hacer llorar de alegría a un hombre.

—¿Qué?

—Dos mitades de melón, firmes y dulces.

Ella rió, pero miró por encima del hombro como si quisiera comprobarlo.

—¿No me crees?

Kenneth se levantó y se colocó ante ella.

—Trobhad, caitein.

—¿Es gaélico? ¿Qué significa «caitein»?

—Gato. Gatito. Elegante, pequeño y astuto.

—Me gusta.

Ella lo recorrió con la mirada, satisfecha. Kenneth se quedó quieto, dejándola mirar.

—¿Y cómo se llama eso? —preguntó ella de pronto.

Él bajó la vista.

—Coileach. Polla.

Cat se acercó y lo rozó con un dedo. Kenneth siseó y le sujetó la muñeca.

—Te deseo más que a la vida misma, caitein, pero aún estás demasiado sensible.

—Admito que siento algo de dolor.

Sus dedos recorrieron un breve camino, ligeros y provocadores.

—Pero no me crié en un convento —añadió—. Y he oído decir que los hombres disfrutan de muchos placeres.

—Al igual que las mujeres —gruñó Kenneth, soltándola.

Sus dedos lo rodearon con mínima presión. Cat se inclinó contra él, rozándole el pecho con la mejilla.

—Soy obediente en todo, milord.

Kenneth despertó en una neblina caliente de sueño. Apartó las sábanas y se giró boca abajo, buscando aire fresco. Algo no estaba bien.

—Maldición…

Se incorporó de golpe y alargó la mano hacia el cuerpo de Cat.

Ardía.

—¿Cat?

No respondió. Su piel estaba demasiado caliente, alarmantemente caliente. Kenneth encendió la lámpara con manos temblorosas y le sostuvo el rostro. A la luz vacilante, su piel se veía pálida, con dos manchas carmesí en las mejillas.

—Oh, Cat…

Nadie podía arder así y salir indemne. El pánico lo atravesó.

Corrió por la habitación, vistiéndose a trompicones. Mojó una toalla y volvió a su lado, pasándola por su piel abrasada. Ella gimió débilmente.

—Escúchame. Te llevaré con un médico.

El agua parecía evaporarse al instante. La ropa de cama humeaba en sus manos.

—¿Cat?

Nada.

El terror lo empujó a actuar. La vistió con torpeza pero con cuidado, murmurándole palabras tranquilizadoras. La envolvió en la colcha y la bajó al salón.

—Ya está —susurró—. Vuelvo enseguida.

Se detuvo, indeciso, y regresó con un vaso de agua.

—Bebe.

Ella apenas logró tragar antes de vomitar. Kenneth la sostuvo, alisándole el cabello.

—Dios…

No perdió más tiempo. Salió a ensillar los caballos, rezando para que resistieran el viaje. Arropó a Cat como pudo y montó.

—Te llevaré a salvo —murmuró.

No sabía si podría cumplirlo.

Golpeó la puerta de una casa cercana.

—¡Ay! ¡Calmaos! —respondió una voz.

—Necesito ayuda. ¿Sabe cómo llegar a Somerhart?

—¿Y qué demonios tengo yo que ver con un duque?

—¿Dónde vive la señora Betsy?

—Al final de la calle —gritó alguien.

Betsy abrió la puerta, alarmada.

—La señora está enferma —dijo Kenneth—. Tiene fiebre.

—¿Fiebre? —susurró ella—. Algunos niños tuvieron faringitis putrefacta en el pueblo de al lado.

—¿La ruta más rápida a Somerhart?

—Hay una bifurcación. Tome el camino del este. Está lejos.

Kenneth asintió.

—Si alguien viene a buscarla, diga que la he llevado a casa.

Betsy cerró la puerta despacio.

—Que Dios os proteja.

Kenneth montó de nuevo, con Catherine en brazos, y se lanzó a la oscuridad, aferrándose a la esperanza con la misma fuerza con la que sujetaba las riendas.

Capítulo 13

Las horas pasaban con una lentitud tan exasperante que Kenneth empezó a preguntarse si había quedado atrapado en una pesadilla sin amanecer. Se obligó a avanzar con cautela; ni siquiera el pánico justificaba galopar a ciegas por caminos desconocidos. Se detenía a menudo para cambiar de montura y humedecer con unas gotas de agua los labios resecos de Cat. A veces las retenía. A veces las devolvía con un espasmo de tos. En una ocasión incluso abrió los ojos, y la sorpresa fue tan grande que estuvo a punto de dejarla caer.

—¿Qué estamos haciendo…? —murmuró ella, con la voz rota.

Antes de que la esperanza pudiera arraigar en su pecho, volvió a hundirse en el sueño.

Por fin, cuando la oscuridad se aclaró hasta volverse gris y luego cedió del todo, Kenneth distinguió el camino. Cambió de caballo sin perder un segundo, espoleó a Samson y le prometió avena y heno mientras reconocía la silueta de la ciudad que despertaba. Solo quedaban unos pocos kilómetros hasta Somerhart.

No se permitió pensar en explicaciones. Las mismas preguntas giraban una y otra vez en su mente: ¿estaría el duque en la residencia?, ¿habría un médico de confianza?, ¿o moriría Catherine sin que su hermano llegara siquiera a verla?

Una hora más tarde divisó la Rosa Roja. Un peso mínimo se desprendió de sus hombros. Al menos podría llevarla a casa. Acostarla en su cama.

Frenó al reconocer al posadero.

—Señor Sims —lo llamó.

—¿Sí?

—¿Hay algún médico en la ciudad? ¿Alguien que atienda a la familia del duque?

Sims se acercó con cautela y trató de ver bajo la manta.

—Sí. Maddox. Los ha atendido otras veces.

—Envíelo a la casa. Es urgente.

Sims asintió, aún observándolo, mientras Kenneth espoleaba al caballo. Samson protestó, pero obedeció y los llevó hasta Somerhart sin más demora.

Kenneth saltó de la silla antes de que acudiera un mozo.

—¿Está aquí el duque? —preguntó.

—Disculpe…

Kenneth apartó la manta para mostrar a la enferma. El mayordomo quedó petrificado al ver la piel blanquísima por encima del vestido manchado. Una criada lanzó un grito ahogado.

—Milady está gravemente enferma.

—Jones —ordenó el mayordomo—. Su Excelencia está montando. Localícelo. Bridget, lleve a este caballero a los aposentos.

—¿Dónde está Thom? Hay que enviar a alguien por el médico.

—El médico viene de camino —informó Kenneth.

La criada echó a correr escaleras arriba. Kenneth la siguió, dejando tras de sí un murmullo de órdenes urgentes. Subió a toda prisa por la alfombra, con Cat más ligera de lo que debería ser en sus agotados brazos. Al depositarla en la cama, sus músculos se estremecieron ante la sensación de vacío.

Bridget vaciló, presa del pánico.

—Agua —ordenó Kenneth—. Y una toalla.

—Ya me encargo yo.

Se volvió al oír aquella voz firme. Un ama de llaves alta, de rostro severo, lo apartó y comenzó a lavar a Catherine con movimientos rápidos y expertos. Kenneth retrocedió, inútil.

—Se puso enferma cerca de medianoche —logró decir.

—Tiene fiebre altísima. Apenas retiene agua.

Kenneth miró a Cat. Sus dientes castañearon y cada espasmo le heló la sangre.

—Fuera. Necesito verla vestida.

Salió de la habitación, sabiendo que no tenía derecho a quedarse y deseando, aun así, no alejarse. Se quedó tras la puerta, aturdido, fijándose en detalles absurdos: un caballo de jade sobre la repisa, un cojín rojo brillante, un guante viejo junto a la ventana.

Una criada pasó con una bandeja y el aroma del té. Kenneth la siguió de vuelta al dormitorio.

Las mujeres lo ignoraron. Catherine estaba peor de lo que recordaba. No podía haber empeorado así en tan pocas horas.

Un cambio en la habitación llamó su atención. Las criadas se irguieron. El duque de Somerhart pasó a su lado sin mirarlo y fue directo a la cama. Se sentó junto a su hermana y le posó la mano en la mejilla.

—¿Cat?

No hubo respuesta. Kenneth vio cómo le tomaba la mano. Compartían rasgos, pero nada más. Somerhart era acero y control; ahora, ese control parecía resquebrajarse. Alzó la mirada hacia Kenneth.

—¿Qué demonios haces con mi hermana?

—Ella…

—Te ordené que te mantuvieras alejado.

—No puedo defenderme.

—¿Es esta tu venganza?

—No.

El duque volvió su atención a Catherine. Se inclinó para susurrarle algo. Ella parpadeó apenas.

—Atrás.

Kenneth dio un paso atrás justo cuando un hombre bajo, vestido de negro, entró con paso decidido.

El médico se movió con eficacia: ojos, garganta, pulso, respiración. Le colocó sanguijuelas en el cuello y el brazo.

—Escarlatina —dictaminó—. Té de corteza de sauce. Calor. Caldo si lo tolera.

El estómago de Kenneth se revolvió al ver a aquellas criaturas aferradas a su piel.

—McAllister.

La orden fue clara.

—Fuera. A la biblioteca.

Kenneth dudó, pero obedeció. Bajó las escaleras y el mayordomo le indicó el camino. La ira parecía espesar el aire cuando el duque entró.

—He venido a ver a su hermana —dijo Kenneth—. Después de que me lo prohibiera.

—Eso fue hace meses.

—Nos reencontramos en casa de su primo.

—Lo sé.

—Nos conocimos mejor.

—¿La sedujiste?

—No exactamente. Fue un coqueteo.

—¿Y ahora está medio muerta?

—Ella vino a Edimburgo. Quedamos en vernos… en su casa de campo.

—¿Durante una semana?

—Sí. Quería poseerla.

El golpe llegó antes de que pudiera reaccionar. Kenneth cayó sobre la alfombra, aturdido.

—No es una ramera —escupió el duque—. Es una niña. Era virgen.

—Lo supe cuando ya era tarde.

—¿La tomaste? A mi hermana.

Kenneth no respondió.

—¿Esperas casarte con ella?

—Se lo pedí. Pero ella me rechazó.

—¿Te rechazó?

—No busca un marido.

—¿Y qué busca?

—Libertad.

El duque lanzó el vaso contra la pared.

—Saldrá adelante —dijo Kenneth—. Tiene que hacerlo.

—¿Cuándo estuvo consciente?

—Anoche. Luego empeoró.

—¿La maltrataste?

—No. Nunca le habría hecho daño.

—¿Y no viste el peligro de una cita así?

—Lo vi. No tengo excusa.

El duque lo estudió.

—¿Le habrías pedido la mano si no fuera virgen?

Kenneth no pudo responder con certeza.

—Si hubiera sido una mujer sencilla, le habría pedido que fuera mi esposa.

—Gracias por traerla a casa —dijo al fin el duque—. Puedes quedarte en la ciudad hasta que se recupere. No bajo mi techo.

—No me iré.

—Bien. Te avisaré de su estado.



Tras cinco días Kenneth recibió un mensaje anunciándole que la fiebre había comenzado a bajar.

Kenneth se frotó los ojos, exhausto.

—¿Son malas noticias? —preguntó la mujer del posadero.

—No. Ha bajado la fiebre. Debo irme.

Subió a cambiarse y salió hacia Somerhart. Solo le habían permitido verla dos veces, siempre vigilado. Aun así, había tomado su mano y le había susurrado palabras hasta que ella se calmó. Una vez creyó oír su nombre.

El mayordomo lo condujo a la biblioteca.

—¿Cómo está? —preguntó Kenneth al ver al duque agotado.

—Está mejor.

Kenneth se dejó caer en una silla.

—¿Puedo verla?

—Duerme.

—¿Puedo pedir su mano?

—Si es lo que deseas, hazlo. No la obligaré a nada.

—No querría una esposa sin voluntad propia.

—Más te vale poder hacerla feliz —advirtió el duque—. O te mataré.

—Ella no se conformaría con menos.

El duque asintió.

—No tomes aún medidas para un traje nuevo.

—Tengo una ventaja —murmuró Kenneth—. Está débil y no está en su sano juicio.

La risa seca del duque lo acompañó cuando salió.

Por primera vez desde que comenzó aquella pesadilla, Kenneth permitió que la esperanza se asentara en su pecho.

Capítulo 14

No dejes que Kenneth te engañe con sus ceños fruncidos y sus maldiciones. Nunca lo he visto enamorado, así que solo puedo suponer que esa es la causa de su estado de ánimo actual. Y qué emocionada me sentí al saber que eres una mujer escandalosa. ¿Qué mejor vecina podría desear? Por favor, considera aceptar la propuesta de Kenneth, la haya hecho o no. Lamentablemente, necesitamos mujeres interesantes aquí, en mi parte de las Tierras Bajas. Y, por supuesto, Kenneth sería un marido tan bueno como cualquier otro hombre. Supongo que es un elogio débil, pero estoy segura de que conoces bien sus mejores cualidades.

Cat guardó la carta bajo la almohada con una sonrisa torcida. Qué personaje era Jeannie Kirkland, y qué amiga tan perfecta sería.

Kenneth aún no le había pedido matrimonio, al menos no de nuevo, pero estaba convencida de que lo haría. No estaría merodeando por la casa de su hermano si no tuviera intención de hacer lo honorable.

Sí, señor McAllister, pase, por favor. ¿Les dejamos solos para que jueguen un rato en la cama?

Cat contuvo una risita. No era momento para bromas. Tenía que concentrarse. No estaba preparada para su visita de aquella mañana, ya que nadie había considerado oportuno informarle de que no solo se había quedado en la ciudad, sino que se alojaba en Somerhart. De hecho, nadie había mencionado una sola palabra sobre él y ella había tenido miedo de preguntar.

Entonces su voz retumbó justo fuera de su puerta, respondida por el murmullo de una doncella, y Cat se escondió bajo la almohada como una ardilla buscando refugio. No sabía por qué su primera reacción había sido esconderse, pero lo hizo, subiendo las sábanas hasta la nariz y cubriéndose la mejilla con la trenza.

Ahora se alegraba de aquella cobardía, porque incluso después de una hora no se le ocurría qué decirle. Una disculpa, sin duda. No se le ocurría ningún escenario agradable para darle la bienvenida. En el mejor de los casos, se habría avergonzado de su propia conciencia; en el peor, su hermano habría ido a por él a golpes.

Y ahora Kenneth tendría que volver a proponerle matrimonio, y esta vez no sería tan fácil rechazarlo. Había que pensar en él, en su orgullo y su honor, y en la vergüenza que sufriría al ser conocido como un libertino, algo tan contrario a su carácter que a Catherine le dolía el pecho solo de pensarlo.

También estaba su hermano. No podía evitar sentir que Hart se avergonzaba de ella ahora. Le había mentido, había mancillado el honor de los Fairfax al ignorar egoístamente sus sentimientos. La primera vez había podido alegar ingenuidad; ahora no tenía más excusa que su propia naturaleza descuidada.

Así que había dos hombres que sufrirían por su rechazo.

¿Y ella? Pensó en la presencia de Kenneth en su habitación, en su aroma y en esa forma suya de ocupar el espacio, en el escalofrío que le recorría la piel incluso cuando él se detenía en el umbral. Y cuando le acarició la mejilla con los dedos, cuando se inclinó y le susurró una plegaria de gratitud al oído… Casi le echó los brazos al cuello y lloró de felicidad por tenerlo allí.

Así que sí. Ella también saldría herida si lo echaba. Lo amaba. ¿Y cómo no iba a hacerlo?

Pero era pragmática, o eso le había dicho Kenneth. Él no la amaba y quizá nunca llegara a hacerlo. ¿Y qué pasaría con su libertad, con su preciada independencia?

Cat tomó la taza de té y casi la derramó con un movimiento torpe. Estaba tan débil como un potro recién nacido. Y probablemente así se veía también.

La taza tintineó al posarla y ella tomó la campanilla. Charlotte apareció antes de que terminara de agitarla.

—¿Mademoiselle?

—Oh, deja de hacer eso, por favor. Es mi hermano quien está enfadado contigo, no yo.

—Su hermano me paga el sueldo.

—Te lo pagaré yo misma si eso te tranquiliza. No te despedirán. Hart sabe que fui yo quien te puso en una situación insostenible.

—Ayer no parecía tan comprensivo.

—Solo estaba preocupado por mí.

—Y todos lo estábamos.

Charlotte tomó el cepillo y la cinta.

—Estuvo cerca, ¿sabe? Su Excelencia había perdido la esperanza.

—Me temo que el problema que planteo ahora no se resuelve tan fácilmente.

—¿Y no la avisaron de que McAllister estaba aquí?

—Y tú no me dijiste que Kenneth había estado aquí.

—Yo tampoco lo sabía. Nadie me habla.

—Lo siento, Charlotte. Las cosas no salieron como había planeado.

—No importa. Disfruté de mi semana, aunque no valía la pena arriesgar su vida.

—La mía sí —respondió Cat, recostándose contra las almohadas con un suspiro, disfrutando del murmullo del cepillo sobre su cabello.

Charlotte le lanzó una mirada traviesa.

—¿Tan bueno fue?

—Oh, no tienes ni idea. Yo, desde luego, no la tenía.

—¿Se casará con él?

La sonrisa de Cat se desvaneció, y el tirón del cepillo acentuó la pérdida.

—Lo estoy considerando.

Pensó en las manos de Kenneth deslizándose sobre su piel.

—Estoy muy tentada. ¿Tú qué opinas?

—Si los lacayos escoceses se parecen a su señor McAllister, me mudaría al norte encantada.

—Ja.

—Y si un hombre puede tentarla hasta el punto de pensar en casarse, quizá debería hacerlo. Nunca antes la había visto así.

—No.

Volvió a pensar en Kenneth, en él más mayor, con el cabello encanecido, acunando a un niño entre sus brazos fuertes. El calor le descendió al vientre.

—Es un buen hombre. Sería un buen padre, un buen marido. No creo que fuera infiel.

—Y usted lo ama, ¿verdad?

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Es fácil amarlo.

—Ese es el mejor tipo de hombre.

—¿Alguna vez te has enamorado, Charlotte?

—Definitivamente no.

—¿Ni siquiera un poco?

—¿Y de quién iba a enamorarme? Quería a mi padre y me gustaba un cocinero que besaba como un granjero.

—¿Como un granjero?

—Como un hombre con prisa, no como alguien que saborea.

—¿Y mi escocés?

Cat cerró los ojos.

—Besa como un hombre que sabe lo que quiere y cree que nunca volverá a tenerlo.

La sonrisa maliciosa de Charlotte la hizo sonrojar.

—Él la ama. Cásese con él.

—Ojalá fuera tan sencillo.

—Es pobre, ¿no?

—No me importa. Tengo dinero. El problema es su orgullo. Y él no quiere casarse conmigo de verdad.

—Bah. Los hombres no saben esas cosas. Haga lo que quiera y él la seguirá… si lo mantiene complacido.

—Bueno… haré todo lo posible.

Charlotte terminó la trenza justo cuando una criada entró apresurada.

—Agua caliente. Jabón y toallas —ordenó Charlotte.

—Un baño, por favor —pidió Cat.

—Non. El médico ha ordenado que no se enfríe.

Charlotte salió corriendo y regresó con encajes y lino.

—Algo bonito. McAllister sigue abajo.

El corazón de Cat latía tan deprisa que pensó que la fiebre había vuelto. Pero no: la fuerza regresaba.

—¿Está esperando?

—Eso tengo entendido.

—Imagino que Hart no se ha esforzado en hacerlo sentir cómodo.

—Dese prisa.

Un cuarto de hora después estaba lo mejor arreglada que podía. Colorete para disipar la palidez, polvo para ocultar las ojeras.

Su hermano fue el primero en entrar, con una bandeja. Sus ojos parecían suaves y cansados.

—Estás espléndida. ¿Cómo te encuentras?

—Bien.

Le besó la cabeza.

—No vuelvas a asustarme así.

—Prometo no volver a enfermar.

No sonrió hasta que la estudió largo rato.

—Esta fiebre ha sido una buena estratagema para distraerme de tu desliz.

—Funcionó.

—¿Lo amas o fue diversión?

—No estoy segura. Creo que sí.

—Él dice que te pidió matrimonio y lo rechazaste.

—Así fue.

—¿Por qué?

—No quería casarse conmigo de verdad. Solo después de…

—¿Después de qué?

Cat bajó la mirada.

—¿Eras virgen?

Su silencio respondió.

Hart le tomó la mano.

—¿Por qué dejaste que pensáramos lo peor?

—Nadie me preguntó. Y cuando me descubrieron… me sentí aliviada.

—¿Aliviada?

—Quería vivir. Un respiro antes del matrimonio.

—¿Y sigues queriendo eso?

—He sido feliz desde entonces. Pero ahora quiero algo más.

—¿McAllister?

—Es un buen tipo.

—Te trajo aquí a caballo y se negó a marcharse.

—¿Le dejaste quedarse?

—No bajo mi techo.

—¿Cuánto tiempo estuve enferma?

—Cinco días.

—Christopher.

—¿Qué ocurre?

—Me reuní con él. Planeé enviarte con él después de… y me enfermé.

—¿Te amenazó?

—No.

Hart suspiró.

—Enviaré a McAllister. No te obligaré a nada.

—Gracias.

La abrazó.

—Eres libre de decidir. Te quiero.

Cuando Hart salió, Cat oyó una voz conocida.

—Cat.

Kenneth estaba en la puerta, tenso.

—Kenneth.

Algo se aligeró al verlo acercarse.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien.

—Tienes buen aspecto.

—Gracias. ¿Te sientas conmigo?

Dudó.

—Nadie se sorprendería.

Se sentó. Cat entrelazó sus dedos con los de él.

—Lo siento por el lío.

Vio el moretón verdoso en su mandíbula.

—Tenía derecho.

—¿Me habrías echado de menos si hubiera muerto?

—Sí.

Las lágrimas acudieron y Cat lo besó con urgencia. Él respondió, conteniéndose en vano.

—Ya te he insultado bastante. No quería tocarte.

—¿Nunca?

—No hasta que nos casemos.

—¿Casarnos?

—¿Me aceptas?

—Sí.

—¿De verdad?

—Si me quieres.

—Te quiero.

—¿No solo por honor?

—Ja.

—No me importa el honor.

Kenneth la miró, buscando una razón. Ella no la dio.

—Debo decirte algo —añadió.

—¿Qué pasa?

—Vi a Christopher. Planeé entregártelo después, pero enfermé.

—¿Y no me lo dijiste?

—Quería estar contigo primero, y sabía que te marcharías tras él si te lo decía.

—fuiste una egoísta.

—Lo siento.

Kenneth suspiró y sonrió.

—Me gustaría estrangularte, pero no es buena forma de sellar un compromiso.

—¿Kenneth?

—Ahora dime lo de la posada.

Cat se aferró a su camisa.

—Seré mejor esposa de lo que fui amante.

Él rió.

—No me amenaces, Cat. Cualquier cosa mejor podría matarme.

Capítulo 15

Kenneth parpadeó, luchando contra el sueño mientras el murmullo de los abogados llenaba el despacho. Joyas, tierras, rentas, mobiliario… todo se leía, se explicaba, se anotaba.

Toda aquella riqueza, y apenas la sentía suya. El dinero de Cat seguiría siendo de Cat. Pasaría a sus hijos, igual que las tierras y las joyas. Los muebles habían dado más guerra: al final, lo que ella llevara a la casa conyugal quedaría a nombre de Kenneth. También sería dueño de un carruaje y cuatro caballos. Nunca había tenido carruaje; siempre había viajado a caballo, durmiendo al raso cuando era necesario. Pero no podía pretender que su futura esposa y sus hijos hicieran lo mismo.

Así que tendría un carruaje, algunos muebles… y una esposa.

Sin embargo, lo que le revolvía el pecho no eran los papeles, sino cada vez que oía las palabras «hijos» o «descendencia». Hijos. Bebés. Catherine, menuda y frágil, con el cuerpo redondeado por un niño suyo. La imagen le llenaba el pecho de una mezcla cálida y aterradora. Anticipación, sí. Y miedo también. Ella era pequeña, pero su propia madre lo había sido igualmente y lo había llevado a él, que no era precisamente diminuto.

Y Cat sería una madre extraordinaria. De eso no le cabía duda.

—Ya puedes despertarte. Se han ido.

Kenneth abrió los ojos. El despacho estaba en silencio. Frente a él, el duque sostenía dos vasos de whisky, con esa sonrisa irónica que siempre anunciaba una observación poco amable.

—¿Han terminado? —preguntó Kenneth, incorporándose con torpeza.

—Sí. Mi hermana ha sido oficialmente dividida en parcelas legales —respondió Hart—. Y esas parcelas se han repartido como manda la ley. Los documentos definitivos se firmarán mañana.

Kenneth aceptó el vaso y bebió con gratitud.

—Habéis sido más generosos de lo que dejáis ver.

—Y llámame Hart —añadió el duque—. A estas alturas, vamos a ser familia.

Kenneth esperó una pulla que no llegó. Hart lo observaba con seriedad, midiendo algo más que sus palabras.

—Entonces llámame Kenneth.

Hart alzó su copa.

—Siempre que no emplees ninguno de los apodos que inventa mi hermana.

—Hart estará bien —concedió Kenneth, esbozando una sonrisa.

El duque entrecerró los ojos.

—Estás esquivando la cuestión.

—¿Qué cuestión?

—Si Cat sabe lo… cómodo que vas a estar —indicó, señalando con el vaso los documentos.

—Mis bienes son modestos comparados con los suyos.

—Los suyos son considerables —replicó Hart, sin suavizarlo.

Kenneth se encogió de hombros.

—Fuiste inusualmente generoso en el contrato.

—No quiero que nadie piense que me caso con ella por dinero.

Hart lo observó en silencio, valorando aquella respuesta.

—Es más de lo que esperaba para ella, incluso antes del escándalo.

Kenneth frunció el ceño.

—No bromees. Cat podría haber elegido a quien quisiera.

—Desde luego. Es encantadora, inteligente, deseable —concedió el duque—. Pero también es heredera y duquesa por nacimiento. Un premio. Algunos habrían estado desesperados por atraparla. Y los hay peores que Whitmore.

Los nudillos de Hart se tensaron alrededor del vaso.

—Deberían fusilarme por no haberla vigilado mejor.

—Tenía chaperona.

—Sí. Una acompañante que ella misma eligió. La prima Merriweather resultó tan frágil y caprichosa como Cat necesitaba. Y yo no estaba dispuesto a soportar otra temporada londinense para vigilarla de cerca. Ella pagó el precio de mi comodidad.

Kenneth bajó la mirada al whisky. Conocía bien ese tipo de culpa.

—Cuando se empeña en algo —dijo al fin—, es difícil detenerla. Si se hubiera propuesto arruinarse, lo habría conseguido tarde o temprano.

Hart dejó el vaso sobre la mesa con un golpe seco.

—¿Todavía nada?

—Nada.

Llevaba una semana recorriendo el campo, preguntando en pueblos y posadas, siguiendo rastros que se desvanecían tan pronto como aparecían. Whitmore se había esfumado. Nadie afirmaba haberlo visto. Cerca de la posada donde Cat y él debían reunirse solo encontró restos de campamentos abandonados.

Y, aun así, el cobarde había tenido arrestos para enviar una nota.

Me has traicionado, querida zorra. No lo olvidaré.

No era una amenaza directa, pero Kenneth había visto el rostro de Cat al leerla. Por eso habría sido capaz de matarlo con sus

propias manos.

—Me queda una semana antes de la boda —murmuró, con la mandíbula tensa—. Está escondido, pero si se mueve, lo encontraré.

—Debí ir yo mismo a por él —gruñó Hart—. Cat me suplicó piedad. Me lo pidió llorando, cargando con toda la culpa. Yo quería matarlo… y cedí.

Se encogió de hombros, con desprecio hacia sí mismo.

—Cuando viniste y me hablaste de lo que le hizo a tu hermano, comprendí que nunca debí prometerle nada.

—Intentabas protegerla.

—Y me equivoqué. Creí que no era más que un coqueteo mal resuelto. Después investigué. Whitmore y tu hermano fueron compañeros en Harrow.

—Se suponía que eran amigos.

—Lo fueron. Pero en algún momento Whitmore empezó a resentirse. Del dinero, del futuro título… de algo. Una noche perdió una gran suma jugando contra John. John le devolvió los pagarés. Y Whitmore estalló.

—¿Cuándo?

—Años antes del duelo. Cinco, quizá.

Kenneth se pasó una mano por el rostro.

—¿Arriesgaría su vida por un orgullo herido?

—Fue lo único que quedó claro. Desde entonces dejó de llamarlo amigo.

—Entonces lo odiaba por su riqueza.

—Corrió un rumor —añadió Hart—. No pude confirmarlo, pero se decía que volvió a jugar… y perdió otra fortuna contra John.

—¿Antes del duelo?

—Dos meses antes.

Kenneth alzó la vista al techo, donde los querubines de yeso flotaban entre nubes inmóviles.

—Debe de ser eso. No soportó perder dos veces. Y se vengó comprometiendo a la mujer que John amaba. No sé si calculó el duelo… o si matar a mi hermano fue un regalo inesperado.

—Haré todo lo posible por ayudarte a encontrarlo. Y cuando aparezca, lo juzgaré.

—Yo también tengo hombres buscándolo. Es cuestión de tiempo.

Guardaron silencio, compartiendo la misma resolución.

—Su Excelencia.

Prescott apareció en el umbral.

—Lady Catherine ha solicitado…

No terminó la frase. Una figura envuelta en blanco y encaje lo apartó con un empujón indignado.

—Hart, ya no necesito guardar cama. El médico ha sido muy claro…

Se detuvo al ver a Kenneth. Sus ojos se iluminaron.

—¡Kenneth!

Cruzó la estancia con paso decidido, viva, radiante, como si nunca hubiera estado al borde de la muerte. Kenneth apenas tuvo tiempo de incorporarse antes de que ella se le lanzara encima. La bata se agitó lo justo para dejar entrever el camisón poco recatado. Su peso lo hizo caer de nuevo en la silla con un gruñido.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Por qué no has subido? Me estaba muriendo de aburrimiento.

Se inclinó hacia su oído.

—Además, pareces necesitar un baño… y yo tengo una deuda pendiente.

—Tu hermano está a menos de un metro —murmuró Kenneth.

—¿Y?

—Cat…

—Tú te lo pierdes.

Se apartó de un salto y regaló a Hart una sonrisa descarada.

—¿Y bien? ¿Qué tramáis aquí los dos?

—Negociamos tu contrato matrimonial, mascota —respondió Hart—. Hay que decidir qué hacer con tus bienes.

—Ah. Supongo que era inevitable.

—Descubrirás que tu futuro marido es la generosidad hecha hombre.

—Por supuesto —replicó ella con ligereza.

Kenneth percibió el alivio que se filtraba bajo aquella despreocupación.

La mano de Cat se deslizó por la mesa hasta detenerse en un borrador.

—¿Qué es esto?

Kenneth sintió cómo se le tensaba la mandíbula.

—¿MacTibbenham? —leyó ella—. ¿MacTibbenham Kenneth McAllister? ¿Ese es tu nombre?

—Ah…

Hart carraspeó, a punto de reír.

—Mi madre estaba decidida a darme su nombre.

—Desde luego lo consiguió —dijo Cat, muy seria—. Nunca había oído algo así.

—Puedes llamarme Kenneth.

—De acuerdo. Kenneth.

—No te rías —advirtió él—, o pondré a nuestro primer hijo el nombre completo.

Ella fingió horror.

—Si te arreglas, Cat —intervino Hart—, te dejaré unos minutos a solas con tu prometido.

—¿Cuántos?

—Cinco.

—¡Quince!

Kenneth se recostó y sonrió al querubín más cercano, deseando que fueran muchos más.



—Esposa —repitió Cat, esta vez sin ligereza, como si probara la palabra para comprobar si encajaba—. Señora Kenneth McAllister.

Kenneth la observó con detenimiento. Ya no sonreía. El traqueteo del carruaje parecía más lento, más íntimo, como si el mundo exterior hubiera quedado en suspenso.

—Suena… real —admitió—. Demasiado real.

—¿Eso te inquieta?

—Me obliga a aceptar que ya no estoy solo. He vivido muchos años sin que nadie esperara nada de mí.

Cat apoyó la espalda en el asiento.

—Yo he vivido con demasiadas expectativas encima. Supongo que, entre los dos, podríamos alcanzar cierto equilibrio.

—O destruirnos mutuamente.

—También —aceptó ella, sin dramatismo—. Pero al menos sería una elección.

Él ladeó la cabeza, intrigado.

—No pareces asustada.

—Lo estoy —confesó—. Solo que no pienso concederle el control al miedo.

El carruaje giró una esquina. La luz cambió al filtrarse entre los edificios. Cat observó el reflejo en el cristal durante unos segundos antes de volver a mirarlo.

—¿Sabes qué es lo que más me aterra?

—Dímelo.

—Que me veas como una carga. Como algo que tienes que reparar.

Kenneth frunció ligeramente el ceño.

—No necesito salvarte, Cat.

—No —asintió ella—. Pero muchos hombres creen que sí. Y terminan reprochándote no estar agradecida.

—Si alguna vez te hago sentir así, quiero que me lo digas a la cara.

—Lo haré. Aunque duela.

—Especialmente si duele.

Ella esbozó una sonrisa, esta vez sin ironía.

—Eres más serio de lo que aparentas.

—Y tú más consciente de lo que dejas ver.

Cat suspiró, acomodándose mejor.

—Cuando todo ocurrió… —empezó, y se detuvo—. No quiero que pienses que te debo nada.

—No lo pienso.

—Me casé contigo porque quise. Porque, cuando me miraste aquella noche, no vi juicio ni lástima. Solo determinación.

La voz de Kenneth se volvió más baja.

—Yo vi a una mujer que no se había roto, aunque todos insistieran en que debía estarlo.

Cat cerró los ojos un instante.

—No estoy rota. Pero sí cambiada.

—Yo también.

Se miraron en silencio, reconociéndose en esa verdad compartida.

—Westmore no es un refugio —continuó Kenneth—. Es un lugar exigente. La gente no se inclina con facilidad. Tendrás que aprender a imponer tu presencia.

—No será la primera vez.

—Ni la última.

—¿Y tú? —quiso saber ella—. ¿Qué esperas de mí allí?

Kenneth tardó en responder.

—Que seas honesta. Que no me sonrías cuando estés furiosa. Que no te calles cuando tengas miedo. Y que no finjas ser menos de lo que eres para tranquilizar a nadie.

Cat alzó las cejas, sorprendida.

—Eso es mucho pedir.

—Yo también tendré que estar a la altura.

—Entonces escúchame bien —prosiguió ella, inclinándose ligeramente hacia él—. No voy a ser una esposa silenciosa. Ni discreta. Ni dócil.

—Menos mal. Me aburriría horriblemente.

Cat rió, y la risa fue breve, casi nerviosa.

—No sé amar con cuidado.

—Yo no sé amar de ningún otro modo.

El carruaje redujo la velocidad. Cat apoyó la mano sobre la de él, no como un gesto romántico, sino como una afirmación.

—No te prometo facilidad. Te prometo presencia.

Kenneth entrelazó los dedos con los suyos.

—Con eso me basta.

Cat apoyó la cabeza en su hombro, no por debilidad, sino por elección. Kenneth permaneció inmóvil, consciente de que aquel gesto sencillo marcaba el verdadero inicio de su matrimonio. No la ceremonia, no las firmas, no el carruaje.

Ese silencio compartido.

Capítulo 16

Solo unos pocos kilómetros separaban a su esposa de Westmore, y cada paso que los acercaba aumentaba la tensión en los hombros de Kenneth. Westmore era un castillo, supuso, aunque no uno destinado a una princesa, sino una fortaleza levantada para albergar soldados y caballeros, ahora más apropiada para fantasmas que gemían y ardillas en hibernación. Una ruina. Un desastre.

Construido a comienzos del siglo XIV, sus muros de piedra y su techo de pizarra habían resistido el paso del tiempo y los ataques de los antepasados de Catherine. Sin embargo, el lugar llevaba al menos cincuenta años deshabitado cuando él se instaló allí. Nadie se había molestado en modernizarlo.

Westmore no tenía luz de gas ni agua corriente, tampoco habitaciones elegantes. Ni siquiera conservaba cristales en las pocas ventanas que quedaban; solo contraventanas para resguardarse del frío y la humedad. Las corrientes se colaban incluso en verano.

En realidad, era un castillo antiguo en el sentido más estricto. La planta baja consistía únicamente en la cocina y un gran salón resonante donde todos comían juntos.

Kenneth parpadeó. Dios santo, ni siquiera había pensado en eso. Lady Catherine —la señora McAllister, se corrigió—, la gran dama de Somerhart, cenando entre mozos de cuadra y criados. Dios santo.

Debería advertirle. Igual que debería explicarle que estaba construyendo una casa nueva, moderna y cómoda, justo al otro lado de la colina. Una casa con ventanas de verdad, habitaciones

privadas e incluso ciertos lujos, como un cuarto de baño revestido de mármol.

Quiso decírselo. Abrió la boca, pero la cerró sin pronunciar palabra.

Era su forma de ponerla a prueba. Lo sabía tan bien como sabía que estaba mal. Aun así, los kilómetros siguieron pasando sin que ofreciera una sola explicación.

Cat, por su parte, pasó el último tramo sentada en el borde del asiento, vibrando de emoción. Sus grandes ojos brillantes absorbían el paisaje como si pudiera abrazar su nuevo hogar con la mirada.

—¡Huele tan bien! ¡Ya huele a otoño!

Kenneth gruñó, más irritado por su entusiasmo que por su propia cobardía. Sí, era otoño, mediados de septiembre, y probablemente nevaría antes de que terminara el mes. ¿Y entonces qué? Meses de frío, oscuridad y una fortaleza llena de corrientes para ocupar a la encantadora Catherine. ¿Qué pensaría entonces de su hogar?

—¿Cuánto queda, Kenneth?

La sonrisa que le dedicó le atravesó la conciencia. Debería haberle explicado todo antes de casarse. Antes incluso de pedirle la mano. Ahora ya era tarde. Cualquier explicación sonaría a disculpa.

—Unos minutos. No más.

—¿De verdad? —rebotó como una niña—. ¡Estamos llegando a la cima de la colina! ¿Westmore está al otro lado?

—No. Aún queda otra.

—Es tan bonito aquí… —retiró la cabeza de la ventana; los rizos revueltos por el viento se enmarcaron contra el paisaje áspero —. ¿Me llevarás a explorar ahora mismo?

—Supongo que me espera mucho trabajo.

Sus cejas se fruncieron un instante.

—Por supuesto. No quería ser descortés. Has estado fuera de casa demasiado tiempo.

Kenneth sostuvo la mirada con serenidad, aunque le dolió ver la preocupación asomar en su rostro. Una sombra de duda cruzó los ojos de ella antes de apartar la vista.

Durante los últimos días había dejado de lado sus inquietudes sobre el matrimonio, entregándose al simple placer de estar con él. Pero no podían pasar la vida en la cama. Tarde o temprano tendrían que afrontar la realidad. Él la había llevado allí sin advertencias. Si decidía marcharse, al menos lo haría sabiendo dónde estaba.

—¿Crees que me aceptarán?

—¿Quiénes?

—La gente. Porque soy inglesa.

—Estoy seguro de que estarán sorprendidos —respondió—, pero Fergus, mi administrador, no tendrá ningún problema. Y los Kirkland son mis vecinos más cercanos. Ya conoces a Jeannie. ¿Te ha escrito?

Un rubor suave tiñó las mejillas de Cat.

—Sí.

Kenneth alzó una mano.

—Prefiero no saber qué ha dicho.

Ella sonrió, divertida.

—En cuanto a los criados y los trabajadores —añadió él—, no creo que les importe demasiado.

—Te sorprenderías.

Un grito ahogado escapó de Cat cuando el carruaje coronó la colina. Kenneth alzó la vista. Uno de los caballos resopló, inquieto por el olor de tantos animales reunidos abajo.

Cat se inclinó hacia la ventana y se quedó inmóvil.

Desde allí se divisaban primero los viejos establos de piedra al pie de la colina, con tejados de paja dorada. Después, los establos nuevos, amplios, de madera pintada de blanco, brillando a la luz del atardecer. Un camino transitado serpenteaba entre dependencias: la herrería, el pajar, los cobertizos, todos apoyados en la piedra antigua de la muralla.

El foso había sido rellenado, de modo que el sendero ascendía sin obstáculos hasta la cima, donde se alzaba la torre del homenaje, una mole cuadrada dominando el horizonte.

Cat se volvió hacia él, con los ojos muy abiertos.

—Es un castillo.

—Una torre del homenaje —corrigió Kenneth.

—No me lo esperaba… —se estremeció—. ¡Es emocionante!

Kenneth contuvo una risa. Aún no había visto el interior.

—¿Duermes en la torre?

—No. Tu habitación está junto a un pequeño torreón.

—¿No compartiremos dormitorio?

—Sí, claro. El tuyo es más amplio. Yo conservaré el mío para vestirme y lavarme. Suelo acabar cubierto de barro.

—No querría dormir sola —admitió ella en voz baja.

Él sonrió, débilmente.

El carruaje entró en el patio de armas. Kenneth apretó el puño justo cuando la sonrisa de Fergus apareció ante la portezuela.

—¡Bienvenidos a Westmore! Milady Westmore.

Fergus ayudó a Catherine a bajar. Sus ojos brillaban de emoción.

—Este es Fergus MacLean, mi administrador —dijo Kenneth—. Fergus, Catherine McAllister. Mi esposa.

—A su servicio —respondió Fergus, inclinándose.

Kenneth se interpuso antes de que besara la mano de Cat. Había olvidado considerar aquello: Fergus era apuesto, educado y encantador, y aunque pobre, seguía siendo hijo de un barón.

Cat rió, intercambió unas palabras y rozó la manga de Fergus. Kenneth frunció el ceño.

—Ven —dijo con brusquedad.

Ella retiró la mano y la apoyó en la manga de su marido.

Al cruzar el umbral, un olor a piedra y agua fría los envolvió. El interior era oscuro, inmenso. Cuando sus ojos se acostumbraron, Cat se quedó sin aliento.

Mesas largas de madera ocupaban el centro del salón, frente a una chimenea gigantesca. Alfombras definían espacios sobre las losas grises. No había juncos esparcidos. Un sofá y una silla se refugiaban en una esquina; en otra, bancos y taburetes rodeaban una mesa de trabajo. Un arco conducía a la cocina.

Cat giró lentamente, evaluándolo todo.

—Hace un poco de frío —dijo al fin—, pero es precioso. ¿Me enseñas los dormitorios?

Kenneth la miró como si no esperara esa reacción.

—¿No te horroriza?

—Esperabas que saliera corriendo —replicó ella—. Si hubiera querido lujo, me habría casado con un conde.

—¿No crees que es primitivo?

—Bueno, lo es —respondió—. Necesita el toque de una mujer. Por suerte, has traído una.

Kenneth gruñó.

—Podríamos añadir habitaciones, ventanas… y una armadura no estaría mal.

Su broma no obtuvo respuesta.

—¿Y el dinero? —preguntó él.

Tema delicado. Cat carraspeó, pero fue salvada por una voz a su espalda.

—Señor MacLean.

Rebecca Burnside, el ama de llaves, se adelantó con una reverencia exagerada.

—Mi ama de llaves —explicó Kenneth.

—Señora Burnside.

—Milady.

La sonrisa destilaba hostilidad.

Las criadas fueron presentadas una a una. Todas parecían curiosas, excepto Rebecca, que no dejó de sonreír con excesiva intensidad, sobre todo al mirar a Kenneth.

—Me alegro de verle en casa, milord.

—Me alegro de estar en casa, Rebecca.

Fergus sugirió acompañar a Cat arriba. Rebecca aceptó de mala gana y se adelantó.

El dormitorio era amplio, dominado por una gran cama cubierta con pieles de marta cibelina. Cat parpadeó. Marta cibelina.

Un pequeño torreón anexo servía como estancia privada. Era acogedor, encantador.

—Eres joven para ser ama de llaves —comentó Cat sin mirarla.

—Lord Westmore y yo nos conocemos desde hace años —respondió Rebecca—. Me ofreció el puesto.

—Entonces seremos buenas compañeras.

La mujer se inclinó apenas.

—Gracias. Mi doncella llegará pronto. Asegúrate de que su habitación esté lista.

—Milady.

Rebecca se marchó sin una reverencia.

Cat sacó la lengua a la puerta cerrada y luego volvió la vista a la cama, preguntándose si tendría tiempo de revolcarse sobre aquella colcha antes de que llegara Charlotte.

Capítulo 17

Se revolvió, se deslizó y hundió los dedos en aquella suavidad increíble.
Después, se quedó dormida.

El rugido de su estómago la despertó. Lo primero que notó fue la luz del sol en la habitación: un haz claro atravesaba la estrecha ventana y se proyectaba sobre la puerta cerrada. Qué extraño. ¿No era casi el atardecer cuando se había tumbado?

El aire se le atascó en la garganta con un silbido cuando comprendió.

Dios mío, se había quedado dormida durante su primera noche en casa de Kenneth.

Se incorporó con un jadeo y miró a su alrededor, tratando de ordenar lo que veía. Sus perfumes y polvos, los cepillos y las horquillas, estaban dispuestos con cuidado sobre la cómoda. El vestido del carruaje había desaparecido del suelo y alguien había dejado un chal y unas zapatillas al pie de la cama. Charlotte había llegado a Westmore, sin duda.

¿Y su marido?

—Oh, no… —murmuró, llevándose una mano a la frente.

¿Había dormido él solo? No, la cama estaba revuelta por completo, no solo de su lado.

¿Qué pensaría de ella? ¿Qué pensaría todo el mundo? Seguramente la cocinera habría preparado algo especial para su llegada. Seguramente Kenneth habría querido celebrar su regreso en aquella cama nueva. ¿Por qué la habían dejado dormir?

La mortificación se transformó de pronto en una pregunta más inquietante.

¿Por qué Kenneth la había dejado dormir?

¿Por qué no la había despertado para su primera comida en el nuevo hogar? ¿Por qué no la había despertado siquiera para abrazarla, para besarla, para reclamarla en su propia cama?

Un gruñido bajo le escapó justo cuando la puerta se abrió de par en par.

—¿Está despierta, señora?

—Charlotte… ¿qué hora es?

—Apenas las ocho. ¿Le traigo el desayuno?

—Yo… no lo sé. ¿Por qué no me despertaste anoche? Debería haber bajado a cenar, debería haber… —alzó las manos, exasperada.

—Su marido quería que durmiera. Dijo que no había descansado bien.

La boca de Charlotte se curvó en una sonrisa pícara.

—¿Es cierto, señora? ¿Ha pasado noches en vela?

—Sí, yo… —Cat dejó caer las manos sobre el regazo y dejó que la irritación se disipara poco a poco.

Tal vez había sido un gesto amable por parte de Kenneth. En efecto, había pasado noches sin verdadero descanso: cinco en total. Primero, las dos noches febriles en la cabaña; después, las tres posadas del camino, bien aprovechadas. Quizá se le podía perdonar aquella aparente desconsideración. Había querido cuidarla.

Muy bien. No estropearía su primer día completo en Westmore por una nimiedad.

—¿Todavía se sirve el desayuno abajo?

—Non. Los trabajadores ya se han ido a sus tareas.

—¡Charlotte!

—Bueno, es terrible, ¿no? —rezongó—. ¡Todos reunidos para comer lo mismo! Yo me mantendría alejada del salón a la hora de la cena, si fuera usted.

—Creo que aquí lo llaman almuerzo —replicó Cat—. Y he comido muchas veces con trabajadores, si lo recuerdas.

—Bah. Para usted, trabajar era una aventura. Aquí estarán día y noche.

Cat se deslizó fuera de la cama mientras meditaba aquellas palabras. ¿Había sido para ella el trabajo poco más que una aventura? Había creído contribuir, pero era cierto que nunca había realizado las tareas más duras. Tal vez se había engañado al pensar que había sido realmente imprescindible en Somerhart.

Pero allí, en Westmore, sí podía marcar una diferencia. Había mucho que hacer, y pensaba empezar ese mismo día.

—Desayunaré en el gran salón, aunque esté vacío. Me servirá de inspiración.

—¿Inspiración para qué, señora? ¿Para convertirse en murciélago?

—¡Charlotte! —protestó Cat, aunque la reprimenda se perdió cuando la camisa pasó por su cabeza—. Ahora esta es nuestra casa. No permitiré que la insultes.

Charlotte alzó las cejas con gesto de profundo desagrado, pero guardó silencio mientras ajustaba con destreza el corsé de Catherine.

—Sí, hay muchas cosas que mejorar —continuó Cat—, pero todo llegará a su tiempo. Se pueden añadir pequeños detalles para hacerla más acogedora en invierno. En primavera, al menos, levantar tres habitaciones más. Y necesitaríamos ventanas.

—¿Pero por qué?

—¿Cómo dices?

—¿Por qué se molestaría en hacer mejoras?

—¿Qué?

El corpiño del vestido le cortó la respiración cuando Charlotte se lo subió. Cat volvió a animarse.

—La casa de Kenneth es sólida, pero necesita reformas. No pienso vivir escondida del sol. ¿Qué te ocurre?

Charlotte la miró con la nariz arrugada por la confusión.

—¿Te han sacudido el cerebro los baches del camino?

—No lo entiendo, señora. Bridey dice que la casa nueva estará lista el año que viene. ¿Para qué arreglar esta? No merece la pena.

—¿Qué casa nueva?

Las palabras apenas abandonaron sus labios cuando una certeza helada la atravesó. Recordó la mirada de Fergus, el gesto evasivo de Kenneth.

Charlotte palideció.

—La casa nueva que se está construyendo —explicó—. Al otro lado de la colina. Dicen que es preciosa.

—Ah… sí —murmuró Cat, por encima del latido errático de su corazón—. Esa casa nueva. Por supuesto.

—Madame…

—Abróchame el corpiño, por favor.

Charlotte evitó mirarla mientras sus dedos trabajaban con rapidez. Le temblaban las manos, o tal vez era la rabia contenida de Cat la que llenaba la estancia.

La casa nueva. La que su marido había olvidado mencionar. La bonita, la definitiva. La que todos conocían menos ella.

No era una sorpresa. Kenneth no era hombre de sorpresas. Era una prueba. Quería saber si aceptaría vivir en una fortaleza fría y oscura, como correspondía a la esposa de un bastardo. Quería ver si protestaría, si se revelaría como la mujer mimada que temía.

Debería desenmascararlo, pensó al calzarse las zapatillas. Debería exigir explicaciones. Pero no tenía ánimo para jugar a su juego. Prefería abofetearlo.

—Está bien —dijo cuando Charlotte quiso peinarla.

Para cuando bajó las escaleras, le faltaba el aliento. Un niño la observó desde lo alto de los peldaños.

El día radiante la recibió al cruzar la puerta, pero el aroma otoñal le oprimió la garganta. ¿Cómo podía empezar así?

Bajó la colina hacia los establos. Lo vio de inmediato, con los hombros tensando la camisa gastada. Podría reconocerlo en la oscuridad solo por la forma de moverse. Bastardo sin corazón.

Fergus estaba con él y la vio primero.

—Kenneth, tu esposa…

—¿Qué? —respondió él desde la penumbra.

—Tienes visita.

Cat se detuvo a unos pasos.

—¿Cat? —Kenneth se volvió—. Te enseñaré el ganado después de cenar.

Ya la estaba despidiendo.

—Creo que tu amigo intenta advertirte de que no he venido por los caballos.

Kenneth se irguió y salió a la luz.

—Siento no haberte despertado anoche. Necesitabas dormir.

La vergüenza se mezcló con la rabia.

—Me alegro de no haber estado despierta para oír más mentiras.

El silencio cayó pesado. Kenneth quedó inmóvil.

—Mi doncella me ha informado de que el año que viene tendremos una casa nueva —continuó ella—. Mi doncella.

Fergus se retiró discretamente. Kenneth dejó la herramienta y salió del establo.

—Pensaba decírtelo.

—¿Cuándo? Hemos estado solos seis días.

Kenneth hizo salir a un muchacho que se había quedado mirando.

—Ni siquiera la casa nueva es grandiosa —dijo—. No quería…

—Lo hiciste como una prueba —lo interrumpió—. Para ver si podía ser la esposa de un hombre pobre. Pues escucha bien, Kenneth McAllister: soy la esposa de un granjero. Y cualquier duda que tengas llega tarde.

—No dudo de ti.

—Si quieres ahogar este matrimonio en falsedades, no puedo impedírtelo. Pero no me quedaré escuchándolas.

Se volvió para marcharse. Una sombra se escabulló tras un cobertizo.

—Cat. Espera.

Las manos de Kenneth se posaron en sus hombros.

—Lo siento, esposa.

Ella se pasó la mano por la cara.

—Este será el recuerdo de mi primer día en tu casa.

Sintió cómo él se hundía.

—¿Quieres acompañarme?

Dudó. Él interpretó su silencio como un sí.

—Ven. Te enseñaré la casa nueva.

La condujo por el camino del valle. Tras unos minutos, la vio.

La casa nueva se alzaba sólida y hermosa, con muros revocados y vigas de roble. No tenía cristales aún, ni humo en las

chimeneas, pero parecía un hogar.

Las lágrimas le ardieron en los ojos.

—Es preciosa. ¿Cómo has podido ocultármela?

—¿Te gusta?

—Por supuesto. ¿Qué clase de persona sería si no?

—Yo…

Su silencio la empujó a abrazarlo.

—Nunca soñé con un palacio —dijo—. Eres el único hombre con el que he querido casarme. Sea lo que sea lo que me ofrezcas, eso quiero.

—¿Entramos?

—No. Llévame a casa.

—¿A Somerhart?

—A Westmore, bestia. A tu cama.

Él comprendió.

—A casa, entonces.

Después, en su cama, Cat dejó atrás la discusión. Lo amaba por lo que era y por lo que aceptaba de ella.

Los primeros meses serían difíciles. Violet tenía razón. Pero no encajarían si ella alimentaba el rencor.



—Jeannie Kirkland, engendro del infierno, ¿dónde demonios está mi petaca?

Cat rió mientras Jeannie le tapaba la boca. Se escondieron tras un tapiz hasta que los pasos se alejaron.

Subieron a los parapetos y bebieron whisky bajo la luna.

—¿Y bien? —preguntó Jeannie.

—No es tan malo. De hecho, es bastante bueno.

—Siempre supe que sería excelente en la cama.

—Lo es.

Jeannie suspiró, pensando en qué cama le gustaría a ella calentarse.

—¿Tú…? —empezó Cat—. Es decir… ¿Kenneth nunca te cortejó?

—¿Qué? —La pregunta sacó a Jeannie de su ensimismamiento —. Oh, Dios, no. Nos conocemos desde siempre.

—Pero pensaría que, después de tanto tiempo… Parecéis muy cercanos.

—Cercanos en el mismo sentido en que lo soy con mis malditos hermanos. Nos conocimos cuando yo tenía siete u ocho años y, supongo, lo pillé en un momento en que ya estaba harta de los chicos. En realidad fue una decepción. Otro vecino que no era una chica.

—¿Y cuando creciste?

—Hmm.

Jeannie le devolvió la petaca.

—No diré que nunca me fijé en él, pero me han dicho que mis hermanos son guapos…

—Oh, sí.

—Así que quizá me expusieron demasiado pronto a hombres atractivos. Ya no me flojean las rodillas. Ni nada parecido.

Catherine suspiró y se dejó caer contra la pared de piedra.

—Bueno, a mí sí me las flojea, lo confieso. Claro que solo llevamos un mes casados.

—¿Y os lleváis bien?

—Sí. Aunque…

Cat la miró, y Jeannie distinguió la tensión dolorosa en su rostro.

—A veces es muy sombrío. Y las circunstancias de nuestro matrimonio…

—¿Cuáles fueron esas circunstancias?

—Oh, um. Un pequeño desliz. Mi hermano no lo obligó a casarse conmigo, pero dudo que Kenneth lo hubiera considerado si no fuera por las… circunstancias atenuantes.

—No estés tan segura, Cat. Hablaba de ti con bastante vehemencia.

—¿Hablaba de mí?

—Oh, lo pillé colándose en el baile aquella noche con pétalos de lila en el pelo.

Las dos rompieron a reír al recordarlo.

—Estaba fuera de sí —continuó Jeannie—. «No se lo digas a nadie. Es una buena mujer». No hace falta decir que me escandalizó.

Cat rió hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas, y Jeannie sonrió, encantada al imaginar a Kenneth torturado por el amor. Hasta entonces, aquel hombre parecía haber vivido como un monje.

—De verdad, Cat, nunca lo había visto siquiera coquetear con una mujer. No dudes de que se preocupa por ti. ¡Te ha estado mirando durante toda la cena!

—Yo… sí, pero parece enfadado, ¿no?

—Solo está celoso. No le gustó la atención que te prestaban mis hermanos. Y Fergus también.

Fergus, pensó Jeannie. Fergus, que la evitaba como la peste. Fergus, a quien había pasado tantas horas observando desde aquella

misma azotea.

Cat se inclinó un poco más hacia ella.

—Jeannie, no he podido evitar darme cuenta…

—Oh, lo amo —exclamó Jeannie con voz ronca, gastada por los años de espera—. Lo amo, Cat. ¿Qué voy a hacer?

—¿Fergus?

—Sí, Fergus. Él no quiere ni oír hablar del tema. Dice que mi padre ni siquiera consideraría su propuesta de matrimonio.

—¿Y lo haría?

—No. Ese despiadado hijo del demonio dice que Fergus no tiene dinero, ni tierras, ni esperanza de tenerlas nunca.

—Oh.

Jeannie se presionó los nudillos contra los ojos.

—Cat, ¿qué debo hacer? Ha pasado un año y siento que me estoy volviendo loca.

—¿Un año desde cuándo?

—Desde que me besó. Ahora se muestra frío e indiferente, pero hace un año me atrapó en el vestíbulo y me dijo que dejara de pavonearme delante de él o haría algo que no me gustaría. Así que, por supuesto, lo desafié a hacerlo.

—Por supuesto.

—Y, oh, fue maravilloso… tan intenso. Dijo que llevaba mucho tiempo deseándome y que ya no podía soportarlo más. Pero luego se detuvo. Y ahora apenas me mira. ¡Y yo lo he amado durante años!

—Oh, él te mira. Pero cuando ve que tú lo miras, se da la vuelta.

La esperanza brotó dolorosamente en el pecho de Jeannie.

—¿De verdad? ¿Me mira?

—Claro que sí.

—¿Por qué los hombres tienen que ser tan idiotas? ¿Por qué no va directamente a ver a mi padre? O mejor aún, ¿por qué no me secuestra?

—No me lo preguntes a mí, Jeannie. Yo tuve que seducir a Kenneth para llevarlo a mi cama. Ups.

Se tapó la boca con una mano. Con la otra agitó la petaca.

—Seducirlo… —murmuró Jeannie.

Pensó en los besos de Fergus, en la forma en que sus manos habían moldeado su cintura y le habían provocado aquel cosquilleo en la espalda.

—Seducirlo. Quizá esa sea la solución.

—No estoy segura de que sea buena idea. Creo que Kenneth lo resiente. Me lo echa en cara.

—Hmm. Aun así, me gusta la idea. Y Kenneth lo superará. No te preocupes.

Cat se frotó los ojos y suspiró antes de devolverle la petaca.

—Toma. Me siento un poco sentimental.

Jeannie se bebió lo que quedaba y se obligó a apartar de su mente a Fergus y sus fantasías.

—No te preocupes por Kenneth —afirmó—. Nunca ha estado enamorado, Cat. Está intentando encontrar su camino.

—¿Enamorado? No creo que sea eso.

—Claro que lo es. Dale tiempo. Es un hombre acostumbrado al trabajo duro y a la disciplina. Sin duda está muerto de miedo. Ya lo verás.

Miró la petaca vacía y frunció el ceño.

—Y se nos ha acabado el whisky. ¿Nos reunimos con los chicos?

—Supongo. Me gustan bastante las historias de tus hermanos.

—Entonces espera a más tarde. Kenneth tiene un whisky casi tan bueno como el de mi padre.

Rieron mientras regresaban a la fortaleza para reunirse con los hombres que las esperaban abajo.

Por primera vez, el gran salón le resultó sofocante a Kenneth. Sabía que no lo era —su esposa y los invitados estaban sentados cerca del fuego—, pero él se sentía inquieto, con un calor extraño bajo la piel. Quería salir, cruzar la puerta y perderse en la noche fría, pero se quedó. No iba a dejar sola a su esposa entre aquellos hombres que sonreían y guiñaban el ojo, provocando que sus mejillas se tiñeran de rosa.

Kenneth jamás había guiñado un ojo a una mujer; ni siquiera sabía que debía hacerse. Cat, en cambio, parecía disfrutarlo. Reía, se burlaba de las historias subidas de tono. Y Fergus…

A Fergus lo observaba con demasiada atención. No sabía por qué, pero tampoco necesitaba una razón para encontrarlo insoportable. No estaban hablando de tierras ni de caballos.

Se recordó a sí mismo que Fergus era su mejor amigo y que Cat era su esposa. Aun así, se sentía inseguro, sin saber cómo comportarse ahora que estaban casados. No sabía si debía hablarle de negocios o dejarle los planes domésticos. Catherine escuchaba todo con atención, pero esa misma atención lo desarmaba: una mujer que lo esperaba cada noche y parecía querer algo que él no sabía cómo darle.

Sus ojos se habían vuelto más cautelosos con el paso de las semanas y, cuando guardaba silencio creyéndose sola, parecía más pequeña, casi abatida. Quizá empezaba a comprender que la vida como esposa de un granjero no era ni emocionante ni glamurosa. Llevaban allí tres semanas y los Kirkland eran los primeros visitantes que recibían. Y Kenneth no tenía idea de cómo entretenerla fuera del dormitorio.

Pero Fergus siempre sabía qué decir para arrancarle una sonrisa. Se había convertido en su amigo, quizá en su mejor amigo, y Catherine era incomparable en belleza y sensualidad. Kenneth se sentía loco de sospecha, y más aún al saber que no tenía motivos. Confiaba en ella. Claro que confiaba.

—Kenneth.

—¿Qué?

Alzó la vista y vio a Douglas Kirkland mirándolo con una ceja levantada, mientras los demás observaban con diversión expectante. Excepto Cat, que se mordía el labio, incómoda.

—Te pregunté cómo lograste escapar de que el duque te matara.

El rostro de Kenneth se ensombreció.

—¿El duque?

—Por el amor de Dios, no estamos tan aislados como para no haber oído los rumores. ¿Y por qué otra razón se habrían casado tan deprisa si no fuera por el escándalo?

—Oh, ¿por qué si no? —gruñó Kenneth.

—¡No fue tan escandaloso! —saltó Cat, demasiado rápido y demasiado alto—. Por eso escapó de ser asesinado, claro.

—Eso pensamos —intervino Douglas—. Kenneth es conocido por su integridad. Jamás imaginamos que sería él quien le robara al duque a su hermosa hermana.

Los Kirkland estallaron en carcajadas. Kenneth asintió, agradecido de que la atención recayera sobre él y no sobre Catherine. Intentó sonreírle, pero ella ya había apartado la vista.

—Kenneth —dijo James cuando el alboroto se calmó—, ¿quieres venir a ver mi nueva montura? No puedo permitirme una de las tuyas, pero creo que esta es bastante buena.

Kenneth miró a su esposa. La vio inclinada hacia Jeannie, susurrándole algo. Se preguntó qué estaría contándole.

—¿Kenneth?

—Sí. Vamos.

Tomó la decisión consciente de no mirar atrás cuando se alejó. Ella seguiría allí cuando regresara.

Capítulo 18

Había desaparecido. ¿Dónde demonios se había metido?

Kenneth recorrió la estancia con la mirada, presa de una ira muda, registrando los rincones oscuros como si ella pudiera estar agazapada allí, escondida como un gato al acecho. Por el amor de Dios, no había estado fuera ni media hora —pensando en ella a cada instante— y ahora había desaparecido. Ella y Fergus. Solo Jeannie y sus hermanos seguían sentados, Jeannie visiblemente enfadada y los hombres ajenos a todo.

Atravesó la cocina sin decir palabra, con el enojo imponiéndose a cualquier prudencia.

—¿Está aquí mi esposa?

La cocinera y las dos criadas se quedaron inmóviles, mirándolo con desconcierto. No había escondites posibles en aquella habitación.

—No importa.

Regresó al gran salón, ignorando la mano que Jeannie alzó para detenerlo. Miró hacia la puerta y luego hacia el hueco de la escalera. Rebecca aguardaba rezagada en las sombras, con un pie apoyado en el primer peldaño. Le hizo una seña para que se acercara.

—Kenneth —susurró, atrayéndolo hacia ella.

Él inclinó la cabeza, la mirada fija en los escalones.

—¿Puedo…? No sabía si debía decirlo…

—¿Qué?

—No creo que sea apropiado que tu señora… Oh, debería callarme.

—Habla, Rebecca.

Le sorprendió oírse capaz de decirlo, con la garganta ardiéndole.

—Es solo que los veo solos muy a menudo. Sé que son amigos, pero no deberían escaparse juntos así.

—¿Escaparse?

—No… sí.

Un fuego seco le prendió en el pecho. Oh, Dios. Que no fuera eso.

Avanzó un escalón, luego otro, aunque algo en su interior intentó detenerlo.

—No, ahí arriba no, Kenneth. Aquí.

Los dedos de Rebecca señalaron con vacilación la puerta estrecha a la izquierda. En otro tiempo había conducido a una capilla; ahora no llevaba más que a un patio en ruinas. ¿Qué asunto podía tener nadie allí?

Ninguno, se burló una voz feroz dentro de él, salvo el placer.

Asintió, y Rebecca subió las escaleras con premura hasta desaparecer. No quería testigos. Bastaba con presenciarlo él.

Apoyó la mano en la madera. La puerta cedió sin un crujido y se abrió hacia la noche, mostrando árboles y estrellas. Se detuvo en el umbral, indeciso.

La voz de un hombre flotó desde el exterior.

—No, Cat.

—Pero…

—No puede ser.

—Oh, Fergus. ¿Por qué tienes que ser tan terco? Te he visto mirando…

—¡No!

Unos pasos se alejaron casi a la carrera, sobre la hierba helada. Su esposa maldijo en voz baja.

Kenneth se tambaleó. «Te he visto mirando», había dicho ella. ¿No se lo había dicho él también? Sí, lo había hecho.

Por favor, Dios. Tenía que ser un malentendido. Tenía que serlo. Ella no era una ramera. No se entregaría a su mejor amigo. Era inocente. Dispuesta, apasionada, pero inocente al fin.

Pero no inocente, se burló la bestia que llevaba dentro. Virgen, sí, pero no intacta.

Salió en silencio al suelo frío. A la luz de la luna pudo verla de espaldas, mirando hacia los establos. Y entonces la vio también en el prado donde se había tendido por primera vez bajo él, incitándolo, escupiendo de rabia cuando él se contenía. La vio en la noche de bodas, arrodillada ante él, tomándolo en la boca con un ronroneo satisfecho. La vio en el sendero del bosque, recatada y tímida. «Eres mucho más grande que…». Entonces había callado. Mucho más grande que quién y cuántos, debió haber preguntado.

—¡Kenneth!

Su nombre brotó de los labios de Cat con sorpresa, pero ella avanzó hacia él con naturalidad, una sonrisa blanca brillándole en la penumbra.

—¿Qué te pareció el castrado de James?

Él no logró responder.

—Fergus se ha ido a casa, así que supongo que no lo buscabas.

—No lo hacía —gruñó—, pero lo he encontrado de todos modos.

El pie de Cat resbaló ligeramente en la hierba al detenerse.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, esposa, que te estaba buscando y que también he encontrado a Fergus.

—Ah, sí. —Levantó la mano para rozarle la manga, pero la dejó suspendida, como si percibiera la ira que irradiaba de él—. Quería hablar con él de… algo.

—«Algo».

La risa de Kenneth sonó áspera, como metal contra piedra. Ella no negó haberse escabullido; solo lo de susurrar. No había susurrado. Había suplicado.

—¿De qué se trata?

—Déjame preguntarte yo. ¿Qué fue lo que te hizo volver de Londres?

—No entiendo.

—¿Qué vio mi hermano cuando abrió la puerta y os encontró a ti y a St. Claire?

La sombra de Cat se irguió y se apartó de él.

—¿Me estás acusando de…? ¿Crees que Fergus…?

—Solo hago una pregunta sencilla. Tengo curiosidad por tu pasado. Hablé con dos hombres en Londres que aseguraban haberte besado, como mínimo. Pensé que quizá era una de tus aficiones. ¿Qué más?

—Yo… ¡No besé a Fergus! Ni se me pasaría por la cabeza.

—¿No?

—¡No! ¿Cómo puedes preguntar algo así?

—Vamos, Catherine. Hiciste mucho más que besar a Whitmore, y él no valía más que un perro.

—Kenneth, soy tu esposa.

El miedo en su voz lo golpeó como un látigo. Se apartó de ella, como si despertara de un sueño. Nunca le había hablado así. Nunca. Se dio cuenta de que tenía las manos entumecidas de tanto apretarlas.

—¿Cómo puedes pensar que te sería infiel? Nunca te he dado motivos para odiarme.

—Entonces ¿por qué te escondías aquí en la oscuridad?

La respiración de Cat tembló, y una maldición sonó detrás de él.

—¿Jeannie? —llamó ella.

—Sí, cariño.

La voz de Jeannie pasó de suave a acerada.

—¿Qué demonios estás haciendo, McAllister?

No se limitó a pasar junto a él: lo arrolló para llegar hasta Cat.

—Entra ahora, Cat. Aquí hace frío. Dejaremos a tu hombre fuera para que se calme.

Kenneth se hizo a un lado. La puerta se cerró tras ellas. Empezó a temblar. ¿Era una bestia? ¿O el mayor necio de Escocia?

El viento azotó el rostro de Cat cuando se despidió de Jeannie y de los Kirkland. Ojalá su amiga se quedara. Ojalá pudiera esconderse para siempre tras su furia protectora.

Kenneth se había metido en la cama entrada la noche, fingiendo dormir. Se había escapado al amanecer y regresó solo para despedir a los invitados.

El carruaje desapareció tras la colina antes de que ella se atreviera a mirarlo.

—Hace frío —murmuró, apresurándose hacia el calor relativo de la fortaleza.

Sintió que él la seguía.

—¿Te sentarás conmigo arriba un momento?

El estómago se le revolvió. No sabía si gritar, llorar o callar. ¿Qué podía decir?

Él subió primero y entró en el salón. Ella lo siguió.

—Anoche te acusé de algo vil.

—Sí.

La miraba fijamente, esperando una confesión.

—No he tomado esta decisión a la ligera, Catherine.

Ahí estaba: Catherine.

—Una de las sirvientas me dijo que tú y Fergus desaparecéis a menudo juntos.

—¿Quién? ¿Rebecca?

—Eso no importa.

—Por supuesto que importa. Esa mujer es una zorra. Una zorra en celo, contigo.

—No la insultes por venir a hablarme de esto.

—La he insultado muchas veces en mi mente antes de hoy.

—¿Entonces te ha mentido?

—Sí… No. ¡No lo sé! ¿Qué significa «desaparecer»? Vamos juntos a los establos, hablamos en el vestíbulo. ¿Por qué tengo que justificarme? Soy tu esposa.

—Mientras recuerdes eso, no volveremos a hablar de este asunto.

—Kenneth…

El dolor le arañó el pecho.

—Lo siento —consiguió decir—. No pensé en cómo lo verían los invitados.

—¿Eso es todo?

—No hice nada malo. Nada.

Respiró hondo.

—Hablaba con Fergus por Jeannie.

—¿Jeannie?

—Hay una atracción.

—Eso es absurdo.

—Tiene dos años menos que yo. Sabe lo que quiere. Fergus se niega a admitirlo.

—Entonces déjalos en paz. Y si dices la verdad… perdóname. Perdí los nervios.

Asintió, confusa, pero una chispa de ira justa se abrió paso.

—Quiero que esa mujer se vaya.

—¿Rebecca?

—Me ha faltado al respeto desde el primer día. Me ha espiado.

Por la línea dura de su boca supo que era pronto para ese asunto.

—¿Quieres que la eche?

—Sí.

—La conozco desde hace veinte años. No tiene familia.

—No me importa adónde vaya. ¡Te desea! Y desea que yo desaparezca.

—Se preocupa por mí como amiga. ¿Qué clase de amigo sería si la echara? Tú nunca has vivido como ella, Cat. Nunca has pasado hambre ni frío.

Se detuvo, tomó aire y prosiguió.

—Es una excelente ama de llaves. Si le sorprende tu descaro, tendré que despedir a todos los que te conocen.

El portazo resonó en la estancia.

Cat durmió pese a todo. En la noche, un calor la despertó.

—Lo siento, Cat.

Su aliento rozó su espalda. Se hundió en el sueño.

El peso de él se acurrucó contra su cintura. Sus manos la recorrieron.

—Shhh. Duerme.

Besos, caricias, un susurro gaélico. Ella se arqueó.

—¿Caitein?

Pensó que soñaba. Se entregó al placer.

—Ah…

—Shhh.

La provocó, implacable. Ella suplicó.

—Kenneth, por favor…

—Mmm…

La longitud de su cuerpo se apretó contra ella. Un dedo se hundió en su calor.

—Oh, Dios…

—Qué caliente estás para mí.

—Sí…

La abrió, la rozó, la torturó. Cuando al fin se hundió por completo, ella gritó.

—Más…

—Me consumes.

La embistió con fuerza creciente. El placer estalló, ardiente. Él la siguió con un gemido áspero.

—Lo siento —susurró.

Ella no despertó del todo. Asintió y dejó que la almohada recogiera sus lágrimas.

Capítulo 19

-Es un placer conocer a una esposa tan hermosa. Bienvenida a Escocia, Lady Westmore.

—Gracias, señor Nash.

¿Nueva esposa? ¿Seguía siéndolo? No se sentía así. Y pensar que solo llevaban dos meses casados. ¿Se suponía que las cosas debían empeorar antes de mejorar? Violet no había entrado en detalles, pero resultaba evidente que algo no iba bien.

Kenneth permanecía a su lado, en medio de la animación general, hablando con soltura —aunque sin extenderse— con sus conocidos. Los Kirkland eran socialmente mucho más importantes de lo que Cat había imaginado. El padre de Jeannie no ostentaba título alguno, pero uno de sus hermanos era conde, y todos nadaban en dinero. No era el único conde presente aquella noche. Incluso en Londres, aquella velada se habría considerado de alto nivel; más aún en pleno invierno, cuando los viajes solían reducirse al mínimo.

El baile ya había comenzado, pero Cat no hizo ademán de unirse a los danzantes. Cuando recibió la invitación, pensó en la promesa de Kenneth de aprender a bailar el vals, pero no se atrevió a mencionarlo. Temía la respuesta. Si él se negaba, sus sentimientos quedarían heridos y la frágil tregua que habían alcanzado podría quebrarse del todo. Así habían transcurrido las últimas semanas: pocas palabras, silencios incómodos, frases medidas y educadas. Cat sentía que giraban en círculos el uno alrededor del otro y que, cuando por fin se acercaban, nunca sabía si terminarían abrazándose o enzarzándose en otra discusión.

Siempre consciente de su presencia, percibió la mirada de Kenneth y alzó la vista para dedicarle una sonrisa rápida. Aquella noche, en realidad, él había estado encantador. Sus ojos brillaron al verla con el vestido que había elegido con tanto cuidado; incluso había rozado el crepé plateado con sincera aprobación y se había inclinado para susurrarle un cumplido y besarle el cuello. Cat se estremeció al recordarlo.

Su forma de amarla no había cambiado. Seguía adorándola con las manos, con la boca, con todo su cuerpo magnífico. Pero siempre en plena noche. Siempre tan tarde que ella se preguntaba si dormía. La despertaba con ternura y deseo, y le susurraba melodías en gaélico al oído mientras se deslizaba sobre ella.

Cat no sabía qué significaban aquellas palabras, pero siempre lograban hacerla llorar. Una vez preguntó a Jeannie por una frase que él repetía con insistencia, ruborizándose de antemano ante lo que pudiera estar confesando. *Maith dhomh*, murmuraba siempre.

—«Perdóname» —le tradujo Jeannie, con una mirada elocuente.

Cat no añadió nada.

«Perdóname», le ofrecía, en un idioma que sabía que ella no podía entender. ¿Qué quería decir con eso? Cat deseaba preguntárselo. Rezaba para que él quisiera volver a intentarlo, para que deseara amarla de verdad. Había reunido valor durante los últimos días para hablar con él en el largo y privado trayecto en carruaje hasta las tierras de los Kirkland, pero todo había cambiado aquella misma mañana.

Un joven al que no conocía había salido sigilosamente de entre los árboles para entregarle una nota mientras paseaba a Brinn por el borde del bosque. Le había tendido el papel y, sin responder a sus preguntas, se había escabullido de nuevo entre los abetos.

Aún sentía el nudo en el estómago al recordarlo. Miró en torno suyo, como si pudiera ver a Christopher Whitmore observándola desde algún rincón de la sala.

Mi querida —decía la nota—, estás durmiendo con el enemigo. ¿Cómo has podido casarte con el mismo hombre que persigue a tu amante? Exijo una compensación por tu inconstancia.

En las Tierras Bajas se dice que tu marido es un hombre celoso, un hombre que no confía en ti en absoluto. ¿Cómo reaccionaría ante unas cuantas historias sobre tu pasado? ¿Qué pensaría si dejara correr entre los vecinos rumores sobre tus hábiles labios? ¿Sería capaz de describir con justicia el calor resbaladizo de tu cuerpo? Me encantaría tener la ocasión.

Por fortuna para ti, mi silencio es barato: veinte mil libras. No me lo niegues o le daré a tu marido algo por lo que estar celoso. Tienes dos días. Déjalo en el lugar donde recibiste esta nota. Si no tienes oro, unas joyas servirán igual.

No se había molestado en firmarla. No hacía falta.

Y ahora Cat no podía disfrutar de los cumplidos de su marido ni de la fiesta, ni siquiera de la forma en que Kenneth había acariciado su mano durante el trayecto hasta Kirkland Hall. En lugar de eso, sentía un nudo en el estómago cada vez que lo miraba, porque, por primera vez, lo había traicionado. Lo había traicionado en el instante en que escondió la nota bajo la ropa de cama. Lo traicionó cuando extendió sus joyas sobre la cómoda y trató de calcular el valor de cada pieza.

Había perdido la certeza que la había acompañado toda la vida. Ya no sabía quién era ni cómo debía comportarse.

Fergus era el mejor amigo de su marido, y ella lo había tratado siempre como a un hermano. ¿Había estado mal hacerlo? ¿Había sido impropio? Incluso Fergus la evitaba ahora.

Impropio. Siempre impropio. Catherine Fairfax McAllister era una mujer antinatural. Por fin empezaba a creer lo que le habían dicho sus institutrices y lo que le había gritado su prima Merriweather. Siempre había sido evidente para los demás. ¿Por qué le había llevado tanto tiempo comprenderlo?

Kenneth la condujo hacia otra presentación y ella hizo cuanto pudo por mostrarse alegre y encantadora. Quería que él se sintiera orgulloso. Quería que la mirara y viera a una dama, a una esposa. Quería que las cosas encajaran por fin.

¿Por qué no lo hacían?

Otro caballero se acercó a su marido y, incluso absorta en sus pensamientos, Cat se irguió. El hombre tenía los ojos enrojecidos, húmedos. Aquel anciano estrechó la mano de Kenneth con un apretón firme, negando con la cabeza.

—¿Lord Waterford?

—Tuvimos que sacrificarla, Westmore.

—¿Qué?

—Devil's Drop. Se partió la pata delantera al caer en un agujero de poste. Fue hace apenas una semana. Una verdadera lástima.

—Mi esposa —murmuró Kenneth, colocando la mano bajo el codo del hombre—. Una yegua nuestra —añadió para Cat, mirándola a los ojos antes de señalar con la cabeza la biblioteca.

Cat asintió mientras los veía alejarse. El corazón le dolió al recordar la pena que sintió cuando sacrificaron a su primer poni, la forma en que lo miró a los ojos y supo que pronto ya no estaría.

Las lágrimas amenazaron con brotar y parpadeó con fuerza para contenerlas. Una fatiga repentina se apoderó de su cuerpo. Debía de ser pasada la una, varias horas después de su hora habitual de retirarse, pero los invitados seguían entregados al baile y la charla. La sonrisa de Jeannie apareció entre los danzantes, arrancándole una mueca antes de desaparecer de nuevo.

El vestíbulo, más tranquilo, la atrajo. Se deslizó hacia allí en busca de un respiro… y entonces lo vio.

Cabello rubio, ojos fríos. Pero no era Whitmore.

Robert Dixon.

El calor le subió a las mejillas, y la conciencia de ese rubor no hizo sino intensificarlo. Él lo interpretaría como culpa. Cat vio cómo sonreía, cómo sus ojos descendían sin pudor hacia su escote antes de excusarse con su acompañante y dirigirse hacia ella.

Cat dio un paso, pensó en girarse, pero el orgullo la detuvo. No tenía motivo para huir de un hombre tan insignificante. Sin embargo, no deseaba hablar con él.

—Lady… Westmore, ¿verdad?

Cat apretó los labios hasta convertirlos en una línea firme.

—Es un placer volver a verla.

Ella no habló ni le tendió la mano. Aquella frialdad solo pareció divertirlo.

—¿No se alegra de ver a un viejo amigo de su tierra?

—Creo que dejé claro que no debía acercarse a mí.

—Un malentendido.

—¿Ah, sí?

Él se inclinó hacia ella, con la mirada fija en su escote.

—Ahora veo que solo estaba decepcionada por mi falta de perseverancia.

Cat se apartó un poco.

—Aléjese de mí.

Sintió los dedos de él cerrarse en torno a su brazo, apretando con excesiva fuerza. No se zafó: varias miradas se habían vuelto hacia ellos.

—Suélteme —siseó.

—Te entregaste a Whitmore y te acostaste con un criador de caballos, pero a mí me rechazaste como a un mendigo.

—Suélteme ahora mismo o se arrepentirá.

De pronto, los dedos aflojaron su presa.

—¿Me presentará, Lady Westmore?

La voz de Kenneth sonó a su espalda.

—Kenneth…

—Sí.

Ella lo vio colocarse a su lado. Sus ojos grises se clavaron en Dixon con una frialdad mortal.

—Señor Robert Dixon —dijo ella con rigidez—, este es mi marido, Kenneth McAllister, lord Westmore. El señor Dixon es amigo de mi hermano.

Kenneth no aceptó la mano que Dixon le tendía. La miró con tal dureza que el hombre la retiró de inmediato y murmuró una despedida antes de alejarse.

—¿Estás lista para irnos? —preguntó Kenneth.

—Sí —respondió ella sin aliento—. Vámonos.

Se abrieron paso entre los invitados y, ya en el carruaje, Cat se dejó caer en el asiento con un suspiro.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó Kenneth.

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Era uno de tus amantes?

Cat giró hacia él, atónita.

—¿Qué? Eso no tiene sentido.

—Respóndeme.

—No. Y esa pregunta no es pertinente. ¿Por qué sospechas tanto de mí?

—Porque no eras inocente cuando viniste a mi cama.

—¡Era virgen!

—No te hagas la tímida.

La rabia cristalizó en su pecho.

—¿Cómo puedes preguntarme eso cuando sabes que tú fuiste el primero?

—El primero en tenerte ahí —replicó él con dureza.

—¿Qué estás insinuando?

—Que hacer el amor es más que el acto.

—¿Me estás preguntando si he hecho cosas peores? ¿Si he tomado a otros hombres en mi boca? ¿O algo aún más vil?

—Cat…

—¡Soy tu esposa!

—¿Quién es ese hombre?

—Robert Dixon. Lo besé, sí. Y luego intentó forzarme.

Kenneth golpeó el techo del carruaje con un rugido.

—¡Da la vuelta!

—¡Siga! —ordenó Cat al cochero.

—No puedo ignorar esto —dijo él.

—No te pido que lo ignores. Tú eres el único hombre que me ha hecho daño.

—Te amo, Cat. Y eso me está consumiendo.

—¿Me amas? —repitió ella con amargura—. Cómo te atreves.

—Perdóname…

—Quizá mañana —cortó ella—, cuando no desee arrancarte los ojos.

Se volvió hacia la ventanilla y dejó que el frío le helara la piel. Cuando el carruaje se detuvo, salió de un salto.

—Busca otra cama esta noche. No quiero dormir contigo.

—Maldita sea…

—Cállate.

Subió las escaleras de Westmore sin mirar atrás.

—Envíen una copa de vino a mi habitación.

Cerró el pestillo por primera vez en semanas. No lloró al meterse en la cama. No derramó ni una sola lágrima por él.

Capítulo 20

Un sonido brillante y alegre llegó a sus oídos, despertándola antes de que estuviera preparada. De nuevo, aquel tintineo musical, constante como el repicar de una campana. Herraduras. Adam estaba forjando herraduras otra vez. *Clang, clang, clang*. Las contraventanas no amortiguaban absolutamente nada.

Cat abrió los ojos y comprendió, con una lucidez cruel, que tenía el corazón roto. El sueño no había mitigado el dolor ni el recuerdo de su causa. Al contrario: había añadido una nueva arista a aquel resplandor agudo del sufrimiento. La carta de Whitmore.

Ya no se sentía culpable por haberla ocultado. En realidad, había resultado ser un engaño mucho más astuto de lo que ella misma habría imaginado. *Cuentos de tus talentosos labios*. Solo había pensado en los besos. En la docena de hombres a los que había besado.

Sí, había besado a Christopher e incluso a su mejor amigo una o dos veces, y se había considerado verdaderamente escandalosa. Qué traviesa al permitir que Christopher la tocara en lugares íntimos; qué perversa al tocarlo también a él, al dejar que se apretara contra su mano abierta, al disfrutar de aquellos pequeños latigazos de placer que la recorrían por su atrevimiento.

Tres veces se había escapado para permitir que Christopher le enseñara qué significaba tocar y ser tocada.

Había creído que aquello era demasiado prohibido como para contárselo a su marido celoso, así que guardó silencio. Pero no había imaginado los escenarios que él tejería si lo dejaban a solas con sus sospechas. No había comprendido hasta qué punto podría

degradarla en su mente. Ella no lo había entendido, pero Whitmore sí. Resultaba devastador pensar que un asesino conociera mejor a su marido que ella misma.

Quizá todos los hombres sean iguales.

Cat empujó su cuerpo dolorido fuera de la cama y se acercó a la ventana para apartar las cortinas y abrir las contraventanas.

El mundo seguía su curso bajo ella. La gente iba y venía con paso diligente. Los caballos galopaban por el prado, con la cabeza alzada para saborear el frío luminoso del día. Una mañana de invierno perfecta, y nadie estaba peor por su dolor.

Aquella gente tenía trabajo, familias, un lugar claro en el mundo. Ninguno la necesitaba, y muchos ni siquiera la querían allí. Había hecho algo mal, o le faltaba algo que esperaban de ella. Quizá solo respeto. El respeto de su señor y marido. Y los sirvientes seguían el ejemplo de Rebecca.

¿Por qué iban a hacer hueco a una mujer que no lograba ganarse el respeto de su propio esposo?

—Cabrón —susurró.

La palabra le aflojó el nudo del pecho y, al mismo tiempo, lo transformó en garras.

—Cabrón.

Esta vez la palabra se perdió en un sollozo. El llanto que había aguardado toda la noche para escapar.

El dolor sacudió su cuerpo; la pena le invadió el alma. Las piernas intentaron plegarse, arrastrarla al suelo, pero luchó contra ello. No se derrumbaría. Enderezó los hombros y se dirigió a la puerta, que abrió de un tirón para clavar la mirada en el pasillo, donde una muchacha barría con desgana.

—Envía a mi doncella —ordenó—. Ahora mismo.

Los cuchicheos llegarían, sin duda. Saborearían su tono autoritario. Que lo hicieran. Sería su regalo de despedida.

Cerró la puerta de un portazo justo cuando Charlotte apareció al otro lado.

—¿Madame? ¿Qué ocurre?

Cat se giró y apoyó la espalda en la madera.

—Me voy. Pero necesito que tú te quedes, Charlotte. ¿Puedes hacerlo?

—¿Qued… quedarme?

—Mi marido me ha acusado de ser una puta por última vez. ¿Entiendes?

—Oui.

Charlotte palideció.

—Me voy esta mañana. ¿Qué hora es?

—Las nueve.

Bien. A la hora de la cena ya estaría lejos. Incluso aunque Kenneth notara su ausencia, sería demasiado tarde.

—Necesito desayunar. Mucho. Luego prepararé solo una bolsa. ¿Puedes sacarla por mí y esconderla fuera de la verja? No quiero preguntas.

—Oui.

—Te mandaré llamar cuando llegue a casa. No puedo llevarte conmigo; odias los caballos.

La voz se le quebró, pero no volvió a llorar.

Charlotte intentó abrazarla; Cat la apartó.

—Ve a por la comida. Yo haré el equipaje.

Medias de lana. Bufanda. Dinero. Un vestido sencillo. Guantes. Una vela. Queso y pan. El cuchillo.

Lo sostuvo un instante, pensando en Whitmore. Luego lo ocultó en la bota.

Cuando Charlotte regresó con la bandeja, Cat ya estaba comiendo, masticando sin pensar, el labio herido por haberse mordido en la noche. Ya no había lágrimas. Solo determinación.

—¿Adónde irá? —preguntó Charlotte.

—A casa.

—Pero está casada…

—Bah.

Se dejó vestir con rapidez.

—Quédate en la habitación todo lo que puedas. No quiero que mientas por mí.

—No es buena idea…

—Nunca tomo buenas decisiones —respondió—. ¿Por qué empezar ahora?

Cuando Charlotte terminó, Cat tomó la capa y los guantes.

—Me siento loca —dijo con una risa hueca.

—Más razón para detenerse.

—Kenneth… —tragó saliva—. Me avergüenza cada noche. No viviré con un hombre que desprecia el deseo que él mismo disfruta.

Charlotte lloraba ya sin disimulo.

—Escriba al duque…

—No. No puedo quedarme ni un minuto más en su casa.

Se abrazaron con la mirada. Luego Cat abrió la puerta, bajó las escaleras sin mirar atrás y salió al frío de la mañana.

Kenneth salió del establo con el cuerpo rígido de cansancio y remordimiento. Había pasado la noche sin dormir, castigándose con

pensamientos que ya no podía deshacer.

La había herido.

Lo supo con certeza al cruzar el gran salón vacío. Subió las escaleras de dos en dos.

—Cat.

La puerta no estaba cerrada con pestillo.

—Cat.

Solo Charlotte.

—¿Dónde está tu señora?

—Se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido?

—Te ha abandonado.

Las palabras le atravesaron el pecho.

—¿Adónde?

Charlotte no respondió. Se encerró en la habitación de la torre.

Kenneth abrió el armario. Los vestidos seguían allí. El baúl también. No tenía sentido.

—¡Charlotte!

Nada.

Corrió al establo.

—¿Ha salido hoy la señora McAllister?

—Sí, señor. Sobre las diez.

—Ensilla a Thor.

Montó sin esperar más.

Primero pensó en Fergus. Luego en Jeannie. Luego en el camino a Somerhart.

Thor voló por el sendero. El viento le cortaba la cara.

Por favor, Cat. No estés allí.

Al llegar a la casa de Fergus, vio el humo de la chimenea. El banco vacío. Ningún caballo.

No estaba allí.

El alivio fue inmediato y devastador.

Giró a Thor sin detenerse. Sabía adónde iba. Siempre había sabido adónde iría.

Somerhart.

Espoleó al caballo hasta sentirle el temblor bajo las piernas.

No la perdería. No así.

Nunca más.

El miedo le cerró la garganta.

Thor aminoró el paso, resollando por el frío, y Kenneth lo guio hacia la izquierda, por el sendero estrecho que se adentraba en el valle, acercándose al único lugar al que no quería llegar.

—No estés aquí —susurró al aire impregnado de humo, y detuvo el caballo.

Con las piernas débiles y el cuerpo demasiado pesado para sostenerlo, se deslizó al suelo. La casa se alzaba ante él, silenciosa, igual que las otras tres puertas que había cruzado aquel día con el corazón encogido. Y allí estaba la cuarta, justo a su izquierda: un cuadrado estrecho en la pared de barro y madera. Estaba cerrada. Firmemente cerrada.

¿Por qué cerrar una puerta en una casa donde se vivía solo?

El dolor se intensificó, subiendo desde las entrañas hasta la garganta, apretándolo todo a su paso hasta casi romperlo. La habitación estaba a apenas dos pasos. Tenía que hacerlo.

Lo primero que vio, lo primero que quedó grabado en su mente para siempre, fue el brazo largo y bronceado de Fergus, una franja de piel y vello curvada sobre la forma protegida bajo la colcha. Los

ojos de Kenneth siguieron la línea de la tela, bajaron por la cama y se toparon con otra extremidad desnuda: la pierna de Fergus, doblada, reposando sobre un pequeño pie femenino encogido contra su pantorrilla.

Algo se quebró en su pecho. Un silencio convulso, brutal, que estuvo a punto de destrozarlo.

—Eres un maldito traidor.

Un jadeo femenino llegó hasta él mientras la cama se sacudía.

—Puedes quedarte con esa mujer si la quieres, pero no la tendrás en mi tierra.

Fergus saltó desnudo de la cama. Su gruñido furioso se transformó en sorpresa al ver a Kenneth inclinado sobre el lecho.

—Por Dios, hombre, ¿qué demonios haces aquí?

La visión de Kenneth se volvió borrosa. El mundo se redujo al cuerpo desnudo de Fergus, a sus propios puños alzados, a la figura temblorosa escondida bajo la colcha. Su mente tropezó igual que su cuerpo cuando avanzó, chocó contra el hombro de Fergus y cayó hacia atrás.

El aire salió de sus pulmones en un estertor cuando el suelo y el peso que se desplomó sobre él lo aplastaron.

—¿Cómo te atreves? —Una mano se enredó en su cabello—. ¿Cómo te atreves a entrar en mi casa y…?

—¿Dónde está?

El tirón fue brutal.

—Fuera.

El peso desapareció. Lo levantaron a tirones del cuero cabelludo, pero el dolor no lograba atravesar su estado de shock.

—¿Dónde está mi esposa?

—Maldito seas, ¿estás loco?

Parpadeó y el rostro de Fergus volvió a enfocarse: la ira en sus ojos, la barba marcada por una línea blanca. Kenneth desvió la mirada y entonces la vio.

Jeannie Kirkland estaba encogida tras una almohada, los ojos abiertos de horror, jadeando. Los brazos de Kenneth cayeron fláccidos incluso cuando vio la mano abierta volar hacia su rostro.

La bofetada estalló contra su mejilla.

—Hay una dama presente, idiota. Te vas ahora mismo o te sacaré los ojos de las órbitas.

Kenneth tropezó cuando Fergus le arrancó la colcha de debajo de los pies y la arrojó de nuevo sobre la cama. Murmullos furiosos resonaron a su espalda, pero no logró entender nada. Salió tambaleándose al exterior, a la claridad plomiza del día, y se quedó allí, esperando.

Pasaron minutos. Quizá más.

La puerta chirrió a su espalda y, al volverse, encontró a Fergus. Ya no había furia en su rostro, solo una tristeza profunda, agotada.

—He perdido a mi esposa.

Las palabras sonaron huecas, sin peso.

—No la mereces.

No se estremeció. No discutió. Sabía que era cierto.

—¿De verdad esperabas encontrarla aquí?

La solemnidad de la voz de Fergus lo obligó a mirarlo.

—No quería hacerlo.

—Pero lo pensaste.

—No. Y por eso me mató creer que la había visto…

La puerta se abrió de golpe.

Jeannie apareció, furiosa, con la barbilla alzada. Se aferró a la mano de Fergus y clavó en Kenneth una mirada helada.

—Jeannie…

Su nombre sonó como una maldición en los labios de ella.

—¿Qué haces aquí?

—Será mejor que te ocupes de tus propios asuntos, Kenneth —escupió—. Ya has destrozado suficientes vidas.

—¿Tu mujer? —preguntó él, atónito, al verlos juntos.

—Sí —respondió Fergus con calma—. Y sí, sin la bendición de mi padre. ¿Crees que estaría aquí si no fuera así?

—Estoy aquí —replicó Jeannie—. No habléis por encima de mí.

Kenneth los miró a ambos y, de pronto, se sintió viejo, cansado de todo.

—Hablaré con él.

—Yo hablaré con mi padre —gruñó Fergus, aunque su rostro se iluminó—. ¿Nos apoyarás?

Kenneth apartó la frente del cuello de Thor y alzó la mirada.

—Si su viejo no te mata, yo mismo organizaré la boda.

Jeannie soltó un sollozo ahogado. Fergus abrazó a Kenneth con fuerza.

—Buena suerte —dijo Fergus cuando Kenneth montó.

—Buena suerte —susurró Jeannie.

Los dejó atrás y espoleó a Thor, con el pecho ardiendo.

Kenneth cabalgó sin saber cuánto tiempo, impulsado solo por una certeza.

Tenía que encontrarla.

No para exigirle nada. No para arrastrarla de vuelta.

Sino para decirle, por fin, lo que no había sabido decir antes. Que la había amado mal. Que había confundido miedo con control. Que había destruido lo único bueno que había tenido en su vida.

Y que, aun así, si ella se lo permitía, pasaría el resto de sus días intentando merecerla.

Capítulo 21

Nada era igual cuando Kenneth atravesó las puertas de Westmore. El reconfortante bullicio del gran salón se detuvo en seco en cuanto su sombra se proyectó sobre el suelo. La gente, su gente, quedó inmóvil, observándolo con una curiosidad cautelosa. Ella no estaba allí; lo supo sin necesidad de preguntar, igual que supo que no se encontraba en casa de los Kirkland. No había huido en busca de consuelo ni esperaba que él la siguiera. Se había marchado. Había regresado a su propio hogar, cansada de luchar por un lugar en el suyo. Y nunca debería haber tenido que hacerlo.

No se permitió maldecirse por necio ni por bruto. No se concedería el alivio de la autoflagelación. Su culpa no la aliviaría a ella. Solo podía cambiar. Solo podía intentar redimirse.

La amaba. La admiraba y, a decir verdad, también le tenía miedo. Jamás había querido hacerle daño ni quebrarla. Solo deseaba que el miedo dejara de roerle las entrañas, solo necesitaba evitar el final inevitable de su buena fortuna. Al menos ahora ya no tenía que temerlo. Ella se había ido. El suspense había terminado.

Los sirvientes y jornaleros reunidos permanecían quietos bajo su mirada ausente. Algunos mostraban severidad; otros, una satisfacción mal disimulada. No sabía qué decir ni si debía decir algo.

—Milord… Kenneth…

Rebecca empujó a una criada a un lado, con las mejillas encendidas. Él la observó avanzar hacia él, suavizando el gesto en una expresión de falsa compasión.

—No te preocupes por alguien como ella.

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo cuando apartó la vista de sus labios y dejó que su mirada barriera los rostros del salón.

—¿Alguien la ha visto salir?

Los ojos se abrieron como platos. Un muchacho se sonrojó y clavó la mirada en el cinturón de Kenneth.

—Ben.

El chico parpadeó, nervioso.

—Yo la vi.

La voz de Rebecca resonó en el silencio. Kenneth no la miró; ya sabía adónde conducía todo aquello. Ahora entendía lo que Cat había intentado decirle y lo que él le había arrojado como acusación.

—Salió hacia los establos esta mañana, mientras tú estabas en la casa nueva —prosiguió Rebecca—, y tomó su caballo hacia el norte, por la colina. A menudo cabalga en esa dirección, así que no le di importancia.

—Hacia el norte. ¿Y tú, Ben? ¿Qué viste?

El nudo del cuello del muchacho subió y bajó al tragar saliva.

—Vi a su doncella esconder algo en la hierba. Luego milady salió y lo recogió. Pero no fue hacia el norte, señor. Partió hacia el sur, al trote. Llevaba una bolsa grande atada detrás de la silla.

—¿Cuándo?

—Hace horas. Mucho antes del mediodía.

—Hacia el sur, entonces.

La sombra de Rebecca se agitó a sus pies. Ben tuvo el acierto de callar. Ella no.

—¿Y dónde está tu amigo, entonces? —siseó—. ¿Dónde está Fergus?

Una ráfaga de viento entró por la puerta abierta, arrastrando hojas y un olor húmedo a nieve.

—Quiero que a Thor le den de beber y lo preparen para una semana de viaje. Y tú…

Clavó los ojos en Rebecca.

—Cuando vuelva, te habrás ido de esta casa.

Un murmullo recorrió la sala. Una mujer soltó un grito. Rebecca no. Lo miró con odio mientras él le arrancaba el llavero del delantal y se lo lanzaba a la cocinera.

—Le darás quince días de sueldo. Nada más.

—¡Eres un necio! —escupió Rebecca mientras él se alejaba—. Fergus no es el único con el que se ve. Hay otro hombre. Lo he visto en el bosque. Dice que tu hermosa esposa no es más que una ramera que te engañó para que te casaras con ella. ¡No soporto verte tan humillado, Kenneth!

Él se volvió en seco.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con que hay un hombre en el bosque?

Las mejillas de Rebecca se encendieron.

—Es un caballero. Dice que era amigo tuyo, que os separasteis por culpa de esa mujer.

—¿Cómo se llama?

—John.

—John…

Rebecca dio un paso atrás.

—Solo quería ayudarte.

Kenneth le sujetó la muñeca con fuerza.

—¿Qué has hecho?

—Nada —forcejeó—. Solo lo conocí hace tres días. Tenía que asegurarme de que estuvieras ocupado para que ella pudiera reunirse con él. Y luego… asegurarme de que la pillaras.

—¿La habrías enviado a que la violaran?

Rebecca resopló.

—Difícilmente.

Él la soltó.

—Si le pasa algo… No estés aquí cuando vuelva.

Subió las escaleras de dos en dos y regresó en minutos, cargado con capas, mantas, su pistola, la daga y una pequeña bolsa de oro.

El salón se había vaciado, pero un murmullo nervioso llenaba la casa. Kenneth no escuchaba nada. No tenía nada que decirle a nadie.

La nieve empezaba a caer cuando ensilló a Thor y partió hacia el sur.



Brinn resopló y empujó a Cat con el hocico, pero ella la ignoró. La yegua había empezado a cojear en el primer tramo helado y desde entonces avanzaban despacio. No habían pasado junto a ninguna casa habitada desde que empeoró el tiempo. Solo un jinete las había adelantado, y Cat no le había pedido ayuda.

Las nubes se abrieron un instante y la luz pálida de la luna se reflejó en el hielo. Resbaló.

Su propio grito la asustó más que la caída. El frío la había entumecido tanto que apenas sintió el golpe, pero la frustración la venció y se quedó arrodillada en la nieve, llorando.

Otro error. Otra mala decisión.

Presionó las manos contra los ojos y se vio vieja y sola, algo que jamás había imaginado. Recordó a Kenneth sobre ella, el rostro feroz de placer, y negó con la cabeza.

No. Nunca su casita.

Un sonido metálico la hizo estremecerse. Herraduras. Un jinete detrás de ella.

Intentó levantarse, pero las piernas no respondieron. Brinn relinchó, feliz, llamando al caballo que se acercaba.

El trote se detuvo. Pasos sobre la nieve.

—¿Quién anda ahí?

La voz le atravesó el pecho.

—Cat.

El peso de la voz la inmovilizó.

—Cat, ¿dónde estás?

Se abrazó a sí misma, temblando. Las riendas se le escaparon de los dedos.

—¡Catherine!

La silueta de Kenneth se alzó contra la oscuridad. La luna se reflejó en una hebilla de su capa.

—No me toques —murmuró cuando él se acercó.

—¿Estás herida?

—No.

Le fallaron las fuerzas y se desplomó contra él.

—Caitein…

Kenneth la estrechó contra su pecho y empezó a desabrocharle la ropa empapada.

—Shh.

La envolvió en su capa, la alzó y la acomodó sobre Thor. Cabalgaron despacio hasta la posada.

Más tarde, en la habitación caliente, comieron en silencio. Cat se había cambiado de ropa. Kenneth rompió el silencio.

—Rebecca se ha ido.

—¿Adónde?

—A cualquier lugar lejos de aquí.

Ella asintió, sin mostrar alivio.

—Vine a buscarte para disculparme —continuó—. Y aun así, volví a dudar de ti. Tengo miedo, Cat. Porque te quiero.

Ella lo miró con incredulidad.

—Te amo —dijo al fin—. Siempre te elegí.

Kenneth cerró los ojos.

—Creí que solo me habías elegido para tu cama.

—Te elegí a ti.

El silencio se rompió entre ambos.

—Vuelve a casa conmigo —pidió—. Por favor.

Cat respiró hondo.

—Hablaré contigo esta noche. Y por la mañana decidiré.

Él asintió.

Horas después, ya acostados, Kenneth la sostuvo con cuidado.

—¿Me dejarás ayudarte con la casa nueva? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Y trabajar en los establos?

—Sí.

—¿Y usar pantalones?

Dudó un segundo.

—Sí.

Cat sonrió, cansada.

—¿Me perdonas?

—Te perdono —respondió, y le dio un puñetazo seco en la oreja—. Pero no te acostumbres.

El gemido de Kenneth se perdió entre la risa baja de ella, y por primera vez en semanas, ambos durmieron sin miedo.

Capítulo 22

Catherine nunca se había sentido tan optimista, tan feliz. Incluso cuando entregó la carta de Christopher a Kenneth —incluso cuando lo vio maldecir, fruncir el ceño y murmurar amenazas viles— tuvo que esforzarse para mantener la seriedad. Su mal humor no la hizo encogerse ni retraerse. Estaba feliz.

El corazón le dio un vuelco cuando Kenneth alzó la vista tras leer la carta por tercera vez, suavizó los rasgos y se disculpó por haberla «puesto en una situación en la que creyera las amenazas de ese pequeño imbécil». En resumen, la comprendía.

De verdad.

Ahora incluso Kenneth se había relajado. Cabalgaba junto a ella en el caballo prestado, aunque sus ojos seguían recorriendo los árboles del camino y su mano descansaba cerca de la pistola. Brinn los seguía contenta, con el lomo desnudo reluciendo al sol del mediodía. No hablaban, pero se intercambiaban sonrisas constantes, tantas que a Catherine le costaba no reír cada vez que él la miraba.

Por fin se sentía como una novia. Como una muchacha inocente a la que acaban de desnudar y acariciar por primera vez. Se sonrojó al pensarlo.

Kenneth gruñó a su izquierda.

—¿Estás pensando en anoche, esposa, o en la noche que viene?

Ella soltó una carcajada.

—En ambas.

—¿Y en esta tarde?

—¿Esta tarde?

La sonrisa de lobo de Kenneth había vuelto. Catherine chilló como un cordero acorralado cuando el brazo de él se estiró y la arrancó de la silla para sentarla en su regazo. Thor se ladeó bajo el peso inesperado.

—No creo que a Thor le guste el peso añadido —murmuró él, deslizándole los labios hasta la oreja.

—Probablemente esté cansado. Necesita descansar.

—Sí.

—Hay un arroyo justo delante. Un claro. Y deberíamos parar para almorzar.

—Perfecto.

Y así transcurrió el día.

No estaban a más de tres millas de Westmore cuando Catherine sacudió la cabeza para despejarse de aquella bruma de satisfacción lánguida.

—Espero que fuera Jeannie la que estaba en la cama de Fergus.

—¿Y cómo podrías saberlo?

—Instinto.

Sus miradas se cruzaron y se apartaron.

—No sabía que ella había estado en su cama.

—Dice que le pedirá la mano.

—Oh, Kenneth, eso es…

El mundo se deslizó bajo ella y giró hasta estrellarse contra su rostro. Toda la tierra pareció caerle sobre el pecho y no pudo respirar.

—¡Cat!

Vio pezuñas bailar cerca de su cabeza. Vio el rostro de Kenneth sobre ella, lo vio mirar al caballo y vio la sangre manando del pecho del castrado. Luego una pistola cayó del cielo, aferrada a un puño, y su marido se desplomó fuera de su vista.

El aire entró de golpe en sus pulmones.

—Kenneth —tosió, al recuperar el aliento.

No podía girar bastante la cabeza para verlo, así que obligó a su cuerpo encogido a rodar. Las sombras nadaban ante ella.

—Saludos, Lady Westmore. Qué placer volver a verla.

Las sombras se fundieron hasta formar un hombre.

—No me gusta que me ignoren, querida. Ni que me mientan. Pero quizá esto sea para bien. Tu marido es una moneda de cambio mucho mejor que una simple amenaza. Si te niegas a entregar el dinero, bastará con deshacerme del problema de raíz.

—¿Christopher?

—Oh, mi nombre sigue sonando delicioso en tus labios.

Buscó con la mirada a Kenneth. Yacía en el camino, inmóvil y ensangrentado.

—¿Qué has hecho?

—Solo está inconsciente.

—¿Por qué?

—Te advertí que dejaras el dinero. Imagina mi decepción cuando descubrí que te habías marchado sin pagarme.

—No lo hice… pensaba volver con él.

—Qué hermosa mentirosa. Pero sabía que él te recuperaría. Solo tenía que esperar y… estaba en lo cierto.

—Tengo el dinero. Las joyas. Te las daré.

—Sí, lo harás. O le abriré esa fea garganta.

—¡No!

—Vamos, salgamos de la carretera. Tengo un campamento cerca. Lástima que él pese demasiado para levantarlo.

Ató a Kenneth por encima de la cabeza y sujetó la cuerda a la silla de Thor.

—¡No! Lo matarás.

—Avanzaremos despacio.

Cat intentó levantarse, pero las piernas le temblaban.

Whitmore se inclinó y le ató las muñecas.

—No irás a vomitarme encima, ¿verdad?

—Por favor… no lo hagas.

—Siempre has hablado demasiado.

Mató al caballo herido sin pestañear. La sangre aún brillaba en su mano cuando regresó.

—Muy bien. A la silla.

La levantó y la manoseó con una crueldad deliberada mientras la ayudaba a montar.

—Ya te ha poseído, ¿verdad?

—Cállate.

—Quizá te gusten duros.

—Quita tus sucias manos de ella, maldito…

Kenneth estaba en pie. Vivo.

El sendero era estrecho, cubierto de raíces. Kenneth avanzaba tambaleante tras ellos, atado, con sangre cayéndole por el rostro. Cat no apartaba la vista de sus pies.

Llegaron a un claro.

Whitmore ató los caballos y amartilló la pistola.

—No te muevas, Catherine. McAllister, ven conmigo.

Kenneth rompió la cuerda.

—Tengo a tu esposa a mi merced.

Lo obligó a rodear el árbol y lo ató de nuevo, con una mordaza.

—No te distraigas.

Cat temblaba.

—¿Por qué haces esto?

—Por dinero. Y por venganza.

Lo confesó todo. El odio. El duelo. El asesinato.

—Eres un cobarde.

—Tal vez. Pero soy precavido.

La arrastró hasta Kenneth, la sujetó contra su cuerpo y la manoseó con lentitud, disfrutando del horror en los ojos de él.

—Coopera —susurró— o le corto una oreja.

—No le hagas daño.

—No lo haré. Si cooperas.

La tocó. La humilló mientras Kenneth les observaba y rugía tras la mordaza.

Cat cerró los ojos. Comprendía perfectamente lo que ese hombre quería. Quería abusar de ella mientras su marido miraba, para así castigarla y humillarla, a la vez que contemplaba el dolor de Kenneth al no poder ayudarla.

Ella se apartó asqueada, tropezando hacia los árboles.

—¿Te haces la tímida? —preguntó Whitmore divertido.

Cat sacó con cuidado la daga de la bota, asegurándose de que no la viera su agresor y de sujetarla con fuerza. Era la misma que Kenneth le había pedido que llevara, y sabía que solo tendría una oportunidad para usarla. La vida de ambos estaba en sus manos.

Cuando Whitmore se acercó para continuar con su humillación, ella alargó la mano que empuñaba el cuchillo y se lo hundió en la

barriga sin pensar. Una vez. Dos. Todo lo profundo y seguido que pudo.

Whitmore la miró con horror y cayó sin comprender.

Sin perder ni un segundo Cat corrió hacia Kenneth, cubierta de sangre. Su mayor preocupación era su marido, de lo demás ya se ocuparía más tarde.

—Kenneth.

Cuando alzó la mano para acariciar su rostro, observó que aun sostenía en ella el arma y, asqueada, la dejó caer de su mano. Acto seguido, ella lo abrazó sin poder remediar que las lágrimas cayeran por su mejilla.

—Lo maté. —Susurró entre sollozos.

—Gracias a Dios. ¿Estás herida?

—Lo maté. —Volvió a decir, y esta vez sus ojos buscaron los de él, aterrados. Buscando, quizás, la condena.

—Nunca dudes que hiciste lo que tenías que hacer. Nunca —susurró Kenneth, rompiendo la mordaza—. Nunca. Tha gaol agam ort, caitein. Te amo.

Las piernas de Catherine cedieron y cayó a su lado. Él cayó con ella, sosteniéndola, sin soltarla, mientras el mundo volvía poco a poco a respirar con ellos.

Epílogo

La novia se sonrojó como una virgen; el rubor de su rostro contrastaba con el esplendor de su cabello rojo.

—No puedo creer que me haya casado —le susurró Jeannie a Cat justo antes de que su marido le tomara la mano y la condujera por el pasillo hacia la puerta de la iglesia.

Los invitados comenzaron a agolparse, luchando por salir y subir a los carruajes que los esperaban para llevarlos a Kirkland Hall. El padre de Jeannie había cedido al final, aunque no sin dificultad. El novio había acudido a la ceremonia con un ojo morado.

Cat sintió que unos dedos fuertes le apretaban la mano y sonrió radiante a su marido. Se derritió de amor hasta tal punto que estuvo a punto de venirse abajo. En lugar de abalanzarse sobre él como la mujer hambrienta y desenfrenada que era, se contentó con acariciar la frente donde se estaba curando un corte irregular.

Qué grupo de invitados tan variopinto. Fergus con su ojo morado, Kenneth con la herida en la cabeza y la propia Cat con la fea sombra amarillenta de un moratón extendiéndose por su mejilla. Solo Jeannie lucía impecable, resplandeciente con un vestido dorado pálido. Estaba preciosa.

Cat sintió las miradas de docenas de ojos fijos en ella y en Kenneth. Podía oír el murmullo de los susurros. Todos sabían lo que había pasado, o creían saberlo. Al fin y al cabo, habían matado a un hombre. Las autoridades habían acudido a Westmore para esclarecer el asesinato.

Pero aquellas miradas ávidas no le molestaban en absoluto. Sonrió y caminó junto a Kenneth, y él también sonrió, con una curva

de satisfacción en los labios que daría que hablar durante semanas, sin duda. La pareja infeliz se había convertido de repente en recién casados. Cat rió bajo la brillante y fría luz del sol al salir de la iglesia.

—¿Crees que alguien se daría cuenta si diéramos un pequeño paseo por el campo? Para tomar el aire, claro.

Cat puso los ojos en blanco.

—Dado que somos los segundos más interesantes después de los novios… sí. Sí, se darían cuenta.

—¿Te importaría?

—Será mejor que no lo hagamos —respondió, sin poder evitar que su voz sonara un poco triste—. No me gustaría restarle protagonismo al día de Jeannie.

—Pero te eché de menos anoche.

—Pobre marido —suspiró ella.

Nunca había entendido del todo por qué Jeannie quería que Cat se quedara con ella en su habitación.

«¡No es virgen!», había gritado la noche anterior. «No está ahí tumbada por miedo al lecho matrimonial».

Cat había murmurado algo sobre los temores femeninos y la modestia natural, y luego se había apresurado a ir a la habitación de Jeannie para reírse, jadear y comparar experiencias ilícitas. Ambos hombres habían salido bien parados del examen.

No mencionó nada de eso cuando Kenneth la ayudó a subir al carruaje.

—Solo unas horas más, Kenneth, y estaremos en casa. Te prometo que te haré olvidar tu noche solitaria.

—Te tomaré la palabra —gruñó él, aunque no logró borrar la sonrisa.

Ahora era tan distinto que ella tenía ganas de gritar su felicidad al mundo.

Lo único que empañaba aquella felicidad era su falta de culpa por la muerte de Christopher. Quizá era antinatural no sentir nada más que gratitud por estar ambos vivos y a salvo. Jeannie se había burlado de la idea y los hermanos Kirkland le habían dado una palmada en la espalda. Fergus no había hecho más que abrazarla con fuerza durante un largo rato.

Y Cat sabía que Westmore era, por fin, su hogar.

—Por cierto, marido…

—¿Sí?

—Jeannie me ha pedido que te transmita un mensaje.

Él arqueó una ceja.

—Dice que debes dejar de sonrojarte cuando hablas con ella y que puedes considerarlo una venganza por la vez que ella te espió en el río Tweed.

El rostro de Kenneth palideció un poco y su sonrisa peculiar desapareció.

—Has visto mujeres desnudas antes, Kenneth.

—Bueno, por Dios, ella es como una hermana pequeña para mí.

—No tan pequeña, ¿eh?

—¡Por Dios, Cat!

Ella rió. Rió hasta llorar y se dejó caer sobre su pecho, rígido de orgullo. Rió hasta que él la abrazó, por fin, y besó sus risas hasta convertirlas en suaves suspiros.

—¿Cat?

—¿Hmm?

—Me temo que tu castigo no esperará hasta esta noche.

—¿Castigo por qué?

—Por reírte de tu señor y amo. Justo el tipo de falta de respeto que merece unos azotes.

Su chillido no pudo ser contenido por las paredes del carruaje. Los reyezuelos se sobresaltaron en su nido de la torre de la capilla y cruzaron volando el cielo por encima de las cabezas giratorias de quienes aún permanecían en el cementerio.

Nunca sería una dama. Lo sabía tan bien como sabía que los susurros de «escandalosa» y «vergonzosa» no desaparecerían solo porque las ruedas del carruaje comenzaran a girar y enmascararan el sonido.

Nunca sería una dama adecuada, y eso estaba bien. Porque era la esposa de un granjero. Y su granjero se había enamorado de ella con toda su audacia y su gloria indomable.

Apoyó la cabeza en su fuerte hombro y sonrió, dispuesta a disfrutar del tranquilo viaje, del animado desayuno de boda y de la noche que pasarían a solas… preguntándose, todo el tiempo, si podría soportar tanta felicidad durante el resto de su vida.